

381.2(866)

N Alta: 30353843

ERNESTO MIÑO

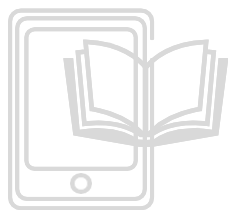
Licenciado



EL ECUADOR ANTE LAS REVOLUCIONES PROLETARIAS



(Tesis presentada en la Universidad Central, en Quito, Diciembre de 1934, para la obtención del título de Licenciado en Jurisprudencia y Ciencias Sociales).



BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación Art. 212 numeral 9, Literal ii “(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones” y literal vii “La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad”.

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en:

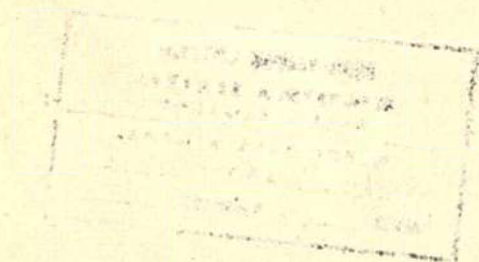
BIBLIOTECA	Sistema integrado de bibliotecas	PISO	
		ESTANTE	
		BANDEJA	
CONVENIO INTERINSTITUCIONAL		UNIVERSIDAD	

INFORME

Presentado por la Comisión compuesta por los Sres. Dr. Angel Modesto Paredes, Profesor de Sociología, Dr. Pío Jaramillo Alvarado, Profesor de Derecho Político y Administrativo y Decano de la Facultad, y Dr. Carlos Salazar Flor, Profesor de Derecho Internacional:

«Hemos estudiado la tesis previa al Grado de Licenciado, presentada bajo el título de «El Ecuador ante las Revoluciones Proletarias», por Ernesto Miño y encontramos que es un estudio lleno de interés, tanto por la información que supone, como por el grado de valía reflexiva y del juicio que comporta. Dispuesta a mantener una teoría —la teoría marxista— para interpretar nuestro vivir colectivo, algunas de sus afirmaciones son excesivas, o poco de acuerdo con la realidad, pero contiene verdaderos aciertos en otros casos. Su entusiasmo —que alabamos en cuanto es calor de ánimo para expresar convicciones— se traduce a veces en un lenguaje bastante crudo. La tesis, en total, es sumamente valiosa y la calificamos con la nota DIEZ, equivalente a sobresaliente, mandando, además, se la publique en los Anales de la Universidad».





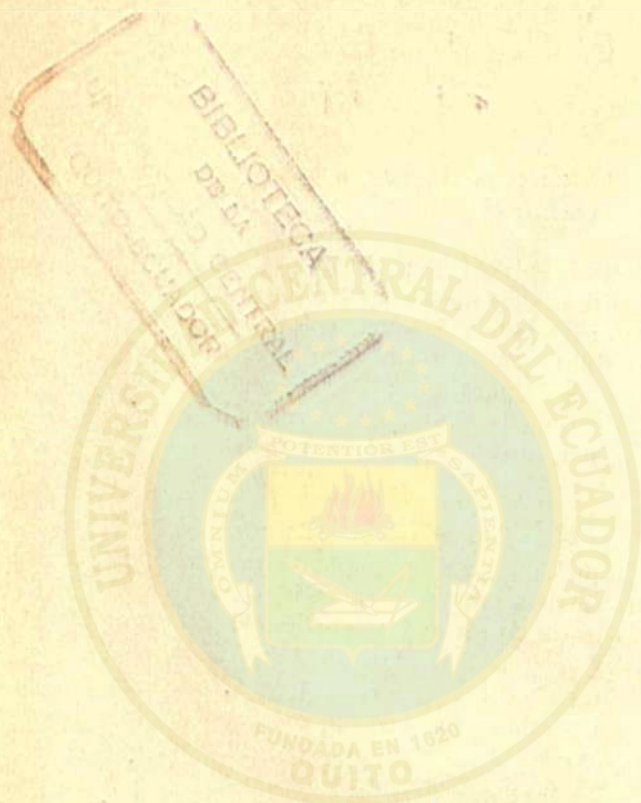


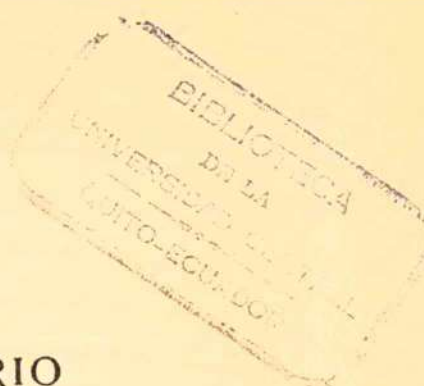
«La Historia Universal es el progreso hacia la conciencia de las libertades».—Hegel.

«Ahondar en las causas impulsoras que se reflejan en los cerebros de las masas en acción y de sus jefes —los supuestos grandes hombres— como móviles conscientes, ya de una manera clara, ya de un modo oscuro: he ahí el único camino que puede guiarnos sobre las huellas de las leyes que dominan tanto la historia en su conjunto, como las épocas y los países aislados».—Marx y Engels. «Materialismo Histórico».

«Una vez que la sociedad haya tomado posesión de los medios de producción....Sólo a partir de este instante los hombres harán ellos mismos su historia, como seres plenamente conscientes de su acción, prevenidos de que las causas sociales que ellos mismos pondrán en movimiento, producirán, en medida cada vez mayor, los efectos perseguidos. La humanidad saldrá al fin, del reino de la fatalidad para entrar en el de la libertad».—F. Engels.—«Introducción al Socialismo Científico».







NUESTRO CRITERIO

La evolución, inexorable, no permite que se fosilice la vida de los pueblos: todo minuto araña el tiempo y el espacio para descubrir nuevas faces; todo, en el orden social ecuménico, cumple su misión histórica, más o menos larga, para dar paso a lo que, consecuentemente, debe venir. Y sobre los cimientos que se hacen con escombros del pasado, se levantan nuevos ordenamientos sociales.

Hoy, que de acuerdo con la división comptiana, atraviesan las ciencias el período positivo, también tenemos un criterio basado en la razón y la experimentación. Reconocemos la evolución determinada por la oposición de los contrarios. Tesis y Antítesis: he ahí la base de la dialéctica materialista y he ahí la fuente viva, dinámica y eterna que va creando en cada momento nuevas síntesis. Este concepto, que existe, aunque unido al fatalismo, desde Heráclito, se aplica con la libertad del hombre, sólo desde Hegel. Lenin («Sobre la Dialéctica») manifiesta cómo la evolución *«lucha de los contrarios»*, es concepto distinto de *«la evolución como reducción o crecimiento, como repetición»*, porque ésta es *«inanimada, indigente, estéril»*.

El materialismo dialéctico, aplicado a la evolución de las sociedades, dió origen al materialismo histórico. Marx fue quien realizó esta aplicación. La esencia del materialismo histórico consiste en que el fenómeno económico es la base que condiciona todos los fenómenos sociales a través de la historia. La evolución de las sociedades se debe a la lucha de clases que son los contrarios dialécticos en este

caso. Muchos han impugnado la verdad del materialismo histórico. Pero talvez no se ha determinado suficientemente el sentido del fenómeno económico. Intentaremos exponer nuestro convencimiento respecto de ello:

Hay dos grandes impulsos naturales que llenan la vida del hombre: la conservación de sí mismo como unidad y la conservación de la especie. Esto es innegable. El hombre busca, instintivamente, la manera de conservar su vida y de conservar la especie.

Y esto no es, en verdad, fruto de un libre escogimiento de la conciencia, libre para querer o no querer: es, más bien, una irresistible fuerza instintiva, desde la necesidad de conseguir el alimento indispensable y el aire imprescindible para la vida, hasta el deleite del cine o el radio, que producen reacciones materiales que se traducen en bienestar que fomenta la facilidad de conservación de la existencia. Y el mismo carácter tiene la procreación que, aunque sea limitada por medios artificiales, queda inmarcesible en su fenómeno fundamental: el coito.

El hombre solo no puede realizar los dos objetos de su existencia, que hemos indicado. Es imposible concebir, de una manera natural, normal, al hombre solo. Lo natural es la colectividad, la sociedad. Esta es el campo propicio para el desenvolvimiento del sér humano. La afirmación de que el hombre no es un sér sociable por naturaleza, ya que hay demostraciones, desde su niñez, que revelan su egoísmo, su falta de sociabilidad; la afirmación de que los sentimientos individualistas no sólo de los niños, sino de los hombres adultos, que quieren siempre tener mejores comodidades de existencia que los demás, sin importarles el sacrificio de otros; la afirmación de que el hombre es enemigo del hombre y, por tanto, no es un sér sociable, no nos parece profundamente justa. Todas ellas son manifestaciones biológicas. Así como las plantas de un bosque crecen sobre otras; así como la sombra de un vegetal mata o dificulta el crecimiento del que queda bajo

él y sin embargo, el bosque, la selva, son las formas más naturales, más propicias para el desarrollo de la vegetación, así también no cabe decir que el hombre no nació para vivir en sociedad. Podríamos hacer un paralelo entre la planta y el niño, en cuanto son entes biológicos: el niño no toma en cuenta el mal de otro, con tal de satisfacer sus deseos, así como la planta busca su crecimiento aún sobre la muerte de otras. Ahí está el caso de las plantas parásitas que matan a aquellas que les dan vida.

De lo que dejamos dicho, podemos desprender la siguiente consecuencia: la sociedad es la forma natural de la vida del hombre.

Lo económico es todo aquello que necesita el hombre para la conservación de su vida y cuya consecución impone necesidad de trabajo. De lo que surge, como lógica consecuencia, que, si la sociedad es el medio natural de la conservación y desarrollo del hombre, estará básicamente condicionada por el fenómeno económico.

El fenómeno sexual o de conservación de la especie, que no necesita sino de un hombre y una mujer, es de menor importancia en la caracterización de la sociedad, viniendo, más bien, a sufrir influjos económicos.

Nuestra tarea, de acuerdo con el materialismo histórico, nos lleva a introducir la mirada en la evolución de las sociedades, hecha a impulso de la lucha de clases. Esta forma las etapas de la humanidad, limita las culturas, los ciclos evolutivos, separados por hitos rojos que señalan especialmente el dominio político a que han ascendido, sangrientamente hasta hoy, las clases sociales que han tremolado la bandera de redención de colectividades explotadas y han organizado la sociedad de acuerdo con sus intereses, para seguir explotando a las clases inferiores que no han podido obtener botín en el triunfo.

Y la forma de explotación ha sido apoderándose de los medios de producción y de cambio; haciendo, como

probaremos más adelante, de los hombres explotados mismos, simples medios de producción. De aquí que las edades evolucionan con las formas de producción y de cambio, de acuerdo con la clase que las determina.

Pero día a día va siendo el hombre más consciente. Y en las transformaciones del ordenamiento social se eleva, como un grito, la proclamación de una justicia que plantea la vida del agregado humano con el predominio del interés colectivo sobre el exclusivamente individual. Esto, desde luego, se traduce en el bienestar individual del mayor número de hombres; de tal manera que el predominio del interés colectivo es una afirmación del individual relativo.

La necesidad colectiva es el determinante de fenómenos sociales en que aparecen como providenciales los hombres. Es posible que los libertadores, por ejemplo, los conductores de pueblos, hayan ido a la gloria por exclusivo amor a ella. Pero el camino siempre tiene que ser una actuación en pro de redenciones que necesita una gran parte de la humanidad: si Bolívar hubiera querido obtener solamente la gloria guerrera, no habría podido levantar los pueblos para la guerra, por su única voluntad: tenía que buscar la Independencia, porque ésta era una necesidad colectiva, sobre todo de la élite criolla cuya situación política y económica era deprimente. Y entonces no es Bolívar *haciendo* independencia, *creando* algo hijo de su suprema voluntad: es la independencia, necesidad económica colectiva, engrandeciendo a Bolívar puesto a su servicio.

Pero, para que las colectividades explotadas puedan realizar la justicia a que son acreedoras, es necesario que haya conciencia de clase, ese conocimiento de los derechos de parte del gran número de individuos aplastados por la injusticia, que tienen aspiraciones económicas comunes y están listos a defender sus intereses así como defienden los que forman las clases explotadoras.

Siempre ha habido clases, lucha de clases, basada en

la propia conservación. Pero lo que no ha habido siempre es conciencia de clase en los que necesitan justicia. A través de los tiempos vemos siempre clases oprimidas; pero no se levantan, no hacen valer sus derechos. Sólo cuando sepan cuáles son éstos, cuando comprendan los explotados que están unidos bajo el imperativo económico de la comunidad de intereses y eviten separaciones de grupos y rencillas, que sólo se transforman en beneficio de grupos y caudillos, ahí habrá conciencia de clase y formarán una avalancha incontenible que realice la justicia. En cambio, en los movimientos en que ha faltado la conciencia de clase, se han apoderado de todo triunfo círculos pequeños que han estado lejos de ser los representantes genuinos del interés colectivo. Pero no valen caudillos ni grupos: la justicia social es para toda la humanidad. Por eso ciertos triunfos no son duraderos. César, Napoleón, Alejandro, por ejemplo, no crearon unidades vitales con sus aristocracias militares: grandes guerreros, que dominaron porciones de pueblos, dejaron obras que se derrumbaron cuando ya no imperó la sugestión de su grandeza. (Es menester recordar de Napoleón que hizo huir de Europa el peligro del aplastamiento de la Revolución Francesa por las monarquías extranjeras). Y sin embargo en los combates han muerto masas fanatizadas por el bien y las libertades pregonadas por sus jefes. Ahora, en movimientos más nacionalistas, más profundos, menos caudillistas, podemos recordar cómo la yeomanry, clase de campesinos libres de Inglaterra, ayudó a Cromwel a llevar a Carlos I al cadalso y sin embargo nada consiguió de favorable; más bien, un siglo después, los campesinos libres han desaparecido, sus tierras han sido usurpadas y sus descendientes sufren el dolor proletario en la cárcel de una fábrica. Así también el campesino, el esclavo, el sirviente que formó los ejércitos de nuestra Independencia, tampoco consiguieron con su sangre sino que suban a medrar amos criollos en lugar de amos españoles. De estos ejemplos, tomados al azar, podríamos citar por millares. Todo lo cual nos prueba que, en ambas formas de movimientos, las clases



inferiores se han sacrificado sin sacar nada bueno, porque les ha faltado conciencia. Y así podemos sentar el principio de que, si las revoluciones no han favorecido a todos los explotados, ha sido porque las clases inferiores no han tenido conciencia de sus derechos sino, cuando más, una ansia nebulosa de justicia, con imprecisas aspiraciones. Esto les ha llevado a las luchas que sólo han favorecido a élites directoras de los movimientos y muy poco, a las masas guiadas por el sentimiento. En esta falta de conciencia está, sin duda, la explicación de lo que admira a Marx cuando dice: «Es harto curioso que en las 3 revoluciones burguesas sean los campesinos quienes formen el ejército para la lucha, y que precisamente sean los campesinos la clase arruinada por las consecuencias económicas de la victoria». («Introducción al Socialismo Científico»).

Es también por falta de conciencia por lo que las aspiraciones no han sido de justicia integral. Desde luego, esta falta, atribuimos al desarrollo biológico del hombre cuyas facultades cognitivas van perfeccionándose indefinidamente. Hasta hoy, (fuera de la heroica prueba de Rusia, aún no definitiva) no ha habido sino etapas en que, con el nombre de justicia, se han apoderado de los medios de producción clases que han llegado a ser dominantes, dejando una caricatura de libertad al hombre explotado. Ha habido una especie de concesión en la caída de los opresores de un alto peldaño, para que suban otros opresores a un peldaño muy poco inferior, formalmente inferior, mientras han quedado siempre un gran número de explotados muy abajo, en la escala económica, separados de los altos por un gran espacio de opresión, de injusticia, de explotación. Así el siervo de la gleba es un punto más que el esclavo; y un señor feudal es un punto menos que el dueño del esclavo, comparando sus derechos sobre éste. Lo mismo en el sistema liberal: el capitalista es un punto menos que el señor feudal y el proletario es apenas algo más, y en ciertos aspectos inferior, al siervo de la gleba, porque éste siquiera tiene donde vivir. Así, a pesar de los

cruentos sacrificios de los oprimidos, la justicia integral no adviene.

Otra prueba de la falta de desarrollo de las clases oprimidas nos da Francia, en 1848, cuando el gobierno provisional quedó formado por tres burgueses y tres socialistas. Los obreros de la ciudad, especialmente, con la experiencia obtenida desde julio de 1789, desconfiaban de la revolución y pidieron actitudes efectivas. Francia se hubiera dirigido en estas circunstancias hacia el socialismo, pero las elecciones dieron mayoría a los burgueses. Y no fueron sólo los votos de los mismos explotados quienes obstaculizaron la justicia; fueron también 100.000 soldados, de Cavaignac, como todo soldado, salido de clase humilde, quienes mataron 10.000 obreros que tenían conciencia de sus derechos y querían ejercerlos.

Hemos demostrado cómo las clases dueñas de los medios de producción han triunfado hasta ahora por la falta de conciencia revolucionaria de los explotados. Declaramos, de paso, para insistir después, que esas clases triunfantes son minoritarias y que la justicia ha de consistir en que toda la sociedad sea propietaria de los medios de producción y no, como hasta hoy, la minoría.

Las masas explotadas, por lo mismo que no han tenido medios económicos que hubieran podido dar ocasiones de independizar el criterio, han obrado siempre guiadas por el sentimiento y la sugestión. En todas partes se han necesitado mártires para que las masas sientan venganza. En Roma, por ejemplo, en los tiempos de la revolución agraria, han necesitado morir los Gracos para que las masas vean en su personalidad, en su recuerdo, el lazo de unión y el lábaro para combatir. Las multitudes romanas no han entendido su liberación. Y se han dejado amarrar las manos por las cadenas de los dioses paganos y la herencia ancestral de respeto a los patricios. Y si en un momento han tenido decisiones fuertes, en seguida han caído en la inacción. Y es que las masas requieren inmediato e

ininterrumpido cuidado por parte de sus libertadores, porque cualquier momento vuelven a conformarse con el hambre y un ídolo que presentan los opresores o sus secuaces. Los libertadores deben relumbrar, dar gestos de audacia y de superioridad intelectual, pero, sobre todo, de audacia. Y siempre hay necesidad de jefes (no caudillos). Freud tiene razón cuando anota el criterio equivocado de Le Bon, al preocuparse sólo de la multitud y no del jefe, cuando es éste quien sostiene la unión de la masa. Los grandes gestos han subyugado siempre a las masas, aunque no pasen de ser sino gestos. Al recordar la revolución agraria de Roma, también podemos traer a la memoria el caso de Cayo Mario que, presentándose ante el Senado, haciendo arrestar al valioso Metelo, amenazando públicamente a Cotta, el cónsul adverso, se conquistó la admiración de los patricios y la adoración de los plebeyos.

Pero las masas no han sabido defender a sus libertadores si éstos no las han obligado. Las masas son mutables, versátiles, como dice Le Bon. No han sabido ir por sí mismas y de una manera impertérrita hacia la justicia: han buscado un hombre a quien seguir, un hombre que lleve luz mental, temeridad y les cante armonías de triunfo. Los Gracos, del año 120 al 140, Bolívar, en el siglo XIX, Lenin es el siglo XX, todos han tenido, a pesar del tiempo y espacio distintos, que luchar contra la mutabilidad del sentimiento multitudinario, aunque Bolívar y Lenin hayan terminado el principio de su obra, mientras que los Gracos sucumbieron al principio de la jornada.

Sinembargo yo no creo que toda la vida tendrán las multitudes estos caracteres. No puede ser eterno ese diluirse de la personalidad psíquica individual en el alma colectiva, que Freud y Le Bon atribuyen a la masa como su calidad esencial. Parto del convencimiento de que el hombre camina todos los días hacia la perfectibilidad. Y con una depuración, con un perfeccionamiento de la conciencia del hombre, que tendrá que venir con la perfección de la sociedad (porque, como dice Marx: «No es la

conciencia del hombre la que determina su existencia, sino la existencia social la que determina su conciencia»..) cuando cada individuo, al encontrarse formando parte de una multitud, piense en ella y en él y se reconcentre en su yo, puede razonar y sentir libremente. Entonces, ya se trate de masas organizadas, como la Iglesia o el Ejército, ya de masas formadas ocasionalmente, obrará el convencimiento y no será el jefe el lazo único de unión, el único en quien confiarán la realización de sus ideales; será la necesidad colectiva quien las una, y la solución que aparezca clara y sea conocida por el mayor número de conciencias como justa.

Mientras más primitivas sean las masas, menos civilizadas, serán más gregarias. Pero esto no puede ser para siempre. Lo que lleva a las masas tras el jefe es el propio interés de las masas. Ningún jefe ha pedido a las masas que le siguiesen para satisfacer sus ambiciones personales: le siguen porque les ha ofrecido justicia, les ha ofrecido bienestar. Pero lo que sucede es que los individuos que forman la multitud no tienen la conciencia necesaria para distinguir los ofrecimientos de las posibilidades, las apariencias de las verdades profundas, los derechos respetados en la forma y conculcados en el fondo. Por eso opinamos, con el ejemplo de Bolívar, anteriormente, en el sentido de que era determinante el interés colectivo.

Las masas formadas por hombres que creen en sujetos providenciales, como secuela de la religión, podrán ser arrastradas por el poder hipnótico de sus jefes y la voluntad propicia de ellas. Pero esa fuerza sugestionadora, arrastrante, que pudiéramos comparar con la electricidad, no obraría en voluntades, en conciencias capaces de discutir, de discriminar en cualquier situación, así como no obra la electricidad en cuerpos «aisladores». Entonces los caudillos no pudieran ni sugestionar ni engañar a las masas. Sólo habría razones que apoyaran o se opusieran conscientemente a una acción colectiva en que cada persona conociera su responsabilidad y su derecho. En este estado de

desarrollo consciente del hombre, que vendrá con el socialismo, desaparecerán también mitos y religiones.

Consecuentemente con esta idea, creo que Indoamérica, que es tan anatematizada por el temperamento anárquico de sus individuos, responde sin duda a una etapa superior de desarrollo psicológico humano. Pueblo nuevo en tierra nueva. Si buscamos quienes son los insatisfechos, los anárquicos, entre nosotros, encontraremos que son individuos pensantes en su mayor parte, insatisfechos que ensayan sus fuerzas aunque a veces fracasen. El indio, el siervo, con su vida aplastada, encallecida en la miseria y la ignorancia, no son anárquicos. Los individuos que no se aguantan dominio, valga la expresión, son inconformes que se encuentran dispuestos naturalmente a una era de igualdad. Y eso necesita el mundo. La esperanza no puede radicar en Europa, en donde los pueblos envejecidos en el orden antiguo, en la sumisión a la Autoridad, aceptan dictaduras como la de Hitler o Mussolini, en pueblos como Inglaterra, donde las clases dominantes han sabido unirse con las élites revolucionarias para seguir dominando con ellas y no permitir jamás la liberación integral de los explotados.



PARTE PRIMERA

LA REVOLUCION PROLETARIA
COMO PRODUCTO HISTORICO





CAPITULO I

EL PROCESO

Carácter General.—Si echamos una mirada retrospectiva al desarrollo de las libertades del hombre, a sus diferentes situaciones en los modos de integrarse los pueblos, descubrimos cómo la lucha de clases, ida hasta su culminación en un momento histórico, ha determinado las revoluciones.

Una estructuración social, jamás a convenido a todos; siempre ha habido descontentos: los explotados.

Cuando el número y la calidad consciente de los oprimidos (formación de la conciencia de clase) es superior al de los dominantes o satisfechos, se romperá la vieja armonía social para que nazca otra, con relación de causalidad. Y los primeros descontentos, que han sentido en carne viva la herida de las garras de la injusticia y, llevando un grado de conciencia desarrollada, elevan la cabeza, arrojando la humildad ancestral, ellos son los que fraguan las primeras reivindicaciones y realizan las primeras acciones revolucionarias. Estos son quienes han empezado a oponer ante la tesis social dominante, la antítesis de los oprimidos, de cuya oposición resulta un nuevo orden, una síntesis social.

Y las revoluciones hechas en un pueblo, influyen en otro, en la convivencia internacional. Cuando los pueblos

no se conocen, no hay problema. Así, cuando Babilonia y Egipto no se han percatado de su vecindad, cada cual ha vivido su vida. Pero, cuando comprendieron que vivían cercanos, empezaron las guerras y con ellas, las influencias mutuas. Hoy, que todo el mundo, gracias al radio, al avión y mil inventos más de la ciencia, que engullen los espacios, vivimos en todo el mundo un mismo momento, y no podemos dejar de sentir profundas influencias internacionales. Orrego Vicuña, en su estudio sobre la Rusia Soviética, dice: «La política socialista mundial ha de ser de vasos comunicantes, en su período de desarrollo general; y las altas cumbres que se alcancen, constituirán niveles comunes». Esto de «las más altas cumbres que se alcancen», significa las realizaciones a que se llegue, la efectividad de la justicia social que se haya implantado. Teniendo en cuenta este sentido, me parece una verdad la opinión del autor antes citado. Esto es fácil explicar, ya que «las más altas cumbres» serán miradas por los oprimidos como un ejemplo al cual imitarán en lo posible, en la consecución de sus derechos. Y si no tienen la conciencia suficiente, por lo menos imitarán en nombre. Y esto no sólo será para la política socialista; ya ha sucedido antes en el mundo y de esa realidad histórica, sacaremos el principio, si estamos de acuerdo con Marx. Las instituciones más avanzadas, en el sentido de justicia de los explotados, se aplicarán a los pueblos, aunque la realidad social, el desarrollo de la conciencia, no sea capaz de usufructuarlas convenientemente. Así sucedió en nuestra América, en que se aplicaron los principios burgueses de la Revolución Francesa a la realidad feudal de la independencia. Por eso hemos vivido una especie de feudalismo bajo la caparazón de República Democrática.

La Guerra y la Esclavitud.—La guerra es un producto de la colectividad. Autores como Mariano H. Cornejo, diferencian la guerra del combate colectivo: «El combate colectivo no constituye todavía lo que nosotros llamamos guerra, pero representa los orígenes de esta institución, que comienza por ser religiosa, para revestir en se-

guida forma jurídica. El combate colectivo entre miembros de un mismo grupo, para obtener o conservar el poder de un jefe o de una casta sobre todo el grupo, conduce a la organización política. El combate entre grupos étnicos diferentes, que viven en territorios separados y que se consideran extranjeros, los unos de los otros, es el origen de la guerra, porque desarrolla un sentimiento ético y jurídico». (El Equilibrio de los Continentes).

Nos parecen justos los caracteres indicados, menos el de la diferencia étnica. Pero nuestro objeto no es discriminar sobre la guerra. Sean cualesquiera las diferenciaciones que se hagan entre guerra y combate colectivo, hay una realidad común a ambos: el imperativo económico impele a los hombres a la lucha. Ya es un hombre contra otro, ya muchos hombres contra muchos. Pero siempre luchan por obtener una subsistencia mejor, por obtener el predominio que brindará comodidades para la vida.

La religión se une en un momento a la guerra (quizá surge del combate) y va después separándose poco a poco. Y esto sucede con todas las demás actividades a que están unidos los dioses: éstos se separan de acuerdo con la perfección de la conciencia del hombre. Cada cosa casual (casual es, en nuestro concepto aquellos cuya causa no ha acertado a descubrir o a prever el hombre) tiene la influencia de dios. De ahí el período teocrático de la humanidad. Cuando el hombre no sabe lo que es el trueno, por ejemplo, le hace dios o le da una aplicación de actividad divina: que se pasea el carro de dios; cuando se ha explicado científicamente, el dios se ha quitado de ahí. Así hay también dioses para la guerra y religiones guerreras. (El Islam). Pero los dioses al fin se retiran de la guerra.

El vencido a quien puede dar muerte su vencedor, encuentra magnánimo el que le permita vivir, en cualquier condición. Y ahí nace la esclavitud. He ahí un adelanto humano, porque hace menos cruel la guerra, aunque fomenta nuevas guerras para conseguir esclavos. Resulta una institución necesaria para los dominadores y ahí están los dioses



UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES



para consagrarla. Porque las clases dominantes a las cuales han servido siempre los soldados (ejército oficial), los sacerdotes y los dioses, han buscado también origen divino para mantener su hegemonía. Los primeros cultos a humanos se elevan por el combate. Los individuos más inteligentes y valerosos se hacen jefes y adquieren valor divino. Y sus descendientes y allegados forman élites que se extienden en clases opresoras.

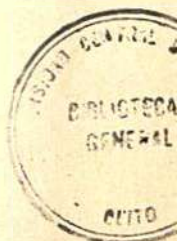
«La esclavitud es la institución que tiene al hombre en la más baja situación social. Hay hombre biológicamente, pero no, jurídicamente. La esclavitud es, sin embargo, una muestra de adelanto humano: existen la agregación, los grupos más o menos grandes, están organizados y se organizan mejor, aunque sea para hacer guerras que dan esclavos. Pero la esclavitud hace adelantar la industria y favorece la formación de pueblos sedentarios. El hombre cazador no necesita esclavos: si la caza no da para satisfacer sus necesidades, menos puede dar para sostener esclavos; para ello se necesitan colectividades que tengan un modo de vivir determinado, y capaz de subvenir a sus necesidades en forma amplia. Spencer opina: «Cuando falta la actividad industrial, los esclavos son casi inútiles». El trabajo obligado es siempre algo que no gusta al hombre y, al tener a quien obligar a hacerlo en su lugar, lo ha realizado con natural entusiasmo. Por eso ha nacido la diferenciación y lucha de clases: una clase social trata de hacer de la clase de los oprimidos, simples instrumentos de producción, bajo el espejismo de la propiedad, llegando a ser los hombres objetos de propiedad.

(Como veremos posteriormente, lo que caracteriza las etapas de la humanidad, en sus grandes cambios históricos, es la apropiación de los medios de producción).

Aunque la esclavitud ha tenido diferentes caracteres de trato más o menos malo para los esclavos, su esencia es el convencimiento de la falta de derechos, su nula garantía social. El esclavo es una cosa, es una propiedad útil: ahí está su causa económica, para que se convierta en institu-

ción social. Y ésta dura hasta cuando los esclavos llegan a ser numerosos, a servir en todas las actividades de sus dueños. Estos, al tratar de no hacer nada, de que todo trabajo sea realizado por los esclavos, les obligan a ilustrarse, a aprender, a ser importantes y conscientes. Y, como la función hace al órgano, los dueños se degeneran en el ocio, mientras los esclavos mejoran. De ahí la necesidad de revisar la sumisión esclavista. Dentro del determinismo histórico no podrá ser eterna esta sumisión. Por eso surgen teorías salvadoras del esclavo. Y si el politeísmo, como religión, procura sostener esas situaciones, en la gran ansia de justicia se engendrará odio al pasado y se erigirá una nueva religión monoteísta: el Cristianismo. El credo revolucionario procurará destruir el orden social anterior, como una represalia, ya porque los opositores atacaron a la justicia, o porque, simplemente, la olvidaron. Pero siempre será el mismo el escudo de las revoluciones: aliviar los dolores colectivos. Y así el cristianismo quita, en el caso presente, el peso de la injusticia que caía sobre la vida del esclavo. Así también la religión pagana, la filosofía pagana, que no han hecho justicia, serán atacadas por el cristianismo. Paradójicamente, el cristianismo tendrá su base en la moral pagana de Sócrates y Platón y en las religiones asiáticas. Se destacará la reacción de lo afectivo sobre lo racional, al decir, por lo menos: «Bienaventurados los pobres de espíritu....» «Amaos los unos a los otros....» Y los dioses paganos morirán; se perderán las ingeniosas mitologías paganas para dar crecimiento a otra mitología no menos ingeniosa, pero más clasista y políticamente ordenada: la corte del cielo cristiano....La teoría del dios único, nacida en la antigua Babilonia, antes de sus luchas con Egipto, no ha sido aceptada y proclamada sino después, cuando la condición económica lo ha necesitado.

Sicilia ve erigirse en su seno las primeras rebeliones de esclavos. Ahí también se han metido los dioses: los hombres los han buscado inconscientemente, para darse ánimo. Ahí está el caso del amo Antígenes que reía con su familia cuando el esclavo Euno manifestaba sincera-



mente que la diosa Sira había manifestado que Euno iba a ser rey. Poseído de esta sugestión, Euno encabezó el levantamiento de los esclavos, y se rebelaron a millares, aunque sea para morir exterminados por los ejércitos organizados. Pero Antígenes ya no reía....

Los ejércitos, para dominar a los explotados que se levantan en cualquier parte del mundo, ansiosos de justicia, se dirigen siempre a base de las clases medias. Y éstos, que se asomaron en la lucha contra los esclavos, también serán verdugos de otras clases. Si es cierto que en las clases medias, por su situación económica, nacen generalmente los «llamados grandes hombres», como dice Marx, que son los primeros elementos que demuestran conciencia revolucionaria y guían a los oprimidos hacia una reivindicación, también en las clases medias es donde se hace la coraza, el maniquí, el sustentáculo de las clases dominantes que les engañan y sostienen a su lado con rezagos del banquete de explotación.

Con la intensificación del comercio, el uso de la moneda y, por tanto, la facilidad de ocultar riquezas a los ojos de los acreedores, se ahondan más los egoísmos y recelos de los prestamistas y negociantes en el imperio romano. Sin embargo las leyes que precautelan la propiedad, oprimen a los deudores. Y en un momento dado, la mayoría del pueblo es deudora y una minoría, acreedora. La lucha establecida entre estas dos clases, apoyadora de la redención esclavista, impulsa la caída del imperio romano. Y de las contorsiones agónicas de éste, al empuje viril de los bárbaros, nace un nuevo tipo de sociedad, en que cambian las formas de producción y de reparto, pero que también dejan al hombre en capacidad de explotar al hombre. La clase explotadora será la dueña de los medios de producción. Así sucederá con los dueños de la tierra, instrumentos de labranza, semovientes y siervos, en el feudalismo, así, con los dueños de las fábricas, en el capitalismo: así ha sucedido con los hombres libres que tuvieron esclavos.

La síntesis de la esclavitud hace Rafael Ramos Pedrue-

za en «Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia», en esta forma: «Esclavitud desde el punto de vista de la economía. Politeísmo desde el punto de vista religioso. Seis milenios de mentira e iniquidad....»

El cristianismo es revolucionario, político. Su actuación no es sólo hierática, porque la religión es un producto económico. Y este criterio, que pudiera atribuirse a los que propugnamos el materialismo histórico solamente, lo reconoce en buena parte César Cantú: «Si el cristianismo se hubiera contentado con atacar las creencias, las tradiciones, o sea la mitología del politeísmo, no hubiera hecho más que continuar la obra de más de un filósofo; ni el imperio hubiera experimentado una conmoción tan viva. Pero cuando los romanos oyeron proclamar como objeto de una religión nueva, la destrucción de las costumbres, de los usos y de las leyes; cuando vieron que se profesaba y declaraba abiertamente el desprecio a la sabiduría de los tiempos pasados: cuando conocieron que unos pocos pretendían renovar todas las cosas en el mundo, entonces creyeron amenazada la sociedad no sólo de una reforma religiosa, sino de una revolución política y juraron odio irreconciliable a aquellos espíritus maléficos animados de un vértigo funesto, que se habían colocado fuera de las leyes ordinarias de la humanidad por su temeridad misma.— «Decadencia del Paganismo»—Tomo III.

Ahora, si pensamos en la revolución política de que habla Cantú, ella se refiere al mejoramiento económico de las clases oprimidas que ha sido el eterno motivo, siquiera aparente, de realidades latentes en las ambiciones de clases minoritarias. Así nos prueba Cantú cómo las religiones no son sino fenómenos sociales que han encubierto, de acuerdo con la inclinación mitófila del hombre, reivindicaciones económicas, sin que hayan conseguido la justicia que necesita la humanidad.

La Biblia misma, en el Evangelio de San Mateo, Cap. X, v. 34, 35 y 36, pone en boca de Cristo estas palabras «No penséis que vine a meter paz sobre la tierra: no vine

a meter paz, sino espada. Porque vine a separar al hombre contra el padre, y a la hija contra la madre, y a la nuera contra su suegra». Lo que expresa que la opinión de Cristo no es la de un manso cordero, como quieren los católicos ricos que lo sean los católicos explotados, sino que, parabólicamente, anunciaba a todos los hombres que estaban bajo un yugo, que venía a levantarlos. Y más revolucionario era Cristo cuando predicaba la propiedad colectiva, en que todo sería de todos y nada de nadie.

Y si comparamos la situación de los cristianos en el imperio, en sus primeros tiempos, con la situación de los socialistas en la actualidad, veremos las mismas persecuciones, mutatis mutandi, el mismo miedo de ellos y el mismo odio para ellos.

Feudalismo.—Europa ha nacido como fruto de la invasión de los bárbaros al imperio romano. La esclavitud no ha muerto, pero ha recibido un fuerte golpe. En cambio, se explota en otra forma. La sociedad feudal tiene una base: la propiedad de la tierra. La busca la vida sedentaria cuyo descanso pide la guerra. El jefe guerrero, a quien se unieron los soldados libremente, por un acto deliberado, para luchar juntos por un botín, reparte entre sus inferiores las tierras. Y las gradaciones económicas determinan la escala social. La nobleza surge de los héroes legendarios, de los mejores jefes que, como valientes y geniales directores de los combates, también cogieron para sí la mejor parte del producto de la victoria. Y los soldados que, absorbidos por el gregarismo, si eran temidos en un combate, bajo la dirección del jefe, solos significaban muy poco y se quedaron de colonos, etc. Porque en la guerra sólo triunfan los generales....

En el grande imperio romano, la ciudad atraía a los hombres por las posibilidades de liberación y de lucro. Los campos estaban abandonados al trabajo de los esclavos, o simplemente abandonados, sin trabajo. Los patronos son dueños de todos los medios de producción; el

hombre mismo —el esclavo— es objeto de propiedad, para ser medio de producción, *instrumento vocal*.

En el feudalismo hay el predominio de la economía agraria. La Edad Media está llena del prestigio de los grandes campos que rodean los grandes castillos feudales. Los hombres de las clases inferiores son solamente sujetos jurídicos, formales. Los siervos, arrendatarios, colonos, etc., a través de los duques, condes, etc. filtran el producto del trabajo que se evapora, haciéndose riqueza de los altos, mientras los trabajadores quedan siempre sin nada.... Como hemos visto anteriormente, el cristianismo, eminentemente político, sirve para el desarrollo del feudalismo, es la caparazón religiosa de la explotación feudal, así como el politeísmo, de la esclavitud. Por eso se reparten las riquezas entre el clero y los nobles, que tienen a la vez el ejército a su servicio. Porque mientras los clérigos tienen la cruz y el infierno, los ejércitos tienen la espada para mantener inmóviles y humildes a los oprimidos.

Los papas han tenido el poder divino, en medio de riquezas fabulosas y los emperadores, el terrenal, entregado por los papas en nombre de dios. Pero cuando la sociedad feudal está descentralizada, los señores tienen casi toda la autoridad, riqueza y poder; la producción está dividida y aprovechada por los señores feudales y ahí está la causa de la descentralización del poder.

Se realiza una vez más lo que dice Engels: «El Estado, en resumen, no es más que el reflejo, en forma concentrada, de las necesidades económicas de la clase que dirige la producción».

Al acentuarse los abusos de los señores feudales y crecer la conciencia de sus vasallos, empieza a temblar el edificio social; los reyes empiezan a tener celos de sus vasallos, a la vez, señores feudales, porque éstos han acaparado el poder. Entonces demuestran amor al pueblo, a los villanos. Prácticamente, ni al Rey ni al Papa importa la suerte del vasallo humilde, sino el tributo. Y después de

las centurias del dominio casi exclusivo de los señores feudales, se invoca la necesidad de justicia de los siervos de la gleba, para quitar la explotación a los señores y pasarla a los cortesanos. La división social se ha hecho a base de nobles y plebeyos. El siervo de la gleba, pegado a la tierra como un semoviente, es el tipo especial de la definición feudalista; la nobleza de sangre, el polo opuesto. Los medios de producción, que se encuentran en manos de la nobleza y la clerecía, hace que estas clases dominantes se apoyen mutuamente. El explotado despierta al influjo de las clases medias que conocen siempre, primero, las deficiencias sociales y reclaman las libertades posibles y convenientes, por desgracia sólo para ellas. En las clases medias hay conciencia y capacidad de crítica.

La Reforma.—Hemos dicho que el cristianismo fue la religión de la sociedad feudal y el clero, una clase explotadora. Al nacer el espíritu de justicia en los oprimidos, es lógico que reaccionarán contra el clero y contra la religión. Aquí está la razón de la existencia de las herejías y los cismas cristianos. Al destacarse la reivindicación de las clases explotadas, decaen los principios tras los cuales se parapetaban las clases explotadoras.

Por todo lo que dejamos apuntado se yergue en Europa la Reforma. La herejía luterana, la calvinista, corresponden a la religión democratizada. En estos dos individuos se agudiza la rebelión contra el Papa y sus secuaces. Ya los albinguenses, primeros protestantes, habían desaparecido; pero no iban a desaparecer las ideas de justicia, razones que iban adquiriendo profunda raigambre en el corazón de los oprimidos. Lutero y Calvino son el soplo oxigenado que engrandece las hogueras latentes.

Las reformas luterana y calvinista, si demuestran principios religiosos, no son provenientes de causas ni tienen efectos puramente religiosos; no son el fruto de una lucha por la religión más pura o más buena: son también fenómenos económicos tras un parapeto. La Reforma debía tener un carácter marcadamente religioso, hablar en nom-

bre de dios, para quitar a los hombres el respeto que sentían por el clero, ya que contra esta clase debía dirigirse la lucha económica; es prueba de lo que decimos el hecho de que la venta desvergonzada de indulgencias provocó los primeros levantamientos. Y las riquezas enormes, fabulosas, del clero, fomentaron la envidia, la crítica y despertaron el odio de los terratenientes de pequeña riqueza, que se sumaron al movimiento. La Reforma es el agudizamiento de la oposición al clero explotador; dialécticamente, tendríamos: Tesis: clerecía; antítesis, creyentes explotados; síntesis, Reforma.

Hurguemos un poco más en la historia, en busca de pruebas:

Lutero, sosteniendo principios cristianos, se declara contra los católicos. Anatematiza, siendo él también un sacerdote, a los sacerdotes ladrones. Sobre todo, se enfurece y se lanza a luchar cuando el fraile dominico Juan Tetzel, atravesando Sajonia, al llegar a la plaza de cualquier pueblo, para ahí, planta una cruz y grita: «Comprad, comprad —indulgencias—; pues al són de cada moneda que cae en mi caja, sale un alma del purgatorio». Y esto, que atrae a las masas fanatizadas, que más temen el infierno que el hambre, y adelantan en la pendiente de la miseria para enriquecer a quienes las engañan, despierta odio en los espíritus cultivados que llegan a influir en las masas, a remover el dolor famélico que roe sus entrañas y les hace olvidar el sombrío futuro del más allá de la vida. Los hombres se rebelan contra las explotaciones sólo cuando éstas son demasiado inicuas y escandalosas, cuando le aplastan demasiado la vida. La Reforma es una lucha en que el hombre, no pudiendo librar su conciencia de la férrea cadena de la religión, la examina, cogiéndola de nuevo, así como antes, el hombre salvaje, al notar que el ídolo no le da buena ventura, también le remira, también le increpa y llega a tenerle desconfianza; pero no lo rompe por el dañoso miedo a la vida y a la muerte. Henry Seé cita las siguientes palabras de Labriola que confirman lo dicho:

«Martín Lutero, como los otros reformadores contemporáneos, no supo jamás, como lo sabemos nosotros hoy día, que el movimiento de la Reforma era un momento de desarrollo del Estado Llano y una rebelión económica de la nacionalidad alemana contra la explotación de la corte papal. El fue lo que fue como agitador y como político, porque supo identificarse con la creencia que le hacía ver en el movimiento de clases que daba impulso a la agitación, un verdadero retorno al cristianismo y como una necesidad divina en el curso vulgar de las cosas». O sea que, aunque no se den cuenta los actores de un movimiento reivindicacionista colectivo, están obrando en una lucha de clases empujada por el factor económico.

Al elevarse la Reforma, alegando la igualdad humana, basándose en las sagradas escrituras y dirigiendo la lucha de las clases oprimidas contra la clerecía y la nobleza, prepara la caída de la Edad Media, sometiendo al mismo tiempo a crítica todo el orden existente. El racionalismo empieza a extenderse con toda amplitud, a llegar al alma del pueblo. Porque quienes, con grandes facultades se dedicaron a una vida intelectual, sienten la necesidad de realización de ciertas verdades, mucho antes de que ellas aparezcan como necesarias ante el convencimiento general. Así sucede con Bacon, por ejemplo, —1210—1293— que (antes de Galileo —1564—1642— a quien Cantú señala la paternidad de rechazar la autoridad y preferir la experiencia) como un recuerdo de Aristóteles, decía: «Experimentad, experimentad». «No te dejes gobernar por los dogmas y las autoridades: contempla el mundo». —cita de Wells—. Y señala como causa de la ignorancia «el respeto a la autoridad, la costumbre, el gregarismo de la multitud ignorante, etc». Así también Galileo, al rebelarse contra las formas viejas de los convencimientos, poniendo duda en todo y absorbiendo verdades de lo que existe ante sus ojos, señala lumbres positivistas y afirma que «la lógica puede probar, pero no descubrir».

La lucha de clases, al empujar la historia, hace que

los revolucionarios sean iconoclastas inmisericordes. Un detalle pasajero de los reformistas reafirmará lo que dejamos dicho. Cuando Lutero llama a Carlos V bestia alemana, perro rabioso, soldado del papa, portero del diablo; cuando moteja a Enrique VIII de rey de paja, bufón de carnaval, asno abyecto, el puerco de Santo Tomás y todo lo dice públicamente, sin el menor recelo, se nota que ha perdido el respeto al ancestro y ha sembrado un ejemplo más en la senda revolucionaria.

La razón, la crítica, la libertad intelectual, que van rompiendo las vendas con que el fanatismo religioso ha querido cegarlos, empiezan a destacarse.

Así es cómo, a pesar de que en Alemania, patria de Lutero, es combatida y vencida superficialmente la Reforma, porque las clases dominantes siempre encuentran medios de ahogar los primeros movimientos revolucionarios. Calvino eleva desde Francia la misma Reforma cuasi vencida, con su temperamento más sereno, más constructor y menos dogmático que el de Lutero. En los últimos lustros del siglo XVII, con el edicto de Nantes, tiene que declararse vencido el calvinismo, pero ya nace Voltaire....Y en Inglaterra, después de terminada la revolución de 1689, fermentan, en forma decidida, las teorías liberales. Todos los movimientos intelectuales de libre examen dirigen al despedazamiento del cristianismo. Con razón dicen Marx y Engels —ob. cit.— «El Cristianismo quedó inutilizado para servir en lo sucesivo de disfraz ideológico a las aspiraciones de ninguna clase progresiva, convirtiéndose cada vez más en el patrimonio de las clases dominantes, que lo empleaban como un simple instrumento de gobierno para mantener en la obediencia a las clases inferiores».

La ciencia deja de ser esclava de los principios dogmáticos religiosos. En el viejo mundo, sin industria pesada ni explotación capitalista todavía, se busca la riqueza insaciable por todos los medios posible. Se cree que el oro es riqueza intrínseca y no una mercancía valorable por la cantidad de trabajo humano invertida en su obtención,

y como unidad de comparación de otras mercancías; la piedra filosofal es el ensueño de los alquimistas que, surgido entre los árabes, pasa a los pueblos de occidente. Y desde ahí se destaca la química que, con otras ciencias, destruirá principios religiosos. Hasta América es una piedra filosofal que, además de deslumbrar a Europa con su oro, al aparecer de brazo con la magnífica locura de Colón, da una bofetada más a los principios religiosos inquisitoriales con la prueba de la redondez de la tierra. Vieja es la verdad, pero la repetiremos de paso: América no es para las clases dominantes de España, sino un lugar de encontrar riqueza. Se aparenta enviar religión. Se argumenta que dios ha dado ocasión para el descubrimiento. Hasta en las palabras de los profetas se encuentran anuncios de tal descubrimiento. Claro, después de descubierta América, se encuentra que el profeta Isaías ha indicado que para extender la religión católica se descubrirá América. Pero detrás de esta palabrería está la ambición de reyes y súbditos, de eclesiásticos y militares y civiles.

La Reforma es el principio del fin del feudalismo: empieza a destacarse, como orientadora de la vida de los pueblos, la burguesía. La descentralización feudal o sea todo el gobierno e influencia de los señores en sus feudos, que era pedazo de poder quitado a los soberanos, hace que éstos, a su vez, adopten tolerancia con los reformadores y aparenten salir por los fueros de las clases humildes. Como manifestamos anteriormente, en el fondo no hay sino egoísmo, deseo de poder, que se ha de traducir en situación económica ventajosa para la clase cortesana y sus adláteres. Un ejemplo nos da Enrique VII en Inglaterra, quien, a pesar de haber escrito una obra contra la herejía y haber sido premiado por el papa con el título de «Defensor de la fé», cuando quiere casarse con Ana Boleyn, divorciándose de su primera mujer — cosa que no permite el catolicismo — y queriendo, también, apoderarse de las enormes riquezas de la Iglesia, mayores que las de los soberanos, se une a los protestantes en 1530. He aquí la verdad: el poder de las fuerzas naturales de la conserva-

ción de la especie y de la propia conservación....

Pero de todo esto saca un triunfo la humanidad: el someter a la razón todo lo que rodea al hombre. Ya no será la sumisión ante las durezas de la vida; ya no, el dominio sobre las manifestaciones biológicas y placenteras del hombre, macerando la vida con inútiles sacrificios: será el hombre menos tímido frente a la naturaleza. Se ha terminado sin duda la candorosa adolescencia de que hablara Wells, refiriéndose a la edad de las sociedades en el mundo, al recordar a los místicos Gautama Bhuda, Confucio, Lao Tsé, el profeta Isaías y Heráclito de Efeso. —siglo VI a. de Jesucristo—.

Aunque todavía los hombres no pueden libertarse de los fantasmas del cielo y del infierno, pero ya entienden, en los tiempos de la Reforma, que deben ser iguales, que pueden tener todo lo necesario para la vida y sin embargo irse al cielo. Entonces cree el hombre que debe enriquecerse libremente y hace la religión protestante de acuerdo con su necesidad de libre producción, de libre cambio, Correspondiendo a esta necesidad deja de ser la ciencia pupila feudal de la Iglesia. La razón, al tomar sobre sus hombros a la ciencia, la libera de la religión. Se destaca el racionalismo. Y la clerecía, después de que los soberanos y los cortesanos han confiscado sus bienes, deja de tener influencia decisiva; a lo más, ataca escondidamente las doctrinas revolucionarias, con el recuerdo de los tiempos pasados que fueron de su opulencia.

La monarquía, al llegar a tener unidad, centralizando el gobierno, también centraliza las rentas. Pero, así mismo, aumentan los gastos de sostenimiento de ejército, de los funcionarios y los servicios públicos. Entonces ya ha decaído la verdadera organización feudal. Los principios nuevos, contrarios a los anteriores —certezas de la hora— ya no son un patrimonio de las clases privilegiadas: la imprenta ha sido el vehículo para la difusión de todo conocimiento hasta en las clases más humildes. Y toda tradi-

ción deja de ser invulnerable: hasta los invulnerables castillos feudales, que no se preocuparon de lanzas ni venablos, dejaron de serlo cuando las armas de fuego los atacaron. Wells tiene una frase muy expresiva: «Las armas de fuego barrieron el feudalismo».

Todo el proceso histórico de la Reforma se debe al surgimiento de una clase social: la burguesía. La religión, la ciencia, la política, todo es hecho por ella para su servicio, aunque no se dé cuenta de ello. Pero es necesario aclarar un concepto: la burguesía no es en este tiempo la clase ya definida, que tiene hombres determinados. Es una amplia aspiración humana de ese momento y es, por ello, igualitaria. Cualquier individuo puede ser burgués, desarrollar su riqueza con la explotación de los demás. Si con la Reforma se empezó por democratizar el poder divino, fue el vehículo para democratizar el terrenal: sólo la idea de igualdad podía hacer que el siervo se levantara contra el señor.

Marx reconoce que la burguesía ha librado tres luchas decisivas, que le han dado el triunfo y que han servido para su escalamiento a la cúspide: la Reforma, la revolución inglesa de 1648 y la revolución francesa que principia en 1789.

C A P I T U L O I I

LA REVOLUCION MECANICA E INDUSTRIAL EN INGLATERRA

Dirigimos nuestro estudio a Inglaterra porque ahí se realiza el segundo triunfo de la burguesía, camino hacia el capitalismo.

El carácter general de la producción en la Edad Media, en la organización feudal, es individualista. Cada individuo trabaja con su familia. Tiene donde vivir y en que trabajar. Pero no es libre ni exclusiva la apropiación del fruto de su trabajo. El molino del señor feudal tiene que servir para sus granos; los tributos son para el amo. De tal manera que, en un momento dado, ya no fue el terreno más o menos extenso la base del feudalismo; la propiedad personal del señor llegó a tener poca importancia: lo que importaba era el número de siervos sujetos a pagar tributos. Hay una gran cantidad de campesinos que poseen sus terrenos, bajo la protección del señor feudal. Pero cuando la industria de la lana en Inglaterra, distinguida especialmente en Flandes, despierta una gran ambición de riqueza, cambia la organización agraria. Lo que se necesita es mucha lana y esto no es posible satisfacer sino contando con numerosos rebaños; pero los rebaños necesitan pasto y esto no es posible conseguir sino en grandes extensiones de terreno. Como consecuencia de esto, se realiza

una enorme expropiación de tierras a los pequeños propietarios. Y estos individuos, perdiendo la propiedad, tenían que emigrar a la ciudad porque no podían siquiera seguir viviendo en calidad de siervos: el cuidado de los rebaños requería un pequeño número de individuos. Esto que sucede a fines del siglo XV y principios del XVI, obtiene con la Reforma un incremento enorme gracias a que Enrique VIII, al proclamar el anglicanismo, incautó los bienes cuantiosos de la Iglesia Católica, cuya riqueza envidiaba todo soberano europeo y regaló a los cortesanos o los vendió, como dice Marx, «por precios ridículos, a especuladores, arrendatarios y burgueses de la ciudad que expulsaron en masa a los antiguos ocupantes hereditarios y transformaron la producción». Con estas expropiaciones se deja a muchos campesinos en la pobreza y éstos, o forman bandas de mendigos y vagabundos, contra los cuales se dicta una sanguinaria legislación, o van a trabajar en la manufactura en la ciudad. Entonces se realiza una revolución burguesa en el campo y en la ciudad.

Capitalismo Agrario.—La nobleza feudal estaba ya debilitada por la guerra de las Dos Rosas. Con las expropiaciones mentadas en el párrafo anterior, los grandes terratenientes no son ya sólo descendientes de nobles: son extranjeros muchas veces, e individuos de clases humildes. A su vez, los nobles ya no buscan títulos, sino dinero, porque comprenden que sólo éste vale. Así disminuye el predominio de la aristocracia y se predispone a entenderse con la burguesía, que también sigue fortaleciéndose.

La yeomanry, clase formada por campesinos libres, es el fuerte del levantamiento de 1648 y gracias a ella va Carlos I al cadalso; la burguesía naciente de las ciudades, que tomó parte en pequeño número, pero con mejor preparación, con conciencia más desarrollada, fue la que aprovechó. Y Cromwell fue el protector de esta clase. Cien años después, la yeomanry ha desaparecido y sin embargo se ha realizado en 1689 el entendimiento de la burguesía con la aristocracia. Con Guillermo de Orange se entro-

niza el dominio de terratenientes y capitalistas. La nobleza es necesaria en el Estado porque es más preparada para el gobierno y, teniendo en sus manos la dirección, es buscada por la burguesía que, con el comercio y las industrias en su poder, necesita que le den elaboradas leyes proteccionistas para su capital, ya que no quieren comprometerlo en audaces contingencias. La aristocracia es un elemento hasta estético en Inglaterra, mirado con complacencia por su aire, sus costumbres, etc. desde la humilde vida del burgués que empieza a destacarse y a aprender de señoría y de dominio.

Los capitalistas agrarios de Inglaterra han emergido especialmente de los arrendatarios a largos plazos. Los landlords, sobre todo en el siglo XVI, han dado campos para cultivar y terrenos para construir casas, por arrendamientos hasta de 99 años. Durante este tiempo los arrendatarios que han estipulado un precio igual a todos los años, o con pequeño aumento, han tenido ganancias monumentales por el alza de precios de los productos agrícolas. La disminución de precio de los metales preciosos, también ha aumentado su fortuna. Y, por último, les ha enriquecido la expropiación de los terrenos comunales que han ido a ser su propiedad. Así resulta que cuando hay necesidad de dinero para la formación de explotaciones manufactureras o industriales, son los arrendatarios los que lo tienen y los que forman la burguesía o clase capitalista.

La Manufactura.—En el trabajo individualista de la Edad Media, en cada casa hay un taller en que trabaja la familia y se obtiene lo necesario así para el alimento como para el vestido. En los telares del hogar, mientras uno de la familia teje, otro carda, lava, etc. la lana. Es una división social del trabajo la que existe. Entre tanto, hay falta de libertad en el hombre, así en ideas como en actuaciones. La forma medioeval del oficio es una muestra de esta relativa libertad: aunque ya no une en la casa, une en el taller dirigido por un maestro, a jóvenes oficiales que aprenden y salen, una vez probada su habilidad, al trabajo

de maestros. El artesano tiene libre trabajo hasta cierto punto; pero no tiene libertad para acumular riqueza ni extender su negocio. Marx describe maravillosamente el régimen del oficio: (p. 264 «El Capital») «Las leyes sobre gremios impedían de un modo sistemático, al limitar el número de oficiales de que cada uno podía disponer, el que el maestro se convirtiera en capitalista. Otra restricción consistía en que sólo podía emplear oficiales en aquel oficio en que fuera maestro. El gremio se defendía celosamente contra toda usurpación del capital comercial, o sea contra la única forma de capital libre que entonces tenía enfrente. El comerciante podía comprar todas las mercancías que quisiera; pero lo que no podía comprar era el trabajo como mercancía. Se le toleraba sólo como vendedor de aquellos productos que fabricaba el artesano. Y sólo por circunstancias especiales aumentaba el número de trabajadores, si los gremios existentes se subdividían o se constituían otros nuevos frente a los antiguos; pero que no se establezca vínculo alguno entre los distintos oficios dentro de un mismo taller. La organización gremial, por mucho que por la especialización, aislamiento y constitución de nuevos oficios estuviera dentro de las condiciones materiales de existencia del período manufacturero, era por completo incompatible con la división manufacturera del trabajo. En una palabra, los trabajadores y los instrumentos de producción seguían estando unidos como lo está el caracol a su caparazón, faltando así el primer elemento de la manufactura, o sea la sustantividad de los instrumentos de producción frente al obrero».

Como cada etapa humana se caracteriza por el dominio de las clases dueñas de los medios de producción, ellas son también dueñas de la ciencia, de la política, de la religión. Las hacen sin darse cuenta de ello, aún pregonando redención e igualdad humana. Y como siempre han pretendido hacer del hombre explotado un instrumento de producción, han sostenido la vida del trabajador con el mismo cuidado que el dueño repara una máquina, sólo por el rendimiento de utilidad que, en el sistema capitalista,

se transforma en plusvalía absoluta o relativa. De lo que hemos visto hasta aquí, podemos desprender, indudablemente, los que dejamos indicado en este párrafo. Así en el sistema de la esclavitud, los bienes se dividían en vocales —esclavos—, semivocales —animales— e inertes. En el feudalismo; en que el sistema se basa en la explotación agraria, en que la producción de riqueza se refiere especialmente a la tierra, se busca el complemento en las fuerzas e instrumentos que sirven para la agricultura. Por esto el siervo de la gleba está unido a la tierra y con ella pasa a otro poder en el tráfico de compraventa. Así mismo veremos cómo en la época industrial, el capitalista trata de hacer que el obrero se especialice y rinda mayor cantidad de trabajo útil, convirtiéndolo en máquina, porque la máquina determina la forma de producción actual por excelencia.

La manufactura, en sentido general, etimológico, sería todo lo que hace el hombre con las manos. Marx le da un sentido especial, quizá por no encontrar un término más propio, o por no inventarlo. En la página 264 de «El Capital» dice: «La reunión, bajo el mando de un mismo capital, de un núcleo importante de obreros, es punto de partida natural de la cooperación y de la manufactura». Es decir que la manufactura es una institución, mejor, una organización social basada en la reunión de individuos que trabajan en un mismo lugar, con herramientas del dueño de esa manufactura quien, mediante el pago del precio del trabajo, se apropia de todo el fruto de ese trabajo. En la manufactura se dedican a varias operaciones, a producir varias mercancías. Cuando los trabajadores tienden a especializarse, se realiza la división manufacturera del trabajo. La manufactura se caracteriza porque el individuo está unido a la mercancía por la herramienta más simple. Podríamos poner esta fórmula para un carpintero: Tabla, cepillo, carpintero. Este mueve el cepillo y pule la tabla. La manufactura es la primera organización capitalista. La forma de producción capitalista, lo decimos de acuerdo con Marx, es esencialmente distinta de las anteriores formas de



explotación de las clases inferiores. En el tiempo feudal, en el de esclavitud, las clases dominantes arrebatan al hombre directamente el fruto de su trabajo. En la forma capitalista, el hombre es libre, por lo menos así lo dicen los códigos, pero no tiene trabajo propio y, por lo mismo, no puede apropiarse de su fruto: el capitalista compra su trabajo barato, para vender caro su fruto.

La manufactura progresa mucho con los descubrimientos de nuevas tierras. Por la necesidad de producir más y mejor, avanza la ciencia y el comercio se abre nuevas rutas. El afán de riqueza rutila en todo cerebro cuando ve surgir colonias en las cuales se pueden vender caros productos que cuestan barato. Y las clases explotadoras, dueñas del capital, aplican con afán la reforma calvinista, basada en los versículos 15 y 16 del Cap. V de S. Mateo. El Capitalista ha de ser como la luz para alumbrar a sus trabajadores, para cuidarlos, para protegerlos. En cambio, levantan el principio protestante de que el hombre debe trabajar lo que más pueda, honradamente, que no debe estar ocioso, porque si el patrono no le ve, le ve Dios, y el hombre no debe robar al patrono el tiempo de servicio que le paga. El hombre debe trabajar lo que más pueda, en la fábrica, en el taller, en el campo, porque trabajando con ahinco, sobrepasando si le es posible la tarea, se gana el cielo: he aquí cómo se pone la religión al servicio de los burgueses para que rindan más ganancias los proletarios: he ahí cómo influye el fenómeno económico en la religión y la determina.

De la libertad de organización de la producción y de la división del trabajo nace la forma capitalista. Según Marx, en la Edad Media, cuando hay una producción individual y utilización también individual de lo que cada hombre produce, hay *división social* del trabajo. Así por ejemplo, en Inglaterra, cuando cada familia tenía su telar para fabricar el vestido, mejor dicho, la tela para el vestido, había la división social indicada. Cuando el capitalista es dueño de la herramienta y el trabajador no presta sino su

fuerza, surge la división manufacturera del trabajo. Ahí nace, como hemos dicho, el capitalismo. Pero el capitalismo es distinto en la manufactura que en la industria. En la una, ya hemos visto la relación de unión del trabajador con la herramienta. En la máquina, ya no sucede así. La fuerza que se usa no es del trabajador, sino fuerzas de la naturaleza que hacen mover la herramienta; así una máquina cepilladora, para poner un ejemplo correlativo al que pusimos del carpintero. Pero el aprovechamiento de las fuerzas de la naturaleza, que son gratuitas, no sirve sino para ventaja del capitalista que así no tiene que pagar la fuerza humana para mover la herramienta. Sin embargo es necesario aclarar que no es la máquina la que determina la revolución industrial, sino la división del trabajo, su organización. El molino hidráulico es una máquina, herencia del antiguo imperio romano. La imprenta, del régimen medioeval del oficio. El reloj, tampoco es de los tiempos del maquinismo. En sus primeros tiempos, la fabricación de relojes en Suiza, no se hacía en una localidad capitalista. La hechura constituía diferentes oficios, y la producción individual de las piezas daba una fisonomía especial al trabajo. El artesano más hábil vendía más caro el fruto de su habilidad. Sólo después de una serie de compras de mercancías piezas, salía la mercancía reloj, completa.

La manufactura, tal como la hemos tomado, de acuerdo con Marx, dará incremento a la máquina. En Inglaterra la manufactura prosperó porque los campos dieron un sobrante de hombres a la ciudad: los terratenientes, que hacían de la lana una gran fuente de riqueza, tenían grandes rebaños que no necesitaban de mucha gente para cuidar. Con la gran oferta de brazos la división del trabajo iba haciéndose cada día más detallada y el individuo aumentaba su habilidad con la costumbre, pero iba a servir para hacer una sola cosa. En cierta forma se iba a convertir en una máquina. De ahí el Taylorismo, estudio científico de los movimientos que realiza el hombre en el trabajo, para que los sistematice y ahorre el tiempo, ga-

nando el mismo salario. Sabido es cómo, por medio de este sistema, se ha logrado aumentar inmensamente el rendimiento del trabajo. Pero día a día se hace necesaria la rapidez en la producción y la baratura, para la competencia en el libre comercio. Entonces sugiere una cosa la mente humana: aumentar las fuerzas de producción y la cantidad de producción y disminuir su precio. Esto es lo que lleva al hombre hacia la máquina.

«La máquina, dice Marx, que provoca la revolución industrial, reemplaza al obrero, que maneja una simple herramienta, por un mecanismo capaz de operar con una gran cantidad de esas mismas herramientas o de otras análogas, accionadas por una fuerza motriz única, sea cual fuere su forma».

Al principio, cuando la máquina no está generalizada y pertenece a pocos felices propietarios, hace realizar inmensas ganancias a sus dueños, quienes, con un menor costo de trabajo, producen mayor cantidad de mercancías que, en el mercado, tienen que ofrecerse igual que los productos manufacturados cuyo costo de producción, por el pago de la fuerza humana de trabajo, es mayor. Entonces nace un deseo en un gran número de individuos: poseer máquinas. Y tiene que nacer otra industria: la construcción de máquinas. Al principio, aquella construcción es manufacturera; pero como ya el hombre tiene experiencia del rico rendimiento de trabajo ejecutado por la máquina, construye máquinas para hacer máquinas. Y así se destaca la gran industria, con máquinas potentes, máquinas gigantes que producen máquinas y otras mercancías, hasta máquinas que parecen tener cerebro.

El siglo XVIII, con la invención de la máquina hiladora —John Wyatt 1755— y su sistematización por Arkwright, que en 1771 estableció una fábrica; la de la lanzadera rápida; Cartwright que inventó el telar mecánico etc. asiste a la revolución industrial textil en Inglaterra que empezó a competir a los estampados de la India y, dejando a un lado la industria lanera, se dedicó especialmente a la

del algodón.

Al extenderse la revolución industrial, necesitaban libertad los empresarios, libertad en todo orden porque hasta los inventos son frutos de la libertad de la razón, de la observación; además es imprescindible la libertad de oferta y demanda de productos y de brazos. El sistema liberal se hace necesario: el capitalista necesita que haya muchos hombres libres, iguales en derecho teórico, para que se presenten en su fábrica, para pagarles menos mientras mayor sea el número de los que necesiten trabajo, mientras menor capacidad económica tengan estos individuos, porque así podrán contentarse con cualquier paga. En'onces nacen los proletarios. Y mientras la riqueza va creciendo más y más en manos de los capitalistas, el obrero, sin hogar, en la pendiente de la miseria, sin poder ganar lo necesario para sostenerse, tiene que vender no sólo su trabajo sino también el de su familia, porque las mujeres y los niños, por su docilidad, por lo poco que ganan, son presa codiciada del capitalismo.

El surgimiento de la burguesía en Inglaterra, con su religión protestante, despertó en la nobleza una secreta odiosidad: les repugnaba ver a esa gente humilde de ayer sin modales palaciegos, en medio de una fe divina, rodeada de todas las comodidades posibles. Entonces, como una reacción de espíritus más cultivados en las especulaciones filosóficas, adoptaron el materialismo, que entró en escena con Hobbes, sostenedor de la monarquía. El anglicanismo era la religión de la burguesía. El materialismo, huído de Inglaterra, sentó sus reales en Francia, donde encontró fuertes adeptos. Los enciclopedistas buscaron todo con la razón. Los fisiócratas inquirían por las leyes de la evolución de las sociedades. Sin embargo de lo que dejamos apuntado, la revolución burguesa se hizo en Inglaterra sin profundos desbarajustes, sin grandes momentos anárquicos, por el entendimiento de la burguesía con la mayor parte de la aristocracia que, como hemos dicho, consciente de su falta de fuerza para impedir, colaboró en el movimiento paulatino y sacó su parte.

En Francia, en cambio, por la situación desastrosa de la hacienda pública y por la falta de tino de la aristocracia que se negaba a tratar con el Estado Llano, la revolución burguesa es sangrienta, fuerte, iconoclasta. En los Estados Generales influían las ideas libres y ante la resistencia de los nobles, se apoderan de toda responsabilidad los representantes del Estado Llano, proclaman la revolución y, como su consecuencia, se instituye la república. En Francia se separa la Iglesia del Estado: la revolución burguesa no necesita económicamente de una religión.

Así nace la organización social que, con el lema de libertad, igualdad, fraternidad, ha engañado al mundo por algunas centurias, dando a los pobres la libertad para morir de hambre. Ideológicamente ha influido en el hombre la falta de libertad individual de la Edad Media, para buscar una libertad demasiado amplia. Cuando comprenda que no es la libertad política lo que ha menester, sino la libertad económica, entonces irá a defender su vida en las barricadas de la revolución social.

El movimiento se realiza en Europa, mutatis mutandis y sale fuera de ella. Napoleón Bonaparte, con su ambición inmensa, no permitió que se armaran las monarquías contra Francia y mataran la república.

CAPITULO III

CAPITALISMO E IMPERIALISMO

Mientras existe la libre competencia, de hecho o de derecho, cualquier capitalista puede ganar lo que dependa de su ingenio. Pero esto que llega a preocupar a los más ambiciosos, les hace ir al monopolio: los grandes capitalistas se unen, forman grupos omnipotentes y destruyen a la clase media de pequeños comerciantes, pequeños productores, explotándolos o, cuando más, dejándolos extender su negocio bajo el control de su imperio económico.

Mientras el capitalista tiene a quien vender las mercancías, crece su negocio; pero llega un momento en que el capitalista es dueño de todo: la ganancia progresiva y fabulosa ha llevado a su propiedad la de los demás. La clase proletaria, en cambio, con la reducción de paga aumentada día a día por la creciente oferta de trabajo, llega a no poder adquirir nada y se almacenan las mercancías.

Todo este proceso lleva a la oposición de los contrarios: clase capitalista y proletaria. En estas clases se han polarizado los efectos económicos. La oposición se hubiera solucionado hace mucho si todos los países hubieran llegado juntos al período máximo del capitalismo. Pero, por la diferente gradación de desarrollo económico, el capital no sólo impera en los países asiento de las grandes fábricas, centro de las grandes compañías: busca países co-

loniales para sacar de ellos materias primas y devolverles productos industrializados. Esto envía a los países capitalistas por su último camino: el imperialismo.

Sin tratar de definir, podemos indicar que el imperialismo es el máximo de dominio capitalista dentro de un país y la penetración económica de un país capitalista en otro, capitalista o no. A diario vemos que esta penetración toma caracteres políticos; pero, generalmente, el gobierno del país imperialista no es el que verifica la penetración: son los dueños de los capitales invertidos que afectan defender sus intereses. En un sentido estricto, un gran número de escritores usan el término imperialismo para designar sólo la penetración económica de los capitales de un país en otro. Stalin usa la diferenciación que hemos hecho al principio de este párrafo. Seguiremos nosotros usando el término «imperialismo» sólo como la expansión internacional de un país capitalista. Hay en éste, considerado en la forma que acabamos de indicar, el mismo carácter expansionista de los pueblos que, en todas las ocasiones de la historia anterior, han tratado de apoderarse de otros territorios y otros medios económicos. Las luchas de las tribus, las guerras de los estados, con diferentes caracteres superficiales, como las cruzadas, por ejemplo, que pusieron el pretexto religioso, han tenido siempre el mismo móvil económico, como lo tienen las guerras imperialistas posteriores, como la del 14. Hoy, que el hombre es libre en teoría y hasta las teorías internacionales dan libertad a los pueblos, ya no se buscan países conquistados por las armas. Las colonias, bajo el mandato de la Sociedad de las Naciones, tienen una aparente independencia, ya no se buscan súbditos políticos ni esclavos, ni se expande la religión como un negocio nacional: se buscan mercados. Sin embargo, las grandes compañías industriales ponen y quitan presidentes en repúblicas de economía colonial. Ahí está Indoamérica penetrada por todos los imperialismos. La que se llama América Central, sobre todo, con la intervención de E. E. U. U., que trata de DEFENDER las propiedades de sus ciudadanos, de los vaivenes sangrientos de

esos pueblos, vaivenes que son inspirados y provocados por la explotación económica de sus defendidos.

Hasta cuando tienen donde vender las mercancías, los países capitalistas pueden sostener a los obreros. Cuando ya no tienen, se plantea esta situación: las mercancías quedan almacenadas y no hay trabajo para los obreros. Estos, nada tienen: ni casa, ni ahorros, porque los patronos no les han pagado sino lo estrictamente necesario para el gasto cotidiano; su única posibilidad de vida es la venta del trabajo. Entonces es cuando surge la revolución proletaria, como una consecuencia imprescindible de la evolución histórica de la sociedad.

Los pueblos que ven todo este desenvolvimiento lógico, para evitarse los tropiezos, las terribles conmociones sangrientas, deben ir pronto al fin: la justicia del proletario, que plantearía la verdadera igualdad. Es fácil el remedio: conociendo que durante toda la existencia el hombre ha dominado al hombre apropiándose de los medios de producción, los socializará, es decir la producción y el reparto serán de la sociedad. Y eso será el socialismo. Con este cambio económico, cambiará la humanidad en todo, hasta en lo que se cree más espiritual y desligado de los intereses materiales del hombre: la religión. No importa que un país no haya llegado a las máximas contradicciones del capital y el trabajo. No hace falta que esperemos que los proletarios destruyan todo en un momento de suprema y justa venganza: suficiente es que comprendamos la justicia para implantarla. Suprimiremos «los dolores del parto» si ahorramos la larga etapa de explotación al proletario, aún sin haberla empezado, comprendiendo la justicia que necesita la humanidad.

Hoy que tenemos en el Ministerio de Hacienda al Sr. Víctor Emilio Estrada, quien parece que va a imprimir orientaciones económicas al Ecuador creemos del caso dejar constancia de que no estamos de acuerdo con la esperanza que tiene de que va a desaparecer la crisis por la que atraviesa el mundo porque cada nación va a producir ma-

teria prima, según indica en su folleto de plan económico, recién publicado. Aún al realizarse esta producción de materia prima por la cual cada país se bastaría a sí mismo, industrializándola, no iríamos sino a una nacionalización de la explotación capitalista. Además es una utopía creer en países que vivieran su vida sin influirse: Qué sería de los estados que no pudieran ni exportar materia prima ni industrializarla? Se plantearían dos casos: o sigue la explotación capitalista, o no sigue. En el primer caso no desaparecería el objetivo revolucionario social del proletariado. En el segundo, si no fuera a la revolución porque los capitalistas podrían renunciar a una parte de sus ganancias para que los proletarios lleguen a tener capacidad adquisitiva, ya no existiría el capitalismo. Pero la semilla socialista no moriría. El proletario comprendería que le dan porque tiene derecho, pero que también tiene derecho a más. Y con este principio, se fuera en cualquier momento a la realización de sus máximas aspiraciones de justicia.

El sistema capitalista, de libre explotación del capital, es el que domina actualmente el mundo, fuera de Rusia y Méjico que van a grandes pasos al socialismo. La forma política del capitalismo es el liberalismo, del cual creemos con Ramón Pedrueza («La lucha de clases en Méjico»): «el liberalismo clásico, que no constituye una doctrina científica económica, revolucionaria, sino una actitud generosa y sentimental, a la vez que una finalidad irrealizable».

Hagamos un balance general de estos momentos económicos. Consideremos a naciones y hombres, de un modo amplio, hoy que se trata de sostener tanto la verdad de conceptos como igualdad, libertad, democracia, que no pueden salvar al mundo.

Hay libertad? Dónde, cómo puede ser libre el hombre, si hasta la vida misma es un lazo del que no puede librarse, porque sus manos fueron atadas por el instinto la moral, el deber, el miedo, etc? Pero quizá sería pedirle

demasiado esta libertad, por irse en contra de la ley biológica de la conservación. Pero ¿habrá libertad de pensamiento si éste lleva cadenas hereditarias de la conciencia de los antecesores; cadenas que los maestros pusieron en nombre de máximas inapelables de derecho, religión, moral, muchas veces rancias? ¿Habrá libertad de acción, cuando el pobre, para no perder la vida, para no morir de hambre, está obligado a dejarse explotar por el capitalista, el agiotista, el patrón? Hay libertad para morir de hambre, para escoger entre arrojarse a un precipicio o a un río, para esto si hay; pero, para vivir, no.

La igualdad es un mito, porque los hombres son distintos. La igualdad política del explotador y el explotado no se necesita porque para nada sirve. El derecho mismo es desigualdad, como lo explicaba Marx cuando refutaba a La Salle: «Todo derecho presupone desigualdad. Es la aplicación de una misma medida a personas desiguales entre sí. Dos hombres que han trabajado, reciben igual porción; pero el uno es fuerte y el otro débil; el uno es soltero y el otro, casado. El uno tiene muchos hijos, el otro, pocos. Esto no debe ser».

Por eso Keyserling en «El mundo que nace»—anuncia al mundo una justicia que se realizará:....«el futuro especialismo volverá a ser carismático; es decir en cada caso la cuestión «quien» antecederá a la del «que», viéndose lo decisivo no en la cosa sino en el hombre que hace». Así en lo penal, sobre todo en la escuela psicofisiológica de Ingenieros, encontramos realizada esta idea que se hace trascendental al orden económico y la justicia social. Pero se explica que en estos últimos aspectos no se hayan introducido las reformas porque hay intereses, los de los explotadores, que se oponen. En suma, ni existe ni se necesita que exista la igualdad, sino la relatividad.

Si dirigimos las miradas a la fraternidad, tampoco se deja ver. O miran los hombres con indolencia, o se ensañan en la miseria de sus semejantes, o los precipitan en ella, cuando menos. Y si esto no sucede, los más buenos

dan limosna, siempre humillante para quien la recibe, porque no sirve sino para engañar sus necesidades con una piltrafa y para que se enorgullezcan más quienes la dan, todo lo que es una elocuente muestra de que los hombres son distintos y nada tienen de hermanos. Juan Caves decía, convencido de lo imposible del amor del hombre al hombre: «No podemos creer ya en un progreso fatal y continuo que nos traiga necesariamente, después de muchas vicisitudes, una era de fraternidad humana». Una fraternidad como la de nuestros días, no creo tampoco posible mejorarla: necesitamos otra humanidad, criada con otros principios, en que no sea la teoría la que lleve a la fraternidad, sino la necesidad del hombre. Hay que obligar al hombre a que respete al hombre; hay que desarmar al hombre para que no hiera al hombre: hé ahí la fraternidad. El hombre no respeta los derechos del hombre sino cuando no puede conculcarlos. Pensemos en que tres individuos, armados de cuchillos, se encuentran en una estancia; todos tres se temen y recelan; para librar sus vidas del mutuo peligro, arrojan sus cuchillos al mar: ya tenemos la fraternidad: hombres que no se matan porque no pueden. Al fin y al cabo, viendo que no pueden explotarse, los hombres se acostumbrarían a no explotarse, porque la función hace al órgano. Es conocido el ejemplo de un pez grande que se pone con un chico en una redoma, separados por una capa de vidrio. Al principio el pez grande ataca al chico, pero no puede llegar a él por la pared que lo separa; después, aún cuando estén juntos, ya no le ataca, porque ya se ha acostumbrado a no poder hacerle nada. En la humanidad necesitaríamos hombres que aprendan la obligación de la fraternidad desde la cuna.

Por todos los vicios anotados ha surgido la idea de la justicia social que remueve las bases de la sociedad democrática en que el CRATOS es propiedad de las clases dominantes, pero nunca del DEMOS. Y hacia aquella justicia se inclina la humanidad. Lo malo es que todavía atravesamos por un periodo en que la justicia es sólo avizorada por aquellos espíritus que han logrado libertarse del yugo de

convencimientos que hacen ver el bien como un fantasma.

La guerra de 1914, fruto nefando del imperialismo europeo, será el principio de una nueva Edad. Y Rusia, el hito. Rusia, en 1917, da el paso que para la humanidad significara el que dió Francia en 1789.

Todo el mundo comprende que ya no se necesita de la igualdad política, de la libertad teórica, de la fraternidad de fermentadas democracias: que la justicia económica, contra la que ha llegado a atentar el sistema capitalista, constituye la reivindicación más profundamente humana: la necesidad de vivir, de tener dónde y cómo alimentarse. Para realizar esto, hay que irse por sobre todos los prejuicios y todos los egoísmos, desde el egoísmo individualizado del hombre como unidad social, hasta el concepto individualizado de la nación como unidad internacional. Mariano Cornejo, en su obra premiada y publicada por una Institución de Estados Unidos, «El Equilibrio de los Continentes», manifiesta que la guerra, con el reconocimiento de las nacionalidades, les hizo dar a éstas el paso del súbdito al ciudadano, cosa que no hubiera hecho la paz. Aunque es una obra pacifista, no deja de sostener ese valor de las nacionalidades independientes. Pero lo que conviene, no es sino la supranacionalización de todas las actividades humanas, para que las fronteras no sean manzanas de discordia.

La explotación de pueblo a pueblo ha seguido un camino parecido al interno:

Cuando la tierra tenía pueblos atrasados, en estado de colonizar, nació la teoría del derecho de conquista. Muchas, la mayor parte de las veces, fue el pendón religioso su emblema; pero detrás estaban las ambiciones de las clases dominantes. Y las colonias fueron lugares que recibieron nuevas liturgias a cambio de la explotación en nombre de la cultura y, en ocasiones, tuvieron que soportar por largos años la estolidez de conquistadores que arrasaban todo. Después, en los pueblos sojuzgados también se ha amplificado la conciencia y han llegado al mismo nivel que los sojuzgados. Este desenvolvimiento hace que,

después de la guerra del 14, impere la teoría del mandato en Derecho Internacional Público. La Sociedad de las Naciones, al erguirse en árbitro internacional, es el mandante; y el mandatario, la nación que recibe este encargo, convirtiéndose en una especie de tutor, hasta cuando el pueblo materia del mandato sea capaz de llevar con felicidad su independencia. Sin embargo, sigue la explotación de los países capitalistas en los países coloniales.

Las naciones de raza blanca siempre tuvieron el convencimiento de que eran las llamadas a dominar sobre las otras. Y en su expansión colonial pusieron su grandeza, exportaron su cultura para explotar a las colonias. Después, cuando los pueblos se han desarrollado, no cabe aceptarse supremacías. Si se habla del peligro de la gente de color o la amarilla, es justo pensar en eso, para realizar la igualdad de aspiraciones de los pueblos, procurando vivir todos, sin egoísmos ni pretensiones de supervivencia, porque cada pueblo tiene egoísmos; existen aún vallas. Cada raza tiene la petulancia de creerse mejor que las demás. Citaremos como ejemplo una declaración anónima aparecida en Birmania, que nos recuerda Maurice Muret: «La teoría de supervivencia del más apto se aplicaría también al caso de una lucha posible entre arios y mongoles, si algún día ambas razas debieran combatirse por la supremacía del mundo: el sobreviviente debería ser proclamado como el más apto para hacer valer su superioridad según los mismos términos de la raza aria. Si el superviviente fuera mongol, ya no sería un peligro para la humanidad, sino que se convertiría en la mejor parte de la misma». Así Hitler quiere también tener la mejor raza. Vale la pena recordar esto para convencerse de que la humanidad ha llegado a una era de justicia en todos los sentidos, para reformar los vicios anteriores. Así como no hay nobleza de sangre, así tampoco debería haber superioridad de razas, como se cree ahora. Lo bueno sería unir pacíficamente la síntesis hereditaria de los viejos caracteres con las normas inevitables que impone la necesidad evolutiva.

Así el paso de una etapa a otra no traería esos espas-

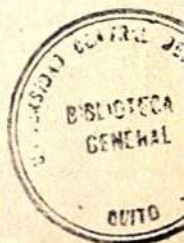
mos del mundo, esas contorsiones sangrientas de la humanidad. Porque un pueblo que olvida el pasado en absoluto, pensando en el mañana, se equivoca hondamente: el futuro está íntimamente unido, es una consecuencia del pretérito.

Idealmente, habrá un predominio de las naciones más adelantadas, pero se necesita que las clases explotadoras de ellas, no imperen en otras. Esta sería la segunda parte de la justicia que tiene que realizar el proletario. El concepto indefinido de nacionalidad ha sido el que ha desarmonizado el mundo. Por el mito nacionalista se ha llevado a la muerte a millones de hombres; perdiéndose este sueño, cosa que sólo el socialismo puede hacer, habrán desaparecido los peligros que creó al mundo el dirigirlo por sendas egoístas.

Como consecuencia de todo lo dicho hasta aquí, podemos afirmar lo siguiente:

La diferencia actual de los hombres está basada en la riqueza y no ya en el derecho teórico. Luego el objetivo de la aspiración humana ha de ser económico. La crisis mundial del presente es un factor decisivo para la revolución social. El capitalismo ya no puede sostenerse: el capitalista es un hombre que, habiéndose acercado a beber agua en un pozo, con una sed insaciable, cae en él y perece. Si tanto ha aumentado la riqueza del capitalismo; si tanto ha crecido la producción y llegado a quedar la riqueza en tan pocas manos que el mayor número de las que no poseen se encuentran en espantosa miseria; si las masas trabajadoras han perdido su capacidad adquisitiva; si no tienen los capitalistas a quien vender y las masas con qué comprar; si hasta se destruyen productos para mantener los precios y sin embargo no se consigue mejorar. Si en todos los países aumentan los desocupados por millones, ¿cuál puede ser el remedio? Está claro que será un nuevo reparto de la riqueza y trabajo. Como decía Stalin: «Para destruir la crisis, hay que destruir el capitalismo».

Es necesario que desaparezca la religión para que el



hombre pueda actuar libremente. Está probado que disminuye la religión con las corrientes civilizadoras. Cuando la filosofía ha ido positivizándose, cuando se han buscado explicaciones más humanas, ha ido desapareciendo la humildad del hombre ante las fuerzas fatalistas que han anestesiado la rebeldía del pensamiento. Así el hombre ha ido día a día quitando un atributo a la divinidad que le trataba un futuro inexorable, para dárselo por sí mismo.... Al realizarse las doctrinas sociales que aseguran la vida económica del hombre, que pronto dominarán el mundo, ya no tendrá por qué confiar a la divinidad el dudoso pan de cada día. Aumentado el valor de su conciencia tiene más segura la vida el individuo. Al perder su influjo la religión, también se habrá transformado la moral. El derecho clásico y la moral castigaban las transgresiones, basados en la responsabilidad del libre albedrío. El derecho penal, al cambiar este concepto, influirá también en la religión y en la moral. Por ejemplo, los que estamos convencidos de que la unión sexual no es un pecado, no temeremos de ella sino el mal fisiológico que pudiera traernos por tales o cuales circunstancias, en tanto que los respetuosos de la moral caduca, de la religión católica, estarán amordazando, o harán desencadenar hipócritamente sus deseos sexuales, sufriendo siempre porque, en medio del placer, sentirán el dolor de la conciencia siempre temerosa ante lo que les han dicho que son pecados. El hombre que mejor llevará su vida será aquél que más esté de acuerdo con las verdades de la naturaleza.

En la progresión civilizadora, el último reducto de los dios quedará en el principio o causa de todo lo que existe; pero el rito, la moral, se irán quitando del espíritu del hombre, en cuanto se modifiquen sus circunstancias económicas.

El socialismo, además, será el único capaz de realizar el ideal pacifista. La guerra es el fruto del afán egoísta del hombre, queriendo el más completo bienestar, sin importarle el estado de los demás. La guerra surge cuando el indivi-

duo forma colectividad y entonces tiene carácter político y solidario. En el desenvolvimiento de los pueblos, siendo la religión eminentemente política, se une la religión a la guerra. Después, en Europa, a raíz de la invasión de los bárbaros a Roma, veremos las guerras de cimentación, en que los jefes buscaban dominios para ellos y sus soldados. Después se han visto las guerras de expansión, que no son patrimonio de Europa sino de todo país poderoso; las vemos en Cartago, en Roma, etc. En estas guerras el hombre es súbdito del caudillo, Rey o Emperador; y va a matar y matarse halagado por sus promesas ya terrenales, ya ultraterrenales, por el poder divino de los reyes. Las cruzadas tienen incentivo religioso. Posteriormente, asoman las guerras de equilibrio entre países capitalistas, de análogas potencialidades económicas que buscan la supremacía. Pero en todas partes hay un pendón colectivo, igualmente egoísta: patria —conquistadora o que quiere independizarse— o religión. Los jefes han invocado a la patria o a la religión; pero la víctima es siempre el humilde, el anónimo hijo del pueblo: siervo, súbdito o ciudadano. Es necesario que llegue esta verdad al convencimiento de todos los hombres, radiante, omnipotente. La religión de amor y paz, nada ha podido hacer por el amor o la paz entre los hombres. Fueron los países cristianos de occidente los que sostuvieron la conflagración inhumana del 14. Luego hasta para esto es inservible la religión. Para destruir el mal, debemos ir a sus orígenes, y ver el agente capaz de vencerlo. Ya hemos dicho que el ideal colectivo «honor patrio» se explota miserablemente y en su nombre se lleva a las masas a la guerra. Las masas nada bueno sacan de las guerras: las patrias son cielo de capitalistas e infierno de proletarios. Luego las patrias deben desaparecer, para que haya justicia. El agente que puede destruir la guerra es la situación social que liberte a las víctimas; y ésta será la del socialismo, que olvida las patrias; porque, como dice el ya citado Cornejo: «Desterrada por la religión y el derecho, la guerra tendrá que desaparecer». Y al cambiar el estado económico del hombre, también desaparecerá la religión y el derecho egoístas, fruto del dominio de clases

minoritarias. Primero desaparecerán las fronteras dentro de los continentes y después, hasta los continentes se unirán, para hablar figuradamente, porque habrá unión espiritual. Cecil Rhodes decía: «no debemos pensar en el porvenir por naciones sino por continentes». Aunque esto, como decía Lenin, se encuentre lejos: «Las particularidades nacionales, las diferencias entre los pueblos y los países subsistirán todavía mucho, mucho tiempo....»

Pero hemos de ir, seguramente, a una consecuencia: así como el esclavo fue la mira de liberación de un momento histórico; así como el siervo de la gleba fue también la mira en otro momento y, pese a las resistencias de las clases dominantes la humanidad va hacia la igualación que toma por base al más humilde económicamente, así se irá a la liberación del proletario que es hoy el tipo esencial del hombre explotado de nuestros días. A ello tenderá la revolución. Si los burgueses, si las clases dominantes se oponen, será sangrienta, terrible la venganza. Si, convencidos de su impotencia, no ofrecen la valla de sus egoísmos, podrán salvarse. Pero la revolución proletaria es el producto histórico lógico, necesario, natural, así como son naturales los nuevos amaneceres de todos los días.



PARTE SEGUNDA

LA REVOLUCION SOCIAL EN
EL ECUADOR



C A P I T U L O I

INDOAMERICA

Así como en la mitología nació Palas al golpe del martillo de Vulcano, Indoamérica nace al golpe de Iberia sobre el continente que se llamó América.

Indoamérica no es España ni India. Hay una raza Indoamericana, que vive en tierras desiguales, en un pedazo del Continente. Y tiene sus caracteres distintos, su pasado corto, dentro de los milenios de la humanidad. Es justo el criterio de Haya de La Torre que sostiene que debemos tratar a España como nación igual, sin sensiblerías filiales, así como España no se tiene ni por hija ni sobrina de los árabes.

Indoamérica tiene su sustantividad, aún dentro del continente: es fruto de una conquista, a diferencia de su vecino norteamericano, fruto de una colonización: De estos dos pueblos, Indoamérica se ha desarrollado menos, porque los medios de explotación han sido en ella distintos y atrasados. No es un bien la explotación capitalista, pero responde a una etapa de desarrollo económico mayor que el de las demás explotaciones humanas. Y este fenómeno diferencia, desde su origen, a Indoamérica de Saxoamérica.

Los puritanos ingleses que, presionados por la situación religiosa tuvieron que renunciar al pueblo en que vivían, vinieron a América a quedarse para siempre, forman-

do un pueblo sajón. Y tenían que explotarse entre ellos para acumular las riquezas más grandes y más unidas al suelo que iban a habitar hasta la muerte. De ahí la explotación democrática, que despierta las mejores actividades del hombre y donde adquieren fortunas los que tienen mayores aptitudes para apropiarse del fruto del trabajo de los demás, dentro de las normas legales.

Indoamérica, en cambio, que se yergue sobre la explotación de los indios, tiene caracteres profundamente distintos. Al conquistar los españoles a los indios, necesitaban mantenerlos en la obediencia, para servirse de su trabajo. De ahí se desprenden las medidas crueles, pero no destructoras del pueblo aborígen, como sucedió en el norte, con los sajones. Al unirse la sangre española con la india, se forma un tipo racial, y una nueva cultura, resultado de la fusión de ambas. Y esta forma el mestizaje autóctono.

El Conquistador.—En cada conquistador español hay un Quijote que sueña con las riquezas de las 7 ciudades o el Dorado, o la fuente de la juventud y alguno ha oído el tropel de las Amazonas, centauros femeninos, que cabalgaban en las intrincadas selvas.... Cuando el conquistador no ha encontrado el oro por montones, introduce a los indios, inmisericordemente, en las minas, para conseguirlo. Y sólo por último va a la expropiación de terrenos trabajados por indios, siempre que éstos queden bajo su dominio. El trabajo del indio es la base económica de la colonia; las tierras sin indios no sirven. De ahí nacen las encomiendas, las mitas, los obrajes que, si dan fisonomía de adelanto, son en el fondo maneras de explotar a los indios. Esto, además, alimenta la ociosidad de los españoles, la necesidad de jerarquía, el ansia de ser superior para no trabajar. Juan B. Terán cita en «El Nacimiento de la América Española», la siguiente afirmación que indica la situación de los españoles: «De 8.000 españoles, 7.000 no tienen que hacer; ni trabajan, ni cavan, ni aran, porque dicen que no han venido a América para eso». Claro, cualquier infeliz español venía a hacer trabajar a los indios, por

eso hay individuos que en la Colonia, preguntados por la fecha de su regreso a España, respondían «Todavía tengo indios para 10 años. Por tanto, sólo entonces me iré».... Ramos Pedrueza, ob. cit. repite las palabras del bachiller Luis Sánchez: «Todos cuantos pasamos a Indias vamos con intención de volver a España muy ricos, lo cual es imposible, pues de acá nada llevamos y allá holgamos sino a a costa de sudor y sangre de indios». Y esto no sucede sólo con militares o civiles, Terán cita unos documentos de Indias que afirman que «los frailes no quieren sino ganar siete u ocho mil pesos y volverse a España». Demasiado numerosas son las citas y numerosos los hombres que han hecho constar la ociosidad y el hábito de explotación a los indios, y demasiado conocidos, también, los datos, para que tratáramos de reforzar nuestra afirmación de tales vicios en los españoles. Jorge Juan y Antonio Ulloa, Bartolomé de las Casas, Juan de Velasco, el Inca Garcilaso, los enormes archivos de Indias, etc. nos dan suficientes pruebas de lo dicho.

Ya veremos cómo, de esta infraestructura económica (explotación de las clases dominantes: héroes, conquistadores, libertadores y sus descendientes) se desprende toda la superestructura de la sociedad. Aquí se encuentra, como probaremos en este estudio, la causa de todos nuestros caracteres y no, en una herencia determinada, en caracteres sustantivos que hubieran cogido los españoles de su pueblo y puesto en Indoamérica: hay motivos iberos que vinieron a América y reaccionaron juntos con los motivos indígenas y de esa fusión, de acuerdo con el materialismo histórico, nacieron los caracteres propios y distintos que informan a Indoamérica.

No nos toca estudiar, dada la extensión del presente examen, los caracteres étnicos, ancestrales de Iberia, para definir al conquistador. Pero debemos tener en cuenta un fenómeno importantísimo en los habitantes de la península Ibérica que vinieron al continente descubierto por Colón: no fueron los conquistadores los mismos en Europa que

en América: cambiaron. Terán, ob. cit., llama a este fenómeno la tropicalización del conquistador. En efecto, esos hombres frenéticos, que arriesgaron su vida en el mar, que traían la absoluta decisión de triunfar, consiguiendo riqueza por cualquier medio o morir, al encontrarse en América con una naturaleza gigantesca, exhuberante, dominadora, tienen también que erguir su personalidad y hacerla grandemente fuerte, luchadora, implacable, para dominar los obstáculos humanos y geográficos. Defienden su vida con el convencimiento de que si no matan, mueren. Por esto es la falta de sentimientos caballerescos que encuentran algunos autores en la conquista de América, a diferencia de los sentimientos que llenaban la vida española legendaria de ese tiempo. El proceder generoso con el enemigo, el batirse con él, de frente, con iguales armas, del caballero medioeval, no hay en América. Traiciona Cortez a Moctezuma, traiciona Pizarro a Atahualpa y entre Pizarro y Almagro se traicionan, así como traicionó la colectividad española a Gonzalo Pizarro, ofreciéndole apoyo cuando éste podía defenderla de la liberación de las encomiendas, y quitándolo cuando un clérigo taimado les ofreció las mismas prebendas. Y los combates entre españoles son tan crueles como entre españoles e indios. Sin embargo, España no tiene la culpa de las crueldades de los conquistadores. En nuestro ambiente tropical se han enardecido sus espíritus y son capaces sufrir todas las torturas heroicamente, así como de hacerlas sufrir a sus enemigos. Además, después de salir de la opresión monárquica, de la presión de esa sociedad cuyos cánones morales y religiosos estaban determinados por el catolicismo, sienten una libertad ilimitada, donde pueden satisfacer todos sus apetitos sin grandes trabas. Sacerdotes y seglares, militares y civiles, todos son lo mismo ante el imperativo económico y sexual, ante la conservación del individuo y de la especie. Se recuerda una información eclesiástica en que se decía que no hay que enviar a sacerdotes jóvenes a dar misiones en lugares lejanos al centro de la autoridad eclesiástica, porque esto es lo mismo que «soltar un caballo entero en un hato de yeguas»....

El tipo general del conquistador —no recordemos sólo a Pizarro que era analfabeto— no es del hombre ilustrado, científico: es del aventurero audaz que busca riqueza, libertad, felicidad. La historiografía cuenta muchos casos de individuos que vinieron a estas tierras dejando mujer e hijos en España. Al verse más cómodos en América, con unas cuantas robustas y guapas indias o mestizas por queridas, ya no querían regresar a su patria. Cambiaban hasta de nombre para que se perdieran sus pasos y sólo regresaban cuando la autoridad, por la fuerza, les obligaba a reconocer el vínculo matrimonial, insoluble por divino, que, como todo lo que explota en nombre de divino, por no ser humano y por tener las sombras atemorizantes del misterio, significa una cadena o un peso que enloquecerá al hombre. Si por una parte el conquistador es cruel, si obra en él el mimetismo de la naturaleza, si en los primeros tiempos, como dice Ramos Pedrueza —ob. cit—, («encontramos frecuentemente la palabra «Epopeya» aplicada a la piratería consumada en grande escala por los conquistadores —la literatura reaccionaria la prodiga para glorificar a Pizarro, a Cortez y a otros asesinos y ladrones») —pero, dominado el pueblo incaico, hay una penetración del espíritu indio en el del conquistador. Desde luego esto ha sucedido en toda conquista. La encomienda, de la cual nos ocuparemos más detalladamente en páginas posteriores, es una manera de familiarizar al español con el indio. El encomendero iba a vivir en la parcialidad que se le daba y la idea de tutela que iba a ejercer sobre el indio, le hacía relacionar su vida con él, para absorber muchas veces sus costumbres. No es raro el caso de un Juan Bautista Bernio, de un Pedro Cjarmijo, en la Argentina, que olvidan su patria y su situación social. El primero tiene que ser arrancado por la fuerza militar del pueblo indio en donde había adaptado su traje, sus costumbres, y vivía tranquilamente, con sus mujeres. El segundo que, con este mismo cambio, llegó a ser cacique y a proclamarse inca.

En español no conservó su raza pura.

De todo lo que dejamos dicho, sin agotar el asunto,

sacaremos por consecuencia que, si una de nuestras razas progenitoras es la ibera, fruto también de muchas mezclas, no son nuestros antecesores los españoles de España: son los españoles de América....

El Conquistado.—El imperio incaico, en el que existían pueblos de varios grados de cultura, hay una absorción de la individualidad por el Estado monárquico, teocrático. El inca, descendiente de Dios, es dueño de todo. El siervo también es descendiente de Dios, pero descendiente humilde, como si dijéramos un desheredado, está bajo el dominio del inca y bajo su protección. Porque, como sucede en toda religión, unos, los más vivos, son los hijos de Dios, hijos privilegiados, que aprovechan del rebaño de fieles que conducen hacia donde está ese mismo Dios que, en definitiva, da la herencia del mundo a las clases privilegiadas, herencia de la cual los fieles del rebaño sólo son semovientes....

El indio trabaja en colectividad, en tierras del soberano, y de él recibe la parte destinada al pueblo porque las otras dos partes del fruto de su trabajo se destinan al personal cortesano y al culto. Aquí hay otra prueba de lo que sostenemos en general: el clero pertenece a las clases explotadoras, porque su institución es un producto social económico, correspondiente a la etapa teocrática del hombre: Entre los incas y también posteriormente en la colonia, no pueden ser sacerdotes los individuos del pueblo, los de origen humilde, sino los pertenecientes a las altas clases.

Sin la orden del Inca, nada puede hacer el súbdito, no puede dar libre desarrollo a sus aptitudes y talentos: unos nacen en la casta para sacerdotes y otros, en la casta para labradores. No hay libertad ni para escoger mujer donde quiera y como quiera. Y este temperamento servil de los indios, la falta de unidad (porque, pese a la genial política incaica, superior en este sentido a la azteca, que logró en mucho identificar a los pueblos conquistados con

el incaico, unificando las formas de los fenómenos sociales, sin embargo no llegó a hacer olvidar la idea de conquistadores y conquistados) ayuda para su derrota ante los conquistadores, más que la separación a que aluden muchos historiógrafos. Hay en los incas la idea fatalista de que el pueblo más adelantado, mejor organizado, posee el encargo divino de dominar a los otros e imponer su civilización y su religión. Desde luego, esta misma idea, también bendita por Dios, existe entre los españoles. Y así como Tupac Yupanqui y Huaynacápac y sus ejércitos vienen hacia el norte inspirados por esta idea, así también esos mismos pueblos incaicos se intimidan cuando ven hombres superiores aún a sus jefes.

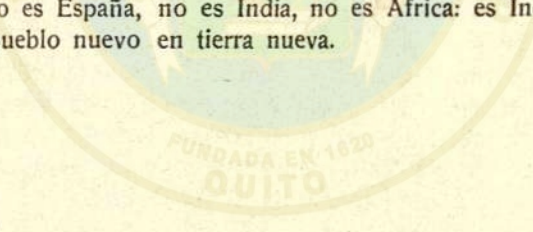
En los incas, sucede lo que dice Freud: «En la Iglesia —y habrá de sernos muy ventajoso tomar como muestra la Iglesia católica— y en el Ejército, cualesquiera que sean sus diferencias en otros aspectos, reina una misma ilusión: la ilusión de la presencia visible o invisible de un jefe —Cristo en la Iglesia católica, y el general en jefe del Ejército—, que ama con igual amor a todos los miembros de la colectividad». — «Psicología de las masas» —.... Y así, encontramos que con razón opina Moisés Sáenz en su libro «Sobre el Indio Peruano etc.» que «desaparecido el inca, divino jefe supremo, alma y cerebro de todo el imperio, se derrumbó aquella construcción. Pero la cultura incaica no pudo ser borrada, siguió vigorosa, si bien interrumpida en sus veneros y cegada por todas partes, a través de tres siglos de Colonia». En el inca se reúnen los dos caracteres del jefe de las masas que recordamos de Freud: el inca es jefe religioso y militar, influye doblemente. Y de ahí la indudable verdad que enuncia Jaramillo Alvarado en «El Indio Ecuatoriano»: «Los incas hicieron de sus súbditos un rebaño. Los españoles no dominaron hombres sino siervos».

Los indios se dejaron dominar porque creyeron llegada la última hora de su independencia. Por una parte, es posible que haya existido la predicción de Viracocha, de

quien se dice que anunció la venida de los españoles y hasta que modeló una cabeza de hombre parecida a la de Pizarro. Esto se explicaría por la venida de hombres europeos, en tiempos remotos, que pensaron, al tener que quedarse para siempre entre los indios, que alguna vez vendrían sus compatriotas. Por otra parte, existía para los indios la idea de la superioridad divina de los españoles, centauros que manejaban el rayo. Asesinado Atahualpa, asesinados, en medio de tormentos, Rumiñahui, Zopozopangui, Quingalema, Raza—Raza, Nina, muertos Quizquiz y Huayna-palcón, es decir todos los grandes jefes, rezagos orgullosos de las clases mandantes, la indiada se somete, porque no tiene conciencia de su fuerza, de su número, de su derecho. Que yo sepa, no ha habido otros casos en América fuera de aquél excepcional de la eterna, heroica, brava resistencia de los araucanos, en Chile, que jamás llegaron a dejarse dominar por los españoles, atacándolos siempre, en lucha tenaz. Los indios que huyeron al oriente, en lo que hoy es el Ecuador, no volvieron a las ciudades españolas interandinas, menos, a las del litoral, mientras los araucanos estuvieron siempre queriendo aniquilar a sus invasores. Más bien en los tiempos de la República, cuando era Presidente García Moreno, en 1871, se levantó el indio Fernando Daquilema, que encontró la muerte al querer hacer entender la justicia. En la Colonia, sólo tenemos la acción de los jibaros del Paute y del Morona que, al mando del terrible e inteligente Quiruba, después de haber destruido a Logroño y haber obligado, por causas inexplicables, a evacuar, a los blancos, la ciudad Sevilla de Oro y después de haber destruido la expedición que salió posteriormente de Cuenca, se internaron para siempre en la selva, sin querer volver a atacar a los españoles: no querían entablar lucha con ellos y, si se habían resuelto a destruir las ciudades indicadas, fue por el crecido tributo que trató de implantar el Gobernador de Logroño. En el oriente se registran asesinatos de sacerdotes católicos y destrucción de pueblos cristianizados, lo cual revela que sí existe la venganza, pero entre el miedo de una lucha abierta contar

el español, porque el indio siempre se creyó inferior al español.

El Indoamericano.—En los primeros tiempos coloniales, la mezcla se hace entre sangre española e india, especialmente. Aunque pocos, ya hubo negros desde la conquista. Dice González Suárez que en los ejércitos conquistadores vinieron esclavos negros, por ejemplo, con Gonzalo Pizarro y Pedro de Alvarado. Diego de Sandoval, también trajo para su servicio esclavos y esclavas. Todos eran comprados a buenos precios. Los negros aumentan cuando se ve la necesidad de importar esclavos para el fuerte trabajo de la costa. Entonces [se aumenta un factor étnico más. De la mezcla de la raza española e india, nace el mestizo; de española y negra, el mulato; de india y negra, el zambo. El primer tipo surge especialmente en la sierra; el segundo, en la costa. Después se forman un sinnúmero de tipos, resultados de estas mezclas. Así no tenemos un carácter racial definitivo. No podemos determinar la cantidad de sangre española, india o negra que llevemos en las venas los indoamericanos. Por esto Indoamérica no es España, no es India, no es Africa: es Indoamérica: pueblo nuevo en tierra nueva.



C A P I T U L O II

INFRAESTRUCTURA Y SUPERESTRUCTURA DE LA COLONIA

Llamamos infraestructura (unterbeau) a la organización económica, base principal de todos los fenómenos sociales que forman la superestructura (oberbeau). La infraestructura es la base, el fondo; la superestructura, es la construcción, la forma.

Aunque en las leyes de Indias se diga, de parte de los soberanos, que los indios deben tener derechos como súbditos del Rey y que los españoles así deben considerarles y tratarles, y no como bestias de carga, ya que el Continente había sido puesto por Dios en manos de España para su catolización, jamás asoma la verdad de esta práctica.

La superficialidad y el amor fetichista al Rey llevó a ciertos sabios de ese tiempo a demostrar con argumentos jesuíticos, con las palabrerías católicas, que Isaías y otros profetas habían anunciado ya que los Reyes católicos estarían destinados durante su reinado a ocupar y catolizar a América y que lo mismo habían dicho ciertos vaticinios de la Sibila de Cumas que Virgilio había versificado en su cuarta égloga. Claro que los vaticinios se encontraron ya después de que fue descubierta América....Sin embargo de este amor (predestinado por la divinidad) a los indios, los

reyes piden siempre oro, como contribución, obsequio o préstamo y nada devuelven a los indios, sino esquilma-dores en nombre de autoridades, encomenderos o predicadores. Para otorgar los grandes cargos a descubridores y conquistadores, lo primero que se sentaba era la parte de la cantidad de oro, o metales o piedras preciosas que hubieren obtenido, que debieran enviar a la corona. Y enviaban tras de cada conquistador destacado, un interventor real, para que fiscalizase las entradas de aquél y determinase lo que correspondía al Rey. Por esto muchos conquistadores como Cortez o Pizarro, se vieron envueltos en juicios de residencia, ya que no creían tan justo enviar al Rey una gran parte de lo que tantos sinsabores y fatigas les costaba. Los empleos eran vendidos en subasta pública, lo mismo que los títulos honoríficos. Humbolt cuenta cómo le sorprendió la ingenuidad de mestizos coroneles (que tenían derecho a ser llamados «señoría», y por eso habían comprado el título al Rey) ocupados en negocios humildes de pulperos.

Los Reyes devolvían leyes en lugar del oro que recibían....

Los españoles residentes en América, los que venían a habitarla, a formar un pueblo, ellos constituyen una parte interesante, que hace progresar la agricultura, que es la única forma industrial que pueden acometer con decisión y con relativa libertad. El oro sólo servía para regresarse a España, pero no para formar grandes fortunas, grandes centros comerciales o industriales, porque no había libertad para el desarrollo de esas actividades.

Ya sabemos del ansia de riqueza de todos los españoles. Ya sabemos que si no hay minas eternas y sólo oro por todas partes, buscaban indios y tierras para cultivarlas, indios tamenes para los transportes, indios para buscar más minas. Ninguna riqueza es posible prescindiendo del indio: la explotación de su trabajo es la base de la Colonia.

Como vimos en la primera parte de este estudio, las clases explotadoras hacen de las explotadas, simples instrumentos de producción. Y esto hacen los españoles con los indios. Seguiremos comprobando este postulado marxista, a la vez que la verdad del materialismo histórico en la Colonia:

Por qué fueron maltratados los indios si había buenas leyes, si traían los sacerdotes cristianos el evangelio de fraternidad, de paz y amor? Porque sobre estos eufemismos estaba la verdad económica. Porque todos necesitaban enriquecerse con el trabajo del indio.

Determinemos las clases explotadoras. Una vez terminada la invasión guerrera, cuando debía empezar la vida pacífica, todavía conservaban los conquistadores en su espíritu el carácter marcial. Se sentían valientes, acometedores, arrogantes. Pero en cambio de las veces que arriesgaron su vida, necesitaban riquezas y descanso; pero un descanso fastuoso, una calidad de veneración y respeto, un culto a su valentía. América y España debían reconocer esto, porque le habían dado un Continente, guiados por su propio interés. Y ya tenemos formada de esta manera, la primera aristocracia colonial: la integran los de sangre azul, ignorantes y petulantes aventureros que hacen, por una consecuencia lógica, los preceptos de derecho consuetudinario, la moral, todos los parapetos tras los cuales escudan sus ambiciones, así como se hace hoy, en nuestra república, quedando los hechos fuera de los principios del derecho escrito que tanto abunda. Después forman la aristocracia posterior los otros aventureros que vienen como autoridades y todos los que roban tierras a los indios.

Veamos las formas de producción en la Colonia:

No poseía la parcialidad de tierras que hoy llamamos Ecuador, grandes riquezas mineras explotables, ni fácilmente explotables: en el primer siglo de la Colonia había lavaderos de oro en el río Santa Bárbara (Gualaceo), en el Azuay; también se encontraron minas de oro en Zamora, Logroño y Sevilla del Oro que dejaron de ser explotadas con la destrucción de estas fundaciones. En Zaruma tam-

bién se encontraron ricas minas de oro, pero el clima era malsano, tanto que morían todos los que se quedaban por algún tiempo en esos lugares. A pesar de la poca consideración de los españoles por los indios, las mitas en las minas de Zaruma duraban dos meses, con derecho a diez de descanso. Estas mitas se empezaron a hacer cuando se agotaron los pobladores. Pero no se siguió sacando mucho oro, ya por lo primitivo de los procedimientos, ya porque se inundaban las minas, ya porque se derrumbaban, matando a veces buen número de indios, ya porque se perdían los filones de oro. Minas de plata existían: una en el cerro Espíritu Santo, cerca de Cuenca y otra en el valle de Pilaló, cerca de Angamarca. Por lo que se ve, poca era la riqueza de estos lugares y no podían los españoles dedicarse a la minería solamente, sino a la explotación de riqueza en otras formas. Así se forman las encomiendas. Todos saben que esta institución consiste en el entregamiento que se hace de un cierto número de indios, en nombre y por autorización del Rey, a un español, a fin de éste los cuide, les enseñe los progresos de su civilización, pague un cura que los haga católico, y le pague, de su bolsillo, un sueldo determinado. El encomendero, en cambio, recibía una contribución de cada indio, la que consistía, especialmente, en productos y animales. Las encomiendas en nuestro territorio se instituyeron hasta por dos vidas. El español hacía poquísimo en bien de los indios, excepcionalmente; sólo buscaba la manera de obtener más tributos que obligaba a pagar a ancianos y niños, con prescindencia de las órdenes reales. Juan de Velasco dice: «Conquistada una provincia, se hacía la repartición de los indios con título de encomiendas y los encomenderos se usurpaban el derecho de reducirlos a una miserable esclavitud, poniéndolos a la carga o al incesante trabajo de las minas, sin la menor paga ni recompensa».

Los repartimientos de tierras a los conquistadores y sus descendientes y a todos los que habían hecho algún mérito ante la corona fueron el origen de las haciendas: así es como nace la propiedad de la tierra entre nosotros:

una simple rapiña o, si se quiere, ocupación. Para cultivarla, se crearon las mitas: el corregidor daba al hacendado el número de indios que necesitaba para que cuidasen sus rebaños y cultivaran sus tierras. El hacendado daba al jefe de familia un huasipungo y debía pagar una cantidad de dinero, legalmente determinada, a cada individuo que trabajase; pero el dinero jamás llegó a manos de los indios porque lo descontaban en multas, en tejidos que vendían a precios exorbitantes los mismos hacendados y en productos agrícolas que necesitaban para la manutención de los indios porque no alcanzaba el producto del huasipungo. A esto se añade que los sacerdotes también esperaban al indio para hacerle su presa: la muerte de un pariente, un matrimonio, que causaban derechos que debían pagarse a los curas, le obligaban a pedir dinero prestado por el amo. Así quedaban los indios debiendo siempre al hacendado; y la deuda se aumentaba eternamente, pesando sobre sus generaciones.

Los obrajes, cárceles o, mejor, casas de reclusión y de martirio, también caían como un peso letal sobre los indios. Allí se preparaban las materias textiles, se tejía y se teñía. En un trabajo que duraba desde antes de amanecer hasta bien entrada la noche, nada sacaban los indios de utilidad, sino martirios, cepos, ignominia.

Los castigos de los amos que de hecho igualaban a indios con esclavos, eran crueles y se hacían en nombre de la religión católica. Se aperreaba, se ponían marcas con hierros candentes, se destripaba a indios con el sólo objeto de probar las espadas y, cuando menos, se les daban azotañas bárbaras, después de las cuales el indio tenía que ir a arrodillarse ante el amo y decirle: «Dios le pague». Así se forman pueblos católicos con humanidades indignas; así se dejan herencias miserables de orgullo, ignorancia y vicios por una parte y servilismo, ignorancia y vicios por otra.

Y todas las explotaciones ínicuas eran para obtener

una riqueza mediocre, porque ni siquiera se podía comerciar libremente, ni entrar ni salir de los dominios españoles sin permiso especial del Rey o virrey y los productos tenían que consumirse en la misma zona que los producía o, cuando más, cambiarlos con los de zonas vecinas. A España había que mandar oro y no productos ni frutos de industrias que se apoyaran. Cuando más se exportaba cacao y tabaco. Los corregidores poseían almacenes en los que vendían mercancías venidas de España. No permitían que otros tuviesen almacenes y, siendo los únicos, vendían a precios fabulosos. Además se tendrá en cuenta que esos mismos productos eran adquiridos caros, ya que, después de las guerras con los moros, quedaron maltrechas las industrias españolas. Poco era lo que producía España para las colonias y, como no quería dejar la libertad de comercio, compraba mercancías a Inglaterra, Flandes, Francia e Italia. Estos artículos se introducían a Cádiz y de ahí venían a América.

Vistas, de manera general, las necesidades de explotación de las altas clases, que, como hemos dicho forman los fenómenos sociales, y cambian, de acuerdo con sus necesidades, el culto al rey, la moral, la religión, veremos con más detenimiento las clases.

Las aristocracias.—Los artesanos humildes, expresidiarios vagabundos y otros «asesinos y ladrones» —como dijera Pedrueza— y sus descendientes, constituyen la primera nobleza en la Colonia. Después, cuando vienen autoridades españolas, como ninguna de ellas viene a gastar dinero sino a ganárselo, y, en medio de la ganancia, también se sienten grandes, esas también forman aristocracia que se junta a la de los descendientes de los conquistadores. En una palabra, sólo los españoles forman aristocracia para, perteneciendo a ella, tener derecho a los empleos públicos (no hay, al principio, tampoco, mestizos, indios o negros capaces de desempeñarlos) al reparto de indios, tanto en la ciudad como yanaconas (sirvientes perpetuos) como en las haciendas y obrajes (mitayos). Es cómodo y

necesario ser aristócrata: así está garantizada la pereza, el orgullo, la impunidad en los crímenes. Los Reyes se desgañitan ordenando cosas buenas, pero aquí dicen los «nobles» conquistadores: «Dios está muy alto, el Rey, muy lejos, esto me cuesta mi trabajo, luego aquí mando yo». Y esta necesidad económica, base del razonamiento, hace el fetiche Rey, el fetiche religión católica, el fetiche moral y el fetiche ley.

El gobierno sigue en manos de la nobleza porque tiene tiempo y ocasión de prepararse para él. Al mismo tiempo, como quisiera que las clases inferiores fuesen siempre servidoras humildes, jamás ofrecen a esas vidas ocasiones de perfeccionamiento ni buscan la manera de mejorarlas. Posteriormente, en la Colonia (y ya veremos que también en la República, como proyección de esta costumbre de que el español tenía derecho a todas las fuentes de riqueza) todos quieren ser españoles y se esfuerzan por demostrarlo, hasta los individuos que llevan caracteres inequívocos de su procedencia india. Y no sólo en los monarquistas hay este deseo; hasta en los republicanos existe. El caso de Espejo (hijo de indio y mestiza) es una muestra. Aunque era para obtener la Dirección de una Biblioteca, que llegó a ocupar, trató de comprobar que era descendiente de altas personalidades españolas.

No puedo resistirme a una transcripción de las palabras de Barry, citadas por Cevallos, referentes a las personas que venían a América en calidad de autoridades y que formaron su aristocracia: «El ayuda de cámara de un Secretario de Estado, estaba seguro de hallar premiada su adhesión, con un gobierno en América; el hermano de una dama cortesana, bajo la protección de algún grande, iba de Intendente a una provincia; el legista intrigante, que había servido de instrumento para el logro de un deseo de un favorito de la Corte, era nombrado regente u oidor de una Audiencia; y el barbero de una persona real estaba seguro de ver a su hijo a lo menos de administrador de una aduana principal. Si en la familia de algún grande había

un oficial indigno del uniforme, por cobardía o vileza, luego era enviado a las Indias, con grado de general, inspector o gobernador de una plaza; si había algún eclesiástico estúpido, era señalado para un obispado o, lo menos, dean de alguna catedral; o si algún incorregible hacía la desgracia de su familia, era enviado a la América con algún empleo de distinción».

Para mayor entronizamiento de la calidad de noble en todo lo español, vemos, hasta en nuestros días, que se dan nombres de Castilla a los mejores productos naturales o industriales: cera de Castilla; bayeta de Castilla; caña de Castilla; arroz de Castilla.

De acuerdo con Engels, cuya opinión ya citamos, que el Estado lo forman las clases privilegiadas, para su defensa, así el Estado Colonial está formado de acuerdo con los intereses de la nobleza: todo converge hacia ellos y se sustenta sobre la explotación de los indios que eran siervos gratuitos, a quienes no cuidaban, porque su muerte no importaba, mientras tenían cuidado de los esclavos, porque ellos tenían valor en la compraventa.

Tres eran las bases para tener la calidad de aristócrata en América: antiguos títulos nobiliarios, títulos honoríficos, altos cargos conferidos por los Reyes. Estos eran los «nobles», los «caballeros».

Como ninguno o pocos peninsulares pudieron traer a América títulos nobiliarios, se estableció la calidad por el cargo que venía a desempeñar una persona y, simplemente, por el color de la piel: los españoles eran blancos, barbados; muchos, rubios.

La nobleza sirvió para degeneración del español, porque, acostumbrado a gozar de la preeminencia que le daba toda comodidad, adquirió pereza, mató actividad para el trabajo y fue la molicie el principal objeto de su vida. Esta manera de ser, hereditaria, es la que vive aún en nuestros tiempos, por eso somos inconstantes, por eso

cejamos ante lo que cuesta un esfuerzo duradero y constante, esto es, que somos un poco gamonales, un poco aristócratas. Cuando dejemos de serlo, seremos mejores.

Los Criollos.—Los criollos eran hijos de españoles nacidos en América. Los llamaban «ciudadanos» o «blancos». A éstos, por estar alejados de las influencias cortesanas, no les daban cargos públicos. A veces eran hijos de padre y madre españoles; a veces, de español e india, unidos en matrimonio. Propiamente no forman un tipo racial determinado, sino un tipo económico. Los criollos tenían tierras y dinero. Formaban una clase explotadora. Y se sentían con más derecho que nadie sobre los destinos de Indoamérica, porque comprendían que sus padres, los conquistadores, los colonizadores, los frailes, los funcionarios que habían escogido estas tierras para terminar en ellas su vida, eran los verdaderos dueños de toda propiedad. Los que tenían indios entre sus antecesores, veían, además, su doble derecho porque los indios fueron los primitivos dueños. Muchos criollos iban a perfeccionarse en Europa, de tal manera que se sentían iguales a los españoles ya en riqueza, ya en cultura. Pero a los peninsulares no convenía que tuviesen los criollos en sus manos los cargos públicos ni el dominio político de la Colonia. Si bien hasta a los criollos daba situaciones de verdadero privilegio la legislación real, sin embargo, siempre venían altas autoridades peninsulares que en su necesidad de enriquecerse, odiaban a los criollos porque les significaban un estorbo. De tal manera que procuraban mantenerles siempre en situación de inferioridad.

La lucha de clases.—Así se forma la lucha de clases de la Colonia, que se resolverá en la Independencia. La oposición entre peninsulares y criollos no sólo está en el campo civil sino en todos los campos: los clérigos peninsulares y los clérigos criollos pelean siempre que pueden y hacen participar al pueblo en esas riñas. La causa es la designación para ocupar altos cargos conventuales para administrar cuantiosos bienes. Hasta en los afectivo tie-

ne ingerencia la lucha económica. Queriendo los españoles tener siempre dinero, y siendo condición única de nobleza el ser nacido en España, venían individuos desarraigados y buscaban novias criollas entre las más ricas. Por su parte, las criollas, con la esperanza de que sus hijos han de nacer nobles, hijos de un español, recibían con júbilo estas propuestas y entregaban en manos de aventureros grandes fortunas. Esto encendía mayormente el odio de los jóvenes criollos.

Y es así como se forma la clase eternamente opositora de la española. Creemos haber determinado claramente la base económica que obró.

Los Mestizos.—Eran mestizos los que llevaban en sus venas mezclada la sangre española con la india, pero que no tenían una situación económica ventajosa. En la mayoría de los casos, por no decir en su totalidad, eran hijos ilegítimos, fruto de la semilla humana arrojada al acaso en el cuerpo de la mujer india, por la mano generosa de la lujuria española. Después de los indios, los mestizos eran los más numerosos. Y llegaron a despertar serios temores en la Corona, al pensar en que algún día se hubieran levantado pidiendo justicia: por eso se les puso el freno de la ignorancia y paseó sobre su vida la bota del amo. Al lado de los mestizos, pero en condición mucho más baja, estaban los tipos étnicos, resultados de otras mezclas: los mulatos y los zambos.

Cuando vinieron las mujeres de España, también se sintieron nobles y quisieron conservar su pureza racial y la fidelidad sexual de los maridos, para que sólo sus hijos fueran privilegiados y anatematizaron y maldijeron a los hijos ilegítimos, concebidos en adulterio. No sólo anatematizó la sociedad civil a los mestizos, sino también los clérigos, para que siguieran aumentándose los «feligreses» que son quienes les pagan bien los «servicios religiosos», para sostener la «moral» de la familia y, por fin, para que no les molestasen los hijos de los mismos clérigos, obte-

nidos en indias cuando no tenían a disposición, para satisfacer (y tienen derecho) el imperativo viril de la naturaleza en frescas, albas y rozagantes hijas de María...

No sólo las clases altas de América aplastan al mestizo, sino también las leyes. Las órdenes reales protegen al indio, al criollo, pero no al resultado de la mezcla, al humilde hombre que será después el tipo del hombre indioamericano. Los mestizos no pueden ser sacerdotes y se declaran nulos los nombramientos de empleados públicos a hijos ilegítimos. Esta medida se tomaría para que disminuyesen los concubinatos?

A pesar de la baja situación social, el mestizo, que sabe que lleva en sus venas sangre noble, española, no es el humilde siervo que se deja dominar como el indio, ni paga tributos como éste: más bien explota hasta él al indio y, a pesar de las órdenes reales que le obligan, no se somete sino por su propia voluntad a los trabajos que le han de dar el mendrugo diario. El mestizo es generalmente odiado. En las quejas enviadas a España por civiles y eclesiásticos, se sostenía que los mestizos, los zambos y los mulatos eran los entes más aborrecibles ya que llevaban en su piel la mezcla de la degeneración racial española y en su vida, los vicios de los indios. El sello de la infamia no sólo era ante las altas clases, sino hasta entre los indios porque, si había adulterio en el hogar español, habíalo también en el hogar indio que se destruía muchas veces, porque las indias, no queriendo parir hijos de sangre pura, que fueran vejados, maltratados, asesinados por los amos, preferían unirse con los españoles, abandonando a sus maridos, para tener hijos mestizos, rebeldes vagabundos que no serían tratados de manera cruel, ya que no se dejarían meter en el ergástulo del obraje, ni en la áspera y eterna servidumbre de la hacienda, ni en las garras de la ambición del encomendero.

El mestizo en mayor número, el mulato en menor y el mulato en mucho menor, forman el pueblo trabajador en

la Colonia y también en nuestros días. Mestizos son los artesanos de la ciudad, los mayordomos, administradores y capataces en las haciendas y obrajes.

Sería mejor, más cómodo, llamar mestizos a los resultados de todas las mezclas. Así tendríamos derecho de llamar a Indoamérica mestiza y habría unidad en su expresión.

Los mestizos tienen mayor afinidad con los criollos, ya por ser éstos también mestizos, si bien, ricos, ya porque son sirvientes de éstos y reciben mejor trato por ser, en muchos casos, sus descendientes.

Indoamérica tiene más de india que de criolla o de española, porque su base es india. No habiendo matrimonios de los españoles padres de los mestizos con las indias madres, son éstas las que educan, las que forman los mestizuelos que llevan en toda su vida el lastre de costumbres incaicas. Esta influencia india no sólo se refiere a los desarrapados hijos ilegítimos, sino a los hijos de los hogares españoles. Nos convenceremos de esto oyendo a F. Reginaldo de Lizárraga, al referirse a la forma de criarse un niño noble: apenas nacido lo entregan a una india o negra borracha, sucia, mentirosa y críanse como indiezuelos. Cuál saldrá el muchacho?

Los esclavos.—La esclavitud era en América lo que fue en todas partes. No cabe indicar sino que los esclavos no podían juntarse con los indios y eran castigados atrocemente cuando había unión sexual —porque no podía haber matrimonio— entre esclavo e india o indio y esclava y recaían castigos graves cuando un indio albergaba en su cabaña un esclavo huido.

Los indios.—El indio tiene una situación especial. Acostumbrado a trabajar gratuitamente en tierras del monarca, no tiene sentimientos de propiedad de la tierra y no se preocupa de defenderla mucho en el momento en que se le cambian los amos y en lugar de la tutela cercana del inca y de la tranquilidad para cultivar en su aïllu, viene

el amo cruel de España que le da un huasipungo miserable pero no le concede siquiera el tiempo necesario para cultivarlo. El indio no es esclavo, porque su derecho de súbdito está defendido por las leyes; pero está en situación peor, porque al esclavo sólo se le obliga a trabajar y se le cuida para que no muera, para que no se pierda el dinero que cuesta; en cambio, al indio se le obliga a trabajar, se le cobra tributos y no se cuida de su vida porque hay muchos indios y nada importa pedir más a las autoridades. Por eso hubo una gran mortandad de indios en la Colonia, al extremo de quedar algunos lugares deshabitados. En la Presidencia de Quito no hubo repartimientos de indios, pero los corregidores negociaban lindamente e imponían de hecho lo que de derecho estaba prohibido.

Para justificar el maltrato a los indios y su persecución, inventaron los hermanos en Jesucristo, los teólogos explotadores, teorías de diversa naturaleza que eran justificaciones formulistas. Por idólatras, por paganos estaban condenados los indios a cualquier pena. La escolástica inventó el principio de que el indio era «siervo a natura» o sea bestia de trabajo, para mantenerle bajo el yugo con una explicación de conciencia. Decían que el indio no era persona completa, que necesitaba de tutela y sin embargo nada se hacía por que llegara a ser una personalidad libre.

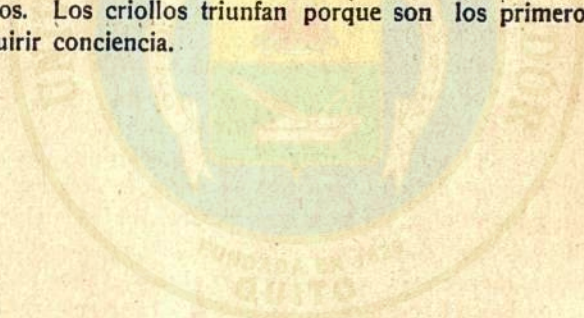
Relaciones de las clases.—De acuerdo con Pul Luis —«Ideas esenciales del Socialismo», que dice que «clase es una categoría cuyos elementos tienen todos unos mismos intereses económicos», hemos visto que en la Colonia tenemos clases sociales que llevan denominaciones de castas, más propiamente. Si queremos dividir en los contrarios, clases dominantes y dominadoras, tendríamos lo siguiente:

Dominantes; nobles españoles.

Dominadas: nobles criollos, mestizos, zambos, mulatos e indios.

Hay una correlación en la explotación. Pero suprimiendo a los españoles, quedarían en su lugar los nobles criollos. Los españoles están sobre todos; explotan especialmente a los indios y quitan todo el provecho que pudieron tener al estar libres los criollos y mestizos. Los criollos, a su vez, explotan a mestizos, zambos, mulatos e indios. Belisario Quevedo traza una escala de crueldades en este sentido y termina diciendo que si el mestizo castiga al indio, éste pega a su mujer, la mujer a los hijos y los hijos maltratan a los animales.

En la Colonia hay clases, pero no conciencia de clases. Apenas los criollos tienen sus ambiciones, se desarrollan su conciencia de clase y buscan la manera de triunfar sobre los españoles. Unidos ¡criollos, mestizos e indios, o sólo estas dos clases, cualquier rato habríanse libertado de sus opresores; más, como hemos dicho, no existía la conciencia que es base para la reivindicación de los derechos colectivos. Los criollos triunfan porque son los primeros en adquirir conciencia.



CAPITULO III

EL MATERIALISMO HISTORICO EN LOS FENOMENOS SOCIA- LES DE LA COLONIA

La Religión.—Aunque toda religión tiene sus principios generales de moral, rito, etc., en cada individuo hay una apreciación subjetiva que, de seguro, no se iguala a la de los demás. Cada individuo tiene una concepción del dios de la misma religión, distinta de los otros: todo hombre mira a dios a través de sí mismo. Y si esta diferenciación encontramos en hombres unidos por el ambiente social y físico, que tienen un pasado tradicional idéntico, mucho mayor será en individuos disímiles por todo. Así sucede con el catolicismo que quiso trasplantar España a Indoamérica. Cada individuo pasaba por el tamiz de su propio criterio el principio religioso que ponían ante su conciencia. Y este criterio se hace siempre de acuerdo con las necesidades económicas. Así tenemos una forma de catolicismo indio, otra de mestizo, otra, de criollo, etc.

El indio, criado en la idolatría del sol y los dioses menores, no pudo jamás olvidar a sus dioses. Y dentro del cariño a éstos, recibió con desagrado el respeto a nuevos dioses. En el fondo el indio ha sido siempre idólatra. Los maderos, cuadros y efigies de santos y vírgenes cató-

licas, eran identificados con sus antiguos ídolos de barro. Y cuando rezaba, sus plegarias iban a Jesucristo o al cáliz como nuevas formas de Pachacámac, como emanaciones del padre sol.

A pesar de que los españoles, según decir de sus Reyes y sacerdotes, vinieron a implantar el catolicismo, está comprobado que, por una cantidad de oro, devolvían los ídolos que habían secuestrado de los indios, para que siguieran adorándolos.

El rito católico nunca penetró en el alma de los indios. No adoraron, como no adoran hoy, ni al dios ni a los santos católicos, con esa concepción metafísica de los españoles: la riqueza vale más que la creencia.

Y si la parte hierática, ritual, no absorbían, menos iban los indios a absorber los principios morales. Y en esto hay justicia. Dónde estaba el «ama a tu prójimo como a tí mismo? Dónde la práctica de la igualdad entre los descendientes de Adán y Eva? Dónde el respeto por los mandamientos? Dónde el odio a los 7 pecados capitales? Bien es cierto que nunca, ningún pueblo de la tierra, ni ningún hombre, desde el Papa para abajo, han cumplido con los preceptos católicos. Es claro, porque, como dice algún escritor que no recuerdo, el hombre no es ni puede ser ángel ni demonio: el hombre es hombre y nada más. Por tanto, deben ser humanos los principios que imperen en su actividad colectiva. Este concepto se complementaría con el de Barbusse: «Dios no puede hacer nada por los hombres. No hay nada que hacer. El no es lo imposible. No es más que Dios». La verdad es que las religiones tienen principios demasiado buenos para que los hombres puedan practicarlos y las clases explotadoras se sirven de ellos como espejismos para sus conveniencias. Todo el mundo dice: la religión es buena; pero los hombres, malos, no la practican. Y no saben que las religiones son cosas imposibles, utopías de espíritus soñadores, luces que brillan desde lejos para que los infelices se con-

formen con su infelicidad y se queden arrodillados hieráticamente, en lugar de levantar el brazo y golpear a los que mueven esas luces mientras hacen riqueza y felicidad con el trabajo del humilde, con el robo del pan de los pobres.

En nombre de Dios se mata a los que no profesan la religión católica; en nombre de Dios hace asesinar el cura Valverde a los indios; en nombre de Dios se cometen picardías y exacciones a millares y torturan y explotan los militares, civiles y clérigos.

Podían, con este ejemplo, los indios (que no entendían u olvidaban las palabrerías de los sermones) entender o practicar los preceptos católicos? Imposible. No hay en los indios sino idolatría y miedo: se han cambiado sus ídolos de barro, de caras horripilantes, con ídolos de madera, estatuas de blancos a quienes odian y temen.

Y esto dura hasta hoy. Yo he visto en la comunidad de indios de Salasaca —provincia de Tungurahua— adorar a un santo pequeñito, de un decímetro y medio de altura. Es la estatua de un blanco, barbado, de ojos azules. Le llaman San Ventura. Está vestido con calzoncillo y poncho como los indios. Esto se explica porque el hombre hace a dios a su imagen y semejanza y vuelve por pasivo este concepto. En una escultura hecha por un negro, y que representa a la Virgen María con el niño Jesús, éstos son una negra y un negro chiquito. Volviendo a los Salasacas, éstos, cuando no llueve, entierran a San Ventura hasta medio cuerpo en una sementera, para obligarle a hacer llover. El dios de los indios es S. Ventura y nadie más. Además se me ha contado que en la parroquia de Pasa, —en Tungurahua, también,— donde se adora a un San Fernando que es una pésima escultura de un santo montado a caballo, quiso alguna vez el cura de la parroquia mandar a trabajar un S. Fernando bien hecho; pero el pueblo, formado por indios y mestizos, no permitió que llevaran al santo, porque ése era el milagroso, aunque mal

hecho y feo... Así mismo se me ha informado que hay montuvios que se ciscan en Dios, en María Santísima y en la corte celestial, pero jamás dicen una palabra, ni permiten que alguien se exprese en forma irreverente contra S. Jacinto de Yaguachi. Hé aquí la supervivencia del concepto idólatra de la Colonia en nuestros tiempos.

En resumen, el catolicismo indio es la idolatría de efigies de la raza blanca.

La religión en los mestizos, que son quienes forman el pueblo ecuatoriano en mayoría enorme, tiene los mismos caracteres que en los indios, ya que el mestizo, calificado en la forma que lo hemos hecho anteriormente, recibe de la madre india la idolatría de sus abuelos indígenas. El mestizo, desde luego, más valiente, menos humillado y como confía en sus fuerzas, es menos temeroso que el indio de los designios de las iras de dios.

De ahí que, mejor que catolicismo, encontramos fetichismo católico en las clases inferiores, ayer en la Colonia y hoy, en la continuación de la Colonia que se llama República.

Los peninsulares y los criollos, que se disputaban la presa humana de las clases inferiores, tenían un concepto distinto de la religión. Ya hemos dicho que la base económica, la explotación a los indios, determinó la conducta de los españoles. Y como las leyes divinas católicas prohibían extorsionar, robar, fornicar, las clases altas torcían estos principios por donde querían, para aplicar a sus necesidades. De todos los vericuetos jesuíticos se valían, comprendiendo los principios cristianos, para irse en contra de ellos, engañándose a sí mismos, y engañando a sus semejantes: es que las leyes humanas triunfaban sobre las supra-humanas. Aquí está la burla de la teoría de los «siervos a natura», de la destrucción de los paganos, etc. haciendo paganos a los enemigos.

La religión no es, en realidad, el principio férreo al

que ajusta su vida el hombre, todo lo contrario, ya acabamos de ver, los hombres ajustan la religión a sus intereses, la hacen un medio para conservar sus situaciones de privilegio. Por eso ha sido la clase sacerdotal también privilegiada, porque ha ayudado, con el temor de la conciencia, a sostener la humillación del explotado.

Hemos visto cómo los principios morales de la religión católica no son practicados en la Colonia; pero, como es necesario que el Rey sepa que están difundiendo la religión, se aumentan los ritos, las fórmulas para satisfacer la vista. Y es así cómo se hace, por los intereses económicos de las clases criolla y noble, una serie de cosas superficiales, de apariencia, a la religión católica de Indoamérica.

Los santos sirvieron, además, para justificar los crímenes de la conquista. González Suárez, que como hombre talentoso, a pesar de ser sacerdote no cree en cosas infantiles, se burla de la información religiosa del combate de los soldados de Francisco Pizarro con los Punáes: «Tan reñido debió ser y encarnizado este combate, que los españoles creyeron deber su triunfo a un milagro, pues aseguraban haber visto en los aires al santo arcángel Gabriel, peleando con Satanás que acaudillaba a un ejército de demonios, los cuales ayudaban a los indios». Cómo hacían los españoles que la religión se pusiese a su servicio, con los santos matando a los pobres, indefensos indios! En Chile era el apóstol Santiago el que, montando un hermoso caballo blanco, aparecía en los combates, decapitando indios por millares. Y no sólo eran los santos quienes apoyaban a los españoles: los elementos también, por mandato de Dios, los ayudaban ya en forma de olas que ahogaban a los infieles, o rayos que los fulminaban.

La política tenía también mucho que ver con la religión. Unos pocos sacerdotes, hombres honrados, verdaderos defensores de los desvalidos, no podían vivir porque



andaban mal con las autoridades ya que a éstas convenía que viniesen sacerdotes cómplices en sus negocios, individuos que hicieran buenas migas con la nobleza. Numerosos casos cuenta la historiografía de sacerdotes que tenían procederes abyectos, que andaban adulando hasta a los sirvientes de los oidores para que los conservaran en sus puestos, porque las autoridades civiles daban cargos eclesiásticos. Que la religión era una empresa económica nos prueba la desesperación de los mestizos por hacerse curas, ya que éste era un medio para que individuos de baja condición social fueran recibidos bien en las altas esferas y entonces podían hacer fortuna, que era lo principal. Basta citar unos párrafos de González Suárez, para confirmar la verdad de lo que dejamos anotado: «La sagacidad de los jesuitas para enriquecerse era proverbial y aún temible. Toda clase de negocios emprendieron los jesuitas». «Los padres de la compañía eran los más ricos propietarios de la Colonia: eran una verdadera casa fuerte.... Los frailes competían con los jesuitas en punto al acrecentamiento de sus fincas y haciendas, de donde resultó una situación muy desfavorable para el progreso de las villas y ciudades de la Colonia». He aquí cómo es de fructuosa, productiva la religión.....

Además, los sacerdotes no pagaban impuestos ni podían ser enjuiciados por deudas. Son o no, entonces, clase privilegiada? Hay que recordar también que los sacerdotes eran tan crueles como los demás amos, para con las clases inferiores.

Y que diga alguien que la profesión religiosa no es un acomodo económico y la religión la manera de sostener preeminencias también económicas, basándose en la explicación metafísica de los fenómenos cuya causa no acierta a explicarse el hombre!

Para terminar este párrafo citaré unas palabras de González Suárez que es autoridad eclesiástica: «....De aquí resultó un cristianismo degenerado, el cual hacía constituir



la religión en muchas prácticas exteriores de devoción, con ausencia de sólidas virtudes cristianas; *cristianismo de la letra y no del espíritu*. —No le admire esto a González Suárez, todos los cristianismos han sido así—; (al hombre le es imposible ser buen cristiano, porque el cristianismo pide lo que el hombre no puede dar de buena voluntad, y el cristianismo espera de ella). «La guerra contra los indios fue guerra sagrada, porque era verdadera guerra de religión, de los adoradores de la cruz contra los adoradores del demonio: de aquí es que los conquistadores, mientras quemaban a los indios, rezaban el credo, sin inquietarse acerca de la justicia o injusticia con que los condenaban a muerte». ¡Qué sarcasmo!

En suma, tenemos que el disfraz de la conquista, con que se engaña hasta a los mismos Reyes, es la religión católica. El disfraz de la explotación a las clases inferiores de la Colonia, es la religión católica. Consecuencia: la religión es el disfraz de los intereses económicos para explotar al hombre.

El culto al Rey.—Es sabido que la autoridad real existe en la tierra por voluntad divina. Así se respeta y se quiere al Rey en España. Don Miguel Amunátegui, ob. cit. trae a cuento el drama «La Estrella de Sevilla», de Lope de Vega, cuyo argumento es el siguiente: el Rey está enamorado de una chiquilla; pero ésta tiene un novio que es amigo íntimo de su hermano de ella. Como el hermano fuera un defensor del honor de la chiquilla, el novio, Sancho Ortiz de Roelas, para satisfacer el capricho del Rey, mata a su amigo y renuncia a su amada. Y el público aplaude fervorosamente al traicionero, por ser un buen vasallo. Otro argumento, el de «García de Castañar», de Rojas: un marido, García de Castañar, al ir a su casa, ve que penetra en ella un individuo, furtivamente. Se acerca y se convence de que está conviviendo con su esposa. Cuando va a castigar al adúltero, se da cuenta de que es el Rey. Entonces desaparece la ira, pide perdones al soberano y le acompaña a bajar la escalera, con todo cuidado. Después

de poco, cuando se convence de que no ha acompañado al Rey, sino a un individuo parecido, satisface su venganza en los adúlteros. Esto aplaude y emociona al pueblo español, porque retrata sus sentimientos. El amor el respeto al Rey está sobre todo. Después de Dios, el Rey.

Cuando los españoles han venido a América y han sufrido el fenómeno de la tropicalización, se pierde este culto que pareciera innato. No es desconocido el caso de Cortez, en Méjico, venciendo y apresando al emisario real que venía a tomarle cuentas. Así también el levantamiento de Gonzalo Pizarro. Pero más elocuente, porque se va hasta contra los prejuicios religiosos, es el de Lope de Aguirre, trotamundos que sintiéndose dueño de la tierra conquistada con sufrimientos, se levanta en armas con unos pocos individuos y escribe al Rey: «He salido de tu obediencia, cruel e ingrato Rey, para hacerte la guerra más cruda». Vencido por las tropas reales, cuando iba a ser ejecutado, dice: «Estoy gozoso de ir al infierno, donde están César, Alejandro y todos los grandes y no al cielo, a donde van sastres y carpinteros y gente de poca monta». Cuánto va de un Sancho Ortiz de Roelas a un Lope de Aguirre, o de un Lope de Aguirre a un García de Castañar!

Con el respeto al Rey, sucede en la Colonia lo mismo que con la religión: ante el imperativo económico no pueden rebelarse los españoles, pero tampoco quieren rebelarse contra el dogma de la majestad real; entonces, deseando engañar a sus propias conciencias, optan por lo mismo que han optado en religión: por la fórmula y no por el fondo: adoran al Rey, reciben con unción profundamente respetuosa las órdenes reales, pero no hacen caso de ellas en la práctica.

Recordemos las solemnidades que rodeaban a la llegada de los obispos y virreyes, a la traslación de los sellos reales, a la llegada del Cajón de España, al dolor que se demostraba cuando moría un miembro de la familia real, al júbilo con que se celebraba un cumpleaños de los altos

personajes cortesanos. Todas estas cosas se llevaban un enorme interés general y era de ver a españoles y criollos, amantes de los soberanos, cabalgando los mejores caballos, vistiendo los mejores vestidos, haciendo objeto de los más profundos respetos todo lo que venía de España, realizando fiestas en honor del Rey y de sus órdenes. Pero, en el fondo, dónde la obediencia de las órdenes reales de considerar y querer a los indios, de no vilipendiar a los criollos, de expandir la religión cristiana con actos de amor humano, con amparo a los débiles? Ha desaparecido el respeto fundamental, de principio, a la voluntad real, las necesidades económicas de explotación se han impuesto y sólo ha quedado un fetiche: el fetiche Rey.

Las leyes y la política.—La ley debe ser un resultado social, una consecuencia de lo que necesita la colectividad para su mejor marcha o la reafirmación escrita de una costumbre que ha llevado la armonía colectiva. Pero este concepto ha sido en todos los tiempos y en todos los países sólo un parapeto tras el cual se han escondido los intereses de las clases dominantes, un consuelo teórico para los humildes, algo así como el cielo que se pinta para los crédulos... El hecho, amparado o no en el derecho, ha sido la satisfacción de los intereses de las altas clases. Y como esto es una cosa mundial, también sucede en Indamérica. «Ordeno», dice el Rey Español, y no le obedecen porque su orden está en contra de los intereses de los llamados a obedecer y a hacer obedecer. Recordemos una vez más que los españoles perseguían el enriquecimiento. A este fin se acomodan las teorías jurídicas. Se sostiene que el indio no es persona jurídica completa, que necesita tutores y esos tutores son los españoles. Y ese tutelaje es nombre que se pone a la inicua extorsión a los indios.

En la primera de las instrucciones dadas por los Reyes de España a Colón, antes del segundo viaje, en mayo de 1493, constan estas palabras: «....procure e haga el almirante que todos los que en ella van (en la armada) e los más que fueren de aquí adelante, traten muy bien e amo-

rosamente a los indios, sin que les hagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros conversación y familiaridad, haciéndoles las mejores obras que ser puedan». Y a quienes se portaren mal con los indios, ordenaba que «los castigue mucho por virtud de los poderes de sus altezas, que para ello lleva». Cien años después, sin embargo, viendo que ningún efecto tienen órdenes como la que antecede, y que continúan las crueldades españolas, Felipe II, en diciembre de 1593, «ordenaba y mandaba» que «sean castigados con mayor rigor los españoles que injuriaren u ofendieren o maltrataren a los indios, que si los mismos delitos se cometieran contra españoles, y los declaramos delitos públicos». Cuándo practicaron esta justicia?

Los virreyes y presidentes de Audiencias estaban sujetos a leyes estrictas que garantizaban la justicia, a «residencias», juicios en que el Rey delegaba su autoridad a un magistrado, para que juzgase al Virrey o al Presidente. Sin duda eran hasta demasiado fuertes las leyes con las autoridades coloniales, para que no procediesen con injusticia. Pero esto mismo les inducía a buscar resquicios.... Se burlaban de lo lindo de preceptos y de jueces. No permitían los enjuiciados que viniera un juez antes de estar convencidos de su parcialidad favorable al reo. Así eran engañados miserablemente los indios y mestizos humildes que querían pedir justicia al juez que venía encargado de la residencia. En tanto, las autoridades y los jueces seguían enriqueciéndose, porque todo se hacía a base de obsequios y dinero que se extraía de la miseria y el sudor de las clases oprimidas. Por eso el Rey escribía al Presidente de la Real Audiencia de Quito, en 1591, admirándose del trato a los indios, porque «parecían haber nacido sólo para el servicio de los españoles».

La legislación sobre encomiendas, en nuestro territorio, no permitía que fuesen por más de dos vidas. El servicio personal estaba prohibido. En cambio de los tributos que debían pagar los indios, los encomenderos tenían la obli-

gación de «defender los intereses de los indios»; «edificar iglesias y sostener de su peculio sacerdotes y estar preparados para una guerra de defensa de las tierras y vivir siempre en la jurisdicción de la encomienda». Las mitas debían hacerse mediante el pago de jornales. Muchos empleos públicos de inferior categoría debían darse a criollos especialmente. Estos son los principios, ahora vamos a ver las realidades.

El interés económico de los españoles se imponía y se burlaban todos los preceptos legales; los cargos públicos quedaban sólo en sus manos. Y la situación política civil tenía influencia decisiva en la eclesiástica porque, de acuerdo con la naturaleza de la autoridad real, que era de origen divino, había todos los poderes en la orden real. Una Audiencia tenía jurisdicción en asuntos civiles, criminales, militares, administrativos y eclesiásticos. En los primeros tiempos de la Colonia, en los asentos o pueblos recién fundados, realizaban los Ayuntamientos los nombramientos de curas de esos lugares y los ejércitos, también elegían ellos mismos sus curas. Cevallos, al referirse a la influencia del parentesco en los empleos públicos, dice: «Entre los meritorios a los corregimientos se contaban en primer lugar los parientes de los virreyes, pues casi todos se excedían tanto en atender a los de su familia, con perjuicio de los extraños, que han solido dar a un mismo tiempo dos o tres oficios a un sujeto a que se beneficie poniendo tententes en ellos, que los sirvan por el propietario, salvando con esta práctica la fuerza de la ley que les prohíbe el que conviertan estos empleos sin expresa licencia del príncipe». (Las últimas palabras son de Juan y Ulloa).

Los indoamericanos se crían en este ambiente, en que hay buenas leyes, —si buenas pueden llamarse las sentimentales, que se encuentran en divorcio absoluto con la realidad,— acostumbrados a no respetarlas. Y esta herencia, que sobrevive en nuestros días, es la que corresponde destruir a las generaciones jóvenes, con manos de hierro

dejando a un lado los principios soñadores y atacando los vicios con decisión.

Otra observación se desprende respecto del empleo público: como toda actividad del hombre se encuentra vigilada y restringida por la autoridad real, eran los funcionarios quienes tenían en sus manos los destinos de todos los habitantes de la Colonia. La explotación, la riqueza, estaban íntimamente relacionadas con la situación de la persona ante las altas autoridades: como no podía cualquiera implantar libremente negocios, desarrollar talentos bursátiles, en suma, aumentar su capacidad económica y el comercio libre estaba prohibido y, por ende, la libre industria, sólo había una riqueza posible: la basada en la explotación de los indios, con el favor oficial. Así eran siempre las minas de dinero los altos cargos, y privilegios de nobles aunque fueran imbéciles. (Pensemos cuánto hemos adelantado de la Colonia!....) De todo esto resulta que para ser rico no se necesitaba trabajar mucho, ni agitarse enormemente, ni tener gran talento: se necesitaba tener parientes, amigos en las altas situaciones oficiales y nada más.

Por lo que vemos, la forma de organización administrativa, también es un resultado de los intereses económicos de las clases imperantes. Y esto durará eternamente si los nobles y ricos, que era decir una misma cosa, no se preocuparan sino de gozar, en una forma mediocre, de una riqueza y alimentar su ignorancia, así como conservaban la ignorancia de la humanidad servil que gemía bajo sus plantas. Pero así iba la nobleza a la degeneración.

El empleo público era la mejor ambición de los españoles. De una «Memoria del Ayuntamiento de México» son las siguientes palabras: «El renglón más considerable de los españoles lo hace el empleo». «El principal fondo con que podemos contar los americanos son los sueldos». «Los oficios mecánicos no se compadecen bien con el lustre del nacimiento ni sufragar en Indias para una subsistencia». Esto se decía por el año de 1790. Respecto de la

situación de los empleados, Cevallos dice: «Las rentas de los empleados eran pingües: estaban fielmente pagados y todos, todos, llevaban distintivos en los vestidos. Sobraba dinero para los cortos gastos de la presidencia, y si la dicha del pueblo sólo fuera de medirse por los caudales de su gobierno, la dicha era por demás completa. Pero, lejos de esto, el pueblo andaba cubierto de harapos y vivía en la miseria, mientras los caudales yacían acumulados en pocas casas. La púrpura y los andrajos llamaban igualmente la atención».

Como corolario de lo que hemos visto, se desprenden los siguientes efectos sociales, determinados por el influjo económico en el apego al empleo público:

1.—Irrespetuosidad de las leyes, lo que crea una herencia de divorcio entre la realidad y la norma jurídica. Fomento de leguleyadas y picardías que hacen interpretar sofisticamente la ley, acomodándola a los intereses particulares, con absoluta falta de honradez. Formulismo, palabras defendiendo a las clases humildes, para explotarlas;

2.—Creación de clases privilegiadas en el conocimiento de la ley, que eran personas mágicas ante los humildes. Esto crea también una herencia en el pueblo bajo, que cree que sólo las altas personalidades, las altas autoridades pueden salvarlo, sin que jamás piense en que puede realizar el bienestar por sí mismo. Así se logra matar cualquier germen de desarrollo de la conciencia de clase; y

3.—Necesidad de crear numerosas leyes, para todos los casos posibles, a fin de evitar las picardías, porque se había arraigado la costumbre de no atender al principio justo sino a las palabras. De aquí una nueva forma de explotación a las clases humildes: los pleitos. Todo el mundo era pleitista y la mejor parte se llevaba quien tenía mayor influencia social.

La familia.—Fruto del factor económico que induce a la división de la sociedad en clases, es también el carácter de la familia.

La familia noble, española, dominadora, hermética, era egoísta en sus relaciones y su formación. Como los españoles eran los que más formulismo ponían en todo, el matrimonio también estaba lleno de fastuosidades y sometido a prescripciones eclesiásticas. Gran cuidado ponía en la elección de cónyuge la nobleza, para que contrajera matrimonio sólo gente de la misma clase social: había que defender la riqueza de los miembros de una misma clase, para que no la obtuvieran por matrimonio individuos inferiores. Los hijos bien nacidos, los bien considerados, eran los legítimos. Aún en nuestros días es causa de desprestigio la calidad de «hijo de puta» con que se califica a aquél cuya madre no se ha casado con el hombre del cual ha tenido hijos, aunque sólo con él haya tenido ayuntamientos sexuales y aunque jamás haya comerciado con su sexo. La familia española necesitaba de la legitimidad para que sus hijos tuvieran todas las garantías, a diferencia de los humildes hijos que los padres de esas familias tuvieran en mujeres de inferior categoría. De aquí nace el orgullo de los gamonales y el desprecio con que miran a los cholos, aún hoy.

La mujer noble, criada dentro del hogar, respirando el aire gamonalista, pretencioso de los aristócratas y los curas, era apegada por sobre todo a los formulismos. Y éstos crecían mientras más ignorante era. Y cómo no lo iba a ser si en el hogar se leían, cuando más, libros sagrados? A tanto iban las pretensiones de las mujeres españolas que un clérigo Garcí Sánchez, que se puso a enseñar gramática en Quito, gratuitamente, a todo el que quería aprenderla, tuvo que huir de la ciudad por la persecución del Oidor Ortégón, por el solo delito de no haber saludado en la calle a la señora Francisca Colón, nieta del Descubridor y mujer de la autoridad indicada. En el hogar se rezaba y a la joven se enseñaba a coser, a bordar, en fin a todas las ocupaciones que la convertían en el ente pasivo sexual y moral, fiel servidor del dueño y amo que era el marido. La crítica oficial se introducía, como una consecuencia de la organización monárquica, en todas las situaciones que

atañían a la llamada moral. Hubo juicios contra individuos, por presunción de relaciones sexuales ilícitas, que no llegaron a comprobarse. De este egoísmo de las clases altas, de este respeto formulista a las normas que impone la monogamia y sostiene el catolicismo, a todo esto se debe el conservadorismo tan arraigado en la mujer, que ha sido el factor más negativo, más obstaculizador para los adelantos revolucionarios sociales nuestros.

El mestizo, en cambio, no respira en su ambiente el hermetismo de la moral formulista ni las exigencias sociales, ni tiene un padre que le guíe ni le obligue a ser algo determinado o impuesto: su madre no tiene marido: el amo español ha dejado, de paso, el germen de su vida. Ya tienen pretensiones las indias y las mestizas que han sido concubinas de los amos, así sean solteras o casadas. Las casadas que han tenido por conviviente en su lecho al amo, se miran en mejor situación que los demás de su clase y miran con desprecio al humilde cholo o indio que sea marido. Y hay que pensar, sobre todo, en que fueron las indias, con su catolicismo idólatra, con sus costumbres, quienes crearon este mestizaje gamonalista que aún hoy presume de sangre azul. La mayor parte de la nobleza es descendiente ilegítima de indios. Con razón decía Bolívar a San Martín, en una carta: «Desengáñese Ud., mi querido General... en América no tenemos el elemento aristocrático sino en caricatura». Y toda esta verdad, toda la existencia mestiza, de descendencia ilegítima, como dijimos, se había formado a la sombra de las máximas católicas, que tienen mandamientos que ordenan «no fornicar» (ilegalmente) y «no desear la mujer de tu prójimo». Pero, de ese mestizaje gamonal, libre, nacieron los hombres que rompieron los viejos moldes y rompieron la cabeza del muñeco Rey.

La familia india cambió, por fuerza, sólo sus ritos antiguos por los nuevos católicos, en la celebración del matrimonio; pero siempre fue distinta de las demás clases y humilde y explotada, y pisoteada. En muchas parcialida-

des vivían un tiempo juntos los cónyuges, antes de la celebración del matrimonio. Y, con motivo de éste, gastaban el fruto de su trabajo de dos o tres, o cinco años, en pagar al cura y en beber. No estaban divididos los indios en castas, porque no tenían intereses económicos que defender. Así desaparece la necesidad de casarse entre individuos de una misma alcurnia: todos estaban igualmente aplastados.

Cultura general.—La ilustración no era sino para los nobles y pudientes. No había siquiera libertad de introducir libros, menos, lugares donde instruirse. Desde luego, poco necesitaban de ellos los hijos de los nobles que no se dedicaban sino a satisfacer la lascivia en las sirvientes y a vivir una vida ociosa en las haciendas. Los individuos de clases inferiores encontraban un obstáculo insuperable en la defensa instintiva de las clases superiores, que querían mantenerlos en la ignorancia, porque ésta es el plinto del poder de los altos. La frase de Carlos IV es la más clara muestra del criterio real que no quería el mejoramiento de Indoamérica. Cuando se instaló en Venezuela una clase de matemáticas, el monarca recordado ordenó al Capitán General, en 1785, que la clausurase, sosteniendo que «no conviene que se ilustren los americanos».

Las ciencias no eran sino dominio eclesiástico. Lapidariamente dice Juan de Velasco: «Los primeros 53 años después que se establecieron los españoles en la ciudad de Quito, pueden llamarse sin agravio, los años de la ignorancia». Bien pudo Velasco extender un poquito más el lapso.... La Universidad de San Gregorio, fundada en 1626, estaba en manos de jesuitas y la de santo Tomás de Aquino, fundada en 1688, en manos de dominicos. Las dos Academias, de San Fulgencio y Pichinchense, eran también tenidas por sacerdotes jesuitas y agustinos. Y nunca han sido los principios religiosos los impulsores de los nuevos, de los mejores adelantos de la ciencia y de la humanidad toda.

Carácter general de la Colonia—En suma, pode-

mos decir que la Colonia estaba llena de fetichismos, de formulismos en todo, de hipocresía, porque quería demostrar una realidad social distinta de la superestructura económica. Hemos visto el culto al Rey pero no, obediencia a sus mandatos, culto al catolicismo, pero olvido de sus principios, culto a la nobleza medioeval, pero canallez en los procedimientos. Hay palabras sin sentido: virtud, ley, justicia. Sobre todo se yergue una verdad que hace las cosas, que determina todas las realidades: el factor económico. Hay amos civiles, militares y eclesiásticos, y siervos. Nada más. Hay ignorancia en los de arriba y en los de abajo y un criminal aplastamiento al libre desarrollo de los talentos y las actividades. La riqueza se hace desde los puestos públicos, y sucede como en todas partes, que las clases privilegiadas los acaparan para defender sus intereses desde esos puestos. Hay clases explotadas que conservan su condición por falta de conciencia de clase. Sólo los criollos llegan a formar clases capaces de defenderse con conciencia y son las opositoras.

Una sola es la causa de todo: la causa económica: el deseo de vivir los españoles, dentro de las mayores riquezas. De aquí se desprende la explotación a las clases inferiores y ella hace la Colonia.

Ha nacido Indoamérica y dará su primer paso con la Independencia: el mestizo, hijo ilegítimo, artesano o mayordomo, capataz o peón, regarán su sangre para que cosechen sus hijos el bienestar. Pero, erguidos estos mestizos en clase dominante, le tocará el final de la lucha al indio, al montuvio y al campesino humilde....

CAPITULO IV

EL SEPARATISMO

Siempre hubo deseos separatistas de España, en las clases dominantes de América: querían independizarse para seguir explotando libremente en esta tierra. A través de la vida de la colonia hay varios movimientos en este sentido. Aunque son ampliamente conocidos, volveremos a mirarlos, porque creemos que no hay la suficiente veracidad en los historiógrafos que miran el desenvolvimiento de la sociedad a través del prisma heroico, para alimentar en los lectores los deseos de las matanzas patrioteras. Y se concretan a ensalzar batallas y peleadores, sin estudiar los imperativos que han obrado en las colectividades, sin estudiar el papel desempeñado por las clases sociales.

Rebelión de Gonzalo Pizarro.—Gonzalo Pizarro sembró la semilla del anhelo separatista de las clases dominantes de la Colonia, ya por su propio convencimiento, ya porque estaba apoyado por muchísimos españoles; pero el espíritu gregarista, el temor religioso hizo fracasar el intento que quizá hubiera puesto a América en estado de desenvolverse por sí misma, como sucedió con Estados Unidos. Ya probaremos que Pizarro no es un simple faccioso, como se lo pinta generalmente, no es un orgulloso que se levanta porque sí: es el representante de la clase explotadora que quiere sostener los privilegios sobre las demás clases. La rebelión de Pizarro fue así: Las injus-

ticias de los españoles con los indios habían llamado a compasión a algunos corazones, entre ellos del obispo de Chiapa, y hecho que resolvieran quejarse ante el Rey por la burla que se hacía de sus órdenes, en lo referente al trato de los indios, en especial, en los repartimientos, sin pagarles jornales y en las encomiendas, reduciéndoles a algo peor que la esclavitud. El Rey envió representantes, a fin de que se informaran de la verdad de tales denuncias y, convencido de ellas, mandó a HACER nuevas leyes de Indias, en número de 40, en noviembre de 1542. Pero ya por copias, ya por informes llegados de España, antes de la promulgación de dichas leyes, ya se sabía de sus preceptos y se preparó la aversión de los españoles que veían en aquellas trabas un gran obstáculo al único fin de su vida en América: el rápido enriquecimiento.

Las leyes y órdenes a que hemos aludido, sumamente defensoras de los intereses de los indios, hasta ponerlos en situación verdaderamente privilegiada, disgustaron absolutamente a los españoles de América y entonces se puso en duda la majestad real y se comunicaron entre españoles de los diferentes pueblos, para tomar resoluciones. Unos querían mandar regalos cuantiosos de oro, pidiendo al Rey que revocara sus mandatos. Otros, más prácticos, manifestaban que no tenían por qué obedecer leyes injustas ya que el Rey mandaba en nombre de los intereses de sus súbditos españoles y, si las órdenes iban en contra de esos intereses, eran ilegales y nulas. Además, decían los casados, que no se podían quitar las encomiendas, mitas y repartimientos, ya que el mismo Rey les había obligado a casarse, enviando mujeres de España y, por tanto debía, por justicia, velar por su subsistencia. (La subsistencia ociosa que se basaba en la explotación).

De las comunicaciones dirigidas entre españoles de los diferentes lugares, se sacó en limpio que cuando más tolerarían que se prohibiese el trato cruel a los indios y el hacerles servir de bestias de carga; también tolerarían que hubiese un tasador oficial de tributos y que se enseñara libre-

mente la doctrina cristiana a los indios, pero, nada más. En estos movimientos antimonarquistas estaban metidos tanto los civiles como los militares y clérigos.

En tal forma se desató la lucha por los intereses económicos de la clase, que, cuando vino el Virrey Blasco Núñez de Vela, portando las órdenes reales de defensa a los indios, se levantó en América una ola de odio español hacia él. Cómo no iban a odiarle si había empezado a confiscar el oro producto de la venta de esclavos; si liberó mismo a esclavos marcados con hierro candente por sus amos y realizó grandes represiones, aún fuera de su jurisdicción, en quienes maltrataban a los indios? Cómo no iban a odiarle si hasta prendió a Vaca de Castro, por haber verificado repartimientos de indios contra la ley? Por esto es por que los españoles apresan primero a Núñez de Vela y, cuando éste se ha libertado, buscan un jefe, decidido que precautele sus intereses y se dirigen a Gonzalo Pizarro que se hallaba tranquilamente en Charcas. Pizarro, sometiéndose «a la voluntad del pueblo», a «la defensa de la justicia», del «negocio común», se levanta en armas y triunfa con facilidad sobre el infortunado Núñez de Vela, en Iñaquito. Cuando La Gasca, tinoso, mentiroso, convence a los españoles de que nada hay en contra de sus intereses, que se revocarán las órdenes reales y que, con los paños tibios de pequeñas reformas podrán seguir explotando a gusto, entonces abandonan a Gonzalo Pizarro que, amargado, tranquilizado quizá por haber «servido al pueblo», va al suplicio y dice al verdugo; «Cumple tu deber con mano firme».

Rebelión de las Alcabalas.—Este es otro movimiento de valor. A la decadencia económica causada por la prohibición del libre comercio e industria, aún dentro de las Colonias, vinieron a sumarse, en el siglo XVI, trastornos físicos y epidemias que destruyeron muchas fuentes de riqueza. Al terremoto que causó innumerables víctimas en Quito, en 1587, siguió una peste de viruelas que diezmó la población. A raíz de esto, llegó en agosto de 1587,

nombrado Presidente de la Real Audiencia de Quito, Dn. Manuel Barros de San Millán, de quien se dice que era un solterón de 64 años que, además de tener el cargo indicado, traía el de Visitador, a tomar residencia a los Oidores. Agrio con las damas y los encopetados y amable con los indios, negó a los clérigos y particulares la dación de indios para que construyesen templos y fábricas que calificó de «suntuosas» y casas de particulares, queriendo que les pagasen un salario justo.

Qué mayor razón que quitar la presa de las manos, especialmente la presa india, a la cual aplastaban hasta los mestizos, para que se levantara un odio enorme de la sociedad «más distinguida» «más destacada», contra el Presidente que defendía a los infelices? La nobleza y la clergalla se levantaron contra el presidente. Una parte minoritaria de la nobleza y clérigos (españoles) estaba, desde luego, de acuerdo con el funcionario dicho, no por amor a los indios, ni porque justificaba su proceder, sino por mantener una petulante armonía con el más alto magistrado y tratar, en calidad de más nobles, con desprecio a los criollos y españoles de nobleza inferior.

En este estado de cosas el Rey ordena que se cobre un impuesto del 2 %, trimestralmente, sobre todo cuanto fuere vendido ya en mercado público, ya en establecimientos particulares, con las exoneraciones que indicamos a continuación. Quedaban libres del pago del impuesto los indios y los clérigos, sólo en los objetos o productos que compraran para su uso particular, o subsistencia, debiendo pagar sólo cuando la compra fuera con fines comerciales. Se exceptuaban también productos como trigo y maíz, que servían de alimento especialmente a la gente pobre; además, los libros, manuscritos, caballos y aves de cetrería.

Como vemos, la gente pobre, humilde, significaba una preocupación para los Reyes y el Presidente Barros. Pero el criollismo, dadas sus escasas posibilidades económicas, al mirar en Barros un obstáculo para explotar y al recibir,

en esas circunstancias, una orden de pagar impuestos, se puso enormemente disgustado. Apenas se promulgó la ordenanza, el Ayuntamiento gamonalista comprendió y manifestó que eso era atentatorio contra los pueblos, teniendo en cuenta, sobre todo, que habían sufrido grandes pérdidas con motivo de los últimos infaustos sucesos. Y resolvieron manifestar al Rey las circunstancias, pidiéndole exoneración del impuesto. Se dirigieron a los Ayuntamientos de Cuenca, Loja y Guayaquil solicitándoles unirse, pero éstos no lo hicieron. Acordó el Ayuntamiento de Quito dejar en manos de la Audiencia una cantidad de dinero como garantía del pago del impuesto, hasta cuando el Rey dictaminase sobre el asunto, quedando por lo pronto, suspendido el cobro. Ante la testarudez de Barros, que se proponía implantar el cobro a toda costa, reaccionó el criollaje y empujó a las masas mestizas contra la Audiencia y el Presidente Barros. Barros y los oidores sólo se sintieron apoyados por españoles y una parte del clero: éstos se conformaban con el impuesto y querían pagarlos, porque respetaban un poco al Rey y, sobre todo, tenían dinero para pagar. Lo que había de verdad en esta resolución fiel, era que a quienes que gozaban del favor oficial era fácil conseguir dinero. En cambio los nobles criollos, respaldados por la plebe mestiza, que tenían que trabajar sin el favor oficial, se resistían al impuesto, porque les significaba sacrificio. Además el cerebro de esta élite se encontraba saturado de las ideas de propiedad en los destinos de Indoamérica y le parecía mal todo acto de autoridad, toda intervención, todo lo que revelaba el poderío español sobre estos pueblos. La ley estaba mal porque iba en contra de los intereses de la clase criolla que pesaba tanto o más que su opositora peninsular.

Los criollos ricos atizaban y encabezaban el movimiento de rebelión. Estas ideas, estos procedimientos libres de los criollos, son un efecto económico: el que ha llegado a una situación desahogada, tiende a ampliar su radio de acción y a igualarse a los que, cuando era pobre, estaban sobre él; además, teniendo cómo estudiar, cómo perfeccionarse, gracias a la potencialidad económica, llega a tener

libertad de criterio y audacia para criticar el orden existente y desconocer las superioridades intrínsecas. Esto sucedió con los criollos: ya no eran los individuos que se creyeran inferiores «a natura».

Habiendo hecho prender el Presidente Barros a Alonso Moreno Bellido, (criollo colombiano, rematador de las entradas de los obrajes de Latacunga y Procurador de la ciudad de Quito, en el Cabildo, que encabezaba la oposición a la Audiencia), se levantó un numeroso pueblo y fue al Presidente Barros. Como éste no contestara al ser preguntado por las causas de la prisión, ni satisficiera a los interrogantes, se acercó la masa a la prisión, rompió las puertas y libertó a Bellido en quien veía un defensor de sus intereses. Al consumar el pueblo este acto, había dado un gran paso: había perdido el respeto sagrado por todo lo que olía a majestad Real: denostó al Presidente Barros, a los Oidores de la Audiencia y rompió la cárcel, símbolo de la sumisión a los amos peninsulares.

Estos, que para los españoles eran desmanes y para los criollos, fulgores de santa liberación, hicieron que Barros pidiera auxilio militar que fue enviado inmediatamente de Lima por el Virrey Mendoza. Mientras este contingente militar estaba en camino, se llegaron a arreglar pacíficamente las dificultades, dejando las cosas en statu quo, hasta que viniera la resolución del Rey. Quito había vuelto a la tranquilidad. Pero el momento menos pensado se supo que una fuerza militar española había llegado a Chimbo y que caminaba a marchas forzadas sobre Quito. Eran las tropas pedidas por Barros, que venían comandadas por el capitán Arana. Ante esta noticia, los fomentadores de la rebelión, llamaron el mestizaje plebeyo, le arengaron y, al igual que algunos sacerdotes criollos, también, se prepararon a la guerra. La primera diligencia que hicieron fue designarse los cargos jerárquicos militares. Y hasta se distribuyeron los marquesados y condados, para después del triunfo. O sea que estos libertadores querían sustituir a los españoles en las prerrogativas en el evento de llegar a

una independencia completa. En estos momentos de intranquilidad y en que andaba la venganza en todos los pechos, fue asesinado Bellido por la guardia de la Audiencia y esto hizo subir a tal punto la indignación popular que una gran cantidad de individuos atacó a la casa del Presidente Barros y lo tomó preso. Esto era el máximo del irrespeto criollo. ¡Tomar preso al representante del Rey! Sin embargo pronto lo pusieron en libertad, gracias a las gestiones de frailes y peninsulares.

En seguida se pusieron los revoltosos a preparar la defensa de la ciudad contra Arana.

Un criollo gamonal, Juan de la Vega, hijo del conquistador Capitán Francisco Ruiz, dueño de la encomienda más grande en el valle de los Chillos, trató de asesinar a los oidores, a la cabeza de soldados mercenarios. Frustrado el intento por el oportuno aviso que dieron a los oidores, fueron prendidos los atacantes; pero Vega, como era gamonal, quedó paseando tranquilamente mientras los otros eran ejecutados, entre ellos, dos humildes artesanos: Pedro Ortiz y Pedro Rivas. Este hecho es un emblema de las revoluciones que sólo favorecen a los dirigentes, como hasta aquí ha sucedido con todas las revoluciones nuestras.

Después de la entrada de Arana y el licenciado Marañón, comisionado regio, para arreglar los asuntos políticos, la revolución se sepultó en sangre criolla. Gracias a la traición de estos dos individuos, se pacificó Quito, se mató a los criollos dirigentes, en forma ínicua, sin darles tiempo de defenderse legalmente. Se habían unido los peninsulares. Y Barros ya no defendió a los indios, como al principio.

Pero la lucha de clases se había demostrado: españoles contra criollos. Los criollos gamonales querían tener el mando en las colonias. Y ya se había pensado en pedir apoyo a Inglaterra.

Con el triunfo español se privó a la ciudad del derecho de elegir alcaldes, cosa que despertó mayor encono

en los quiteños. Volvieron a la obediencia y, como un emblema, para defender a la Sala que había sido atacada, para santificar los atropellos y escudarse en las cadenas religiosas, también hicieron poner un crucifijo en la Sala del Ayuntamiento, para que los creyentes tuvieran mayor respeto a sus opresores. El pretexto era el de que, mirando el crucifijo, tuvieran mayor honradez (!) los funcionarios.



CAPITULO V

LA INDEPENDENCIA

Fuera de éstos que dejamos anotados y que aparecen en muchas historias deformados, hay otros levantamientos parciales en los tiempos de la Colonia. Pero aún no se dice, aunque exista latente dentro del convencimiento criollo, que el Rey de España no tiene derecho en Indoamérica. Cuando se diga esto, sólo entonces se agudizará y definirá la lucha de las clases opositoras que hemos indicado. El fantasmón real sigue rutilando en la mente, a pesar de que algunos levantamientos provocados por la implantación de los estancos hagan protestar contra él hasta a pueblos pequeñísimos.

Ya vemos cómo se destacan en la Colonia diversos intereses económicos: por un lado la España fiscal, con los enviados reales, con las autoridades españolas y los hombres netamente españoles que, formando la clase más alta, buscan la manera de succionar riqueza para ellos y para la monarquía. Por otro, los criollos, americanos q' querían levantar al mestizaje, para sustituir a los españoles en los privilegios.

La situación ante España es parecida a la de hoy: Antes, España venía en nombre de la cultura, a dar adelanto científico y religioso como hoy los países capitalistas, —que tienen que respetar, por el derecho internacional, la fórmula de soberanía de algunas naciones, de las débiles económicamente,— introducen capitales, a fin de dar también mayores facili-

dades (en nombre) para el adelanto de los pueblos, pero, en verdad, a explotarlos. Ayer era el Rey el jefe de las clases explotadoras él tenía en sus manos el Estado; hoy es el capitalismo, es la burguesía, que domina en nombre de la democracia, la dueña del Estado. Y ayer el Rey y hoy el capitalista mandan los embajadores que traen el maná en el anzuelo de la explotación.

En lo que fue Audiencia de Quito, como no hubiera minas para sacar oro fácilmente, ni plata, ni piedras preciosas, después de dejar por completo casi las que mentamos anteriormente, tienen las clases altas que explotar a los indios en cualquier otra forma. Y así se establecen grandes haciendas y, sobre todo, grandes y numerosos obrajes. Antes de la prohibición del libre comercio, en los dos primeros siglos de la Colonia, es nuestro siglo favorecido por una gran situación económica, aunque lo sea especialmente de los peninsulares y los criollos ricos (españoles y mestizos). Hay dos vías para enriquecerse: o extraen oro, plata, etc., o hacen comercio con los virreinos de Chile, Lima, Santa Fe. Los indios, esclavos de los obrajes, tejían telas apreciadísimas y que, como el comercio europeo era muy pequeño, tenían gran demanda. Con esto, los dueños de los obrajes gozaban de toda comodidad. Y se intensificaba dentro del territorio de la Presidencia el comercio de varias mercancías. Después, el comercio de tales tejidos vino muy a menos: el comercio lícito de España enviaba algunos productos similares y como había esa tendencia nobiliaria de que todo lo que venía de España era mejor y con las prohibiciones, ya no se podía siquiera hacer esos tejidos. Por otra parte había la competencia ya de las autoridades comerciantes, ya de piratas que introducían clandestinamente esclavos u objetos y los ofrecían a precios baratos, en cualquier Colonia. Terán, ob. cit., transcribe documentos que indican cómo «eran tan esperados los corsarios....como si fueran enviados por V. M». Y eran banqueteados y recibidos con grandes muestras de afecto, a lo que contribuía el odio a las autoridades coloniales. Sin embargo, como no siempre había productos

Baratos, traídos por piratas, tenían prestigio los productos españoles, como puede verse en el siguiente adagio: «Marrido, vino y breña, de España».

Como el comercio libre y la industria llegaron a disminuir, después de los dos siglos que hemos indicado, las potencialidades económicas de las clases poseedoras de riqueza, en nuestro territorio, también disminuyeron. Y la culpa de todo eso tenían las autoridades españolas que, temiendo cualquier intento separatista, querían tener siempre escondido, separado del resto del mundo a este puñado de riqueza que para la Corona significaba Indoamérica. Y no faltaban paniaguados al lado de las autoridades, esbirros indoamericanos que se desesperaban por que siguiese eternamente el orden de cosas que existía. Tanto disminuyó la riqueza, la actividad industrial y comercial con la prohibición, que Velasco cita con pena, cómo sólo en el corregimiento de Nioabamba, de 20 obrajes que habían existido, «15 estaban cerrados y por cerrarse los 5 que restaban, por ser ya del todo inútiles y servir sólo para perder a sus dueños». En esta situación, lo único que quedaba a los ricos propietarios era la agricultura; y a los trabajadores, cambiar el presidio del obraje por el látigo del mayordomo de la hacienda, o cuando eran muy afortunados, llegar a ser artesanos que llevaban a una vida miserablemente libre.

Pero la situación económica colonial sigue agravándose. El aumento de población mestiza, a la que ni españoles ni criollos podían imponer al servicio de los indios, disminuyó una fuente de explotación, pero aumentó un factor numeroso que necesitaba comer y vivir, sobre todo, de los oficios, de las artes manuales, que los aristócratas no creían propios sino de cholos.

Las ideas revolucionarias, separatistas de España, no podían desaparecer, de una manera básica, del recuerdo de todos los pueblos. Así como un triunfo de la burguesía en Europa se debió a que la Reforma anatematizaba a los

malos hombres y malos sacerdotes que aplicaban antojadamente los principios cristianos, así debía también hacerse una lucha reformista en Indoamérica. Cuando el pueblo, empapado en el fetichismo católico, acostumbrado a creer en el poder divino del Rey, deja de respetar a las clases dominantes que explotan en su nombre, ahí surge la necesidad de una reforma herética. La herejía que sigue liberando a la humanidad, nace en un momento de ira del hombre, cuando, enloquecido por el hambre, siente una reacción psíquica que le hace no tener miedo de los fantasmas. Esto sucede en la Revolución de las Alcabalas: no se pierde el respeto al Rey, sino a las autoridades, a los aristócratas peninsulares. Hasta el criterio religioso de los sacerdotes criollos coadyuva para perder el miedo idólatra a las autoridades. En la revolución que hemos mentado, se desencadena una oposición religiosa entre clérigos españoles y criollos: Diego de Torres, Jesuita y Domingo de Reyes, dominicano, ambos españoles, condenan la Revolución y dicen que sus actores han cometido pecado mortal. A estos sacerdotes les importa el poderío monárquico. En cambio, Fr. Pedro Bedón, quiteño, bien prestigiado, dominicano, apoyado en Sto. Tomás de Aquino y en Orellana, afirma que es lícito matar al que se hace juez sin serlo y al ciudadano que se excede, que invade la esfera del derecho ajeno. Así hubieran podido matar a todos los españoles. Otra teoría del padre Bedón es la de que, contra el juez tirano, contra las autoridades que violan, que se exceden en sus atribuciones, es lícito hacer guerra defensiva. Y por tanto, matar, hacer guerra defensiva a los españoles, no era pecado mortal....

No sólo a través de la vida de la Colonia, sino aún en nuestros días, los individuos de las clases explotadoras, tras el parapeto de los clérigos, asustan a los fanáticos e ignorantes con la noticia de que los revolucionarios son impíos, que van a destruir la religión. Y los inocentes se creen y agachan la cerviz para seguir bajo el yugo.

Pero el sentimiento separatista de España, aunque fuer-

temente represionado, existe en algunos individuos, en espíritus cultivados que, desgraciadamente, no pueden confiarlos a nadie. Las asociaciones con fines profanos estaban realmente prohibidas, por los muchos requisitos que para formarlas se necesitaban. Y así se perdían ocasiones de acercamiento criollo que hubiera podido armonizar criterios y descubrir y expandir sentimientos revolucionarios.

La orden de Carlos III, favoreciendo, ordenando que se funden sociedades económicas para que estudien la situación y hagan las sugerencias que creyeran convenientes al Rey, brinda la ocasión esperada. Esta decisión, desde luego, la ha tomado el Rey, por iniciativa de los mismos criollos. Pero del estudio de la situación económica y de sus remedios posibles, se saca como consecuencia que es indispensable independizarse de España para mejorar, porque, en el caso de seguir en la sumisión, siguen las pésimas condiciones para el comercio, las industrias, y toda fuente de riqueza. Desde luego sólo pueden entender esto los hombres ilustrados. El mestizo, pobre e ignorante y el indio, no pueden entenderlo, menos, darse cuenta de que tienen derecho a ser considerados iguales y a ser libres. Aquí tiene ocasión de destacarse Espejo, que viene pensando desde mucho antes en la revolución.

El criollismo de estos tiempos, descendiente del formado por españoles al principio, es un mestizaje noble y rico que alardea de sangre azul.

Dicen algunos historiógrafos que no son causas de la Independencia de Indoamérica la rebelión de Pizarro y la Revolución de las Alcabalas; otros, en cambio, sostienen que sí. Algunos afirman que sólo son causas de la independencia los levantamientos conscientes desde Espejo en Quito, Gual y España en Venezuela, Nariño, etc. en Colombia. La verdad es que la independencia tiene un mismo sentido a través de toda la Colonia: España contra la clase dominante en Indoamérica. Esta es la fórmula general. La independencia se realiza cuando se soluciona la oposición de estos contrarios con el triunfo de la clase crio-

lla. Luego, la «causa de la Independencia» es la necesidad económica de libre explotación de los ricos mestizos que no podían hacerlo en esa forma mientras existía el dominio español. La clase que ha podido hacer triunfar sus intereses, obtiene el triunfo en el siglo XIX, porque entonces ha contado con dinero, con ejércitos mercenarios y porque la Majestad Real se ha desprestigiado en Europa y ante un sector de mestizos apegados a los criollos y que han perdido el miedo al origen divino del fantasmón real.

El estudio de Espejo, a grandes rasgos, nos dará las características especiales del principio de la independencia. Veámosla:

Francisco Eugenio Santa Cruz y Espejo nace en Quito en 1747 y muere en 1795. Es hijo de un indio Luis Chushig y de una mestiza, Catalina Aldaz. Espejo, como perteneciente a la clase humilde, comprendiendo la necesidad de una emancipación y una implantación de un sistema nacionalista democrático, lo expuso con toda la franqueza posible y con todo el entusiasmo de quien se ha sentido pisoteado y ve cómo en nombre de justicia y religión se sostiene la ignorancia y se envilece al trabajador. Ya piensa que la separación de España debe hacerse por una acción conjunta de las colonias. Es posible que haya conocido las opiniones liberales avanzadas de su cuñado José Mejía Lequerica. Pero es cierto que para conseguir sus fines se dedicó a escribir y ridiculizar la enseñanza clerical y gestionar por la unión criolla, cosa que no pudieron hacer libremente los gamonales criollos que temían perder ciertas prerrogativas por una parte y, por otra, guardaban amistad y consideraciones a veces, por las autoridades españolas.

Hemos indicado que Carlos III obligó a la formación de juntas económicas coloniales. En Quito se formó una, en 1791, eminentemente aristócrata que se nominó «Sociedad de Amigos del País», como Espejo cuenta en el número I de «Primicias de la Cultura de Quito»; el periód-

co es de 5 de enero de 1792, y dice: «El día 30 de noviembre del año próximo pasado se hizo la apertura de la Sociedad Patriótica de Amigos del País de Quito. Concurrieron los señores Ministros de esta Real Audiencia en calidad de socios de número; el Ilmo. Sr. Dr. Joaquín Estanislao de Andino, Regente del Tribunal y Delegado; la nobleza de uno y otro sexo y el pueblo con todo espíritu de patriotismo y esperanza de su resurrección....»

Espejo ya había pensado en la formación de una sociedad que se llamase «Escuela de la Concordia», porque quería ver unificados los espíritus de las Colonias y deseaba dirigir un discurso sobre esto, a Quito. En el número 5 de la publicación citada, de 15 de marzo de 1792, con el título de Anécdotas concernientes a la historia, hablando en tercera persona, dice: «Ocurrió felizmente que aquel tiempo, esto es por noviembre de 1789, tuviere que tratar en Santa Fe sus negocios peculiares el Marqués de Selva Alegre. Este joven, *más ilustre por sus virtudes patrióticas que por el esplendor de su cuna*, honró desde su niñez con su amistad al expresado autor (Espejo) y desde luego, queriendo hacer meritoria su peregrinación, le estimuló a escribir y le determinó a dar a luz el referido discurso, ofreciendo poner todos los medios necesarios para obtener la licencia de su impresión y costearla con liberalidad». En el mismo artículo que venimos citando, y como prueba de que el imperativo económico impelía a la actuación revolucionaria, copiamos las siguientes palabras referentes al Marqués de Selva Alegre y a Espejo: «Miraban los dos socios la constitución económica de Quito al borde de su ruina».

El discurso de Espejo no sólo es el pensamiento individual de un hombre descollante del rebaño: es un conjunto de ideas latentes en todos los espíritus, en especial criollos, que existían señalando los mismos defectos y trazando, con la Independencia, el único medio de combatirlos. Copiamos algunos párrafos, que nos hablan del estado económico de la Colonia: «Véis, señores, aquellos infelices

artesanos, que agobiados con el peso de la miseria, se congregan todas las tardes en las cuatro esquinas a vender los efectos de su industria y su labor? Pues allí el pintor y el farolero, el herrero y el sombrerero, el franjero y el escultor, el latonero y el zapatero, el omnicio y universal artista presentan a vuestros ojos preciosidades que la frecuencia de verlas nos induce a la injusticia de no admirarlas. Lejos del aparato, en su línea magnífico, de un taller bien equipado, de una oficina bien provista, de un obrador ostentoso, que mantienen el flamenco, el francés y el italiano, el quiteño, en el ángulo estrecho y casi negado a la luz de una mala tienda, perfecciona sus obras en silencio.... Este, éste es el quiteño, nacido en la oscuridad, educado en la desdicha y destinado a vivir de su trabajo. Qué será el quiteño de nacimiento, de comodidad, de educación, de costumbres y de letras?.... Para decir verdad, señores, nosotros estamos destituidos de educación; nos faltan los medios de prosperar.... hablemos en el lenguaje de la escritura: vivimos en la más grosera ignorancia y la miseria más deplorable....» «En los años 36, 37 y 40 de este siglo, os hallábais opulentos. Vuestras fábricas de Riobamba, Latacunga y las interiores de Quito os acarrearón desde Lima el oro o la plata.... Pero el conducto va a cegarse; el quilo o sangre que alimenta a los pueblos ya se estanca. Falta la plata! ¡Qué enorme diferencia de tiempos! Pero qué pensáis, señores, que el último despecho, el caimiento y la debilidad de entregarse a la muerte será el medio de no sentirla, o que sólo este medio os obliga a escoger la necesidad calamitosa de vuestra suerte? No, señores, esta necesidad ha sido en otros siglos, en otras regiones, en otros climas y pueblos, ya cultos, ya bárbaros, el instante en que, por una feliz revolución, ha hecho crisis la máquina y ha obtenido gloriosa victoria sobre el mal que la oprimía. Contemplaos, señores, en este caso en que la necesidad os debe volver inevitablemente industriosos....» «¡Oh Jijón, oh generoso y humanísimo Jijón! Dejas París, abandonas a Madrid, olvidas a Europa toda y todo el globo, para que de todo esto provenga la felicidad de Quito.... Eres un héroe, y para serlo, te basta ser quiteño». «Las

manufacturas llevadas hasta su mayor delicadeza; fomentando el algodón hasta sus últimas operaciones; refinada, en fin la industria hasta el último ápice; ved, aquí, señores, los fondos para mantener un mundo entero, y para que este mundo, con recíproca reacción, reanime la universal de los trabajos públicos. Ved aquí los pensamientos más benéficos a la humanidad; los proyectos más útiles, más sencillos, más adaptables a la constitución política de Quito; las ideas profundas del gran Jijón, la práctica feliz a que volará una nación espírituosa y sensible como la quiteña».

No hace falta recordar que, en este discurso, quiteño equivale a decir ecuatoriano y Quito es lo mismo que si dijéramos ahora Ecuador.

De la lectura del discurso, que como ya he dicho, revela el pensamiento de gestores de la independencia, (prueba la acogida que le dió el Marqués de Selva Alegre), se desprenden las siguientes consideraciones:

Los intereses económicos indujeron a mirar y criticar la situación colonial a los indoamericanos aristócratas o aristocratizantes y a resolver que era necesaria consecuencia de la falta de libertad del pueblo y, por tanto, era necesaria la independencia.

Los motivos de regeneración social que se alegan y buscan, son referentes, cuando más, hasta las clases medias. El artesanado, formado por el mestizaje, es a quien más se dirigen los pensamientos, las mejores palabras de los libertadores.

El esclavo y el indio no entran en los sinceros propósitos de liberación. José J. Olmedo, destacado revolucionario de la Independencia, sostuvo en España que debían abolirse las mitas, cosa que sucedió en 1818. Pero, sin embargo, nunca se pensó en reparto de tierras, en mejorar la situación económica del indio dándole ocasión de trabajar y mantenerse independiente. Supervivían las dife-

rencias de castas. Ni los indoamericanos aristócratas querían perder el prestigio de su nobleza, porque conservaban la superioridad de su ilustración y su riqueza, ni se daban ocasiones para que mejorara decisivamente el pueblo bajo. Había, más bien, el culto a la aristocracia indoamericana. El mestizaje, inclusive Espejo, rendían grande honor (por ejemplo a Jijón) a los ricos que, con algún adelanto industrial, o comercial, cuya explotación se hacía de acuerdo con las autoridades españolas, se captaban la simpatía del mestizaje plebeyo, ya por sus capitales, ya por algún esporádico gesto de generosidad con los infelices.

Nunca se plantearon postulados de igualdad ni relatividad económica: quedan en libertad los dueños del capital para ensañarse en las miserias del trabajador.

El mestizaje es el decidido apoyador del gamonalismo patriota que siente la necesidad de la independencia, mientras el indio está ignorante del movimiento, sigue viviendo en un mundo aparte, mira el mundo a través de su condición servil: el blanco es el amo y el indio, el siervo.

Espejo atacó siempre que pudo a los españoles que dominaban y a los clérigos ignorantes, en especial a quienes eran más aferrados en su amor a la sujeción de España. En *El Retrato de Golilla*, por ejemplo, ridiculiza a un alto empleado español; en el *Nuevo Luciano de Quito*, patentizó la ignorancia clerical y el gerundianismo oratorio; y, en *Ciencia Blancardiana*, sostuvo sus ideas, vengándose de la crítica del padre Arauz. Estas obras, aceptadas con todo aprecio por los indoamericanos amantes de la Independencia, contribuyeron a la satisfacción de una necesidad revolucionaria: quitar el prestigio de los sacerdotes que, mientras más ignorantes, más fanáticos y meticulosos eran, más anatematizaban las ideas de libertad. Perdido el prestigio de sus palabras equivocadas, eran menos creídas por los fanáticos y se eliminaba el miedo de irse contra los moldes antiguos.

Como prueba de que el gamonalismo criollo partici-

paba de las ideas de Espejo, transcribiremos una cita de Destruge, tomadas del informe del Presidente de la Real Audiencia de Quito, sobre los enjuiciamientos a Espejo: «No sólo en la cabeza de Espejo hervían las ideas liberales, sino también en la de muchos literatos y personas de grande influencia en la ciudad, así como también en la sociedad», por cuya razón remitía al Dr. Espejo «sin formarle causa,* por temor de que resultaren complicados los sujetos más distinguidos y principales...» González Suárez, en su estudio biográfico sobre Espejo, indica como datos recogidos en el Real Archivo de Sevilla, que «de los planes de Espejo eran poseedores el Marqués de Selva Alegre, Don Juan de Dios Morales y Juan de Salinas».

Todos conocen cómo las ideas revolucionarias no sólo germinaban en Quito, sino también en otras ciudades, en el elemento gamonal de ellas. Y tenían sus relaciones amistosas perfectamente buenas. Ahí está el ejemplo del Dr. Juan de Dios Morales quien, huyendo de Nieto Polo, después del 10 de Agosto de 1809, se refugió en la hacienda Naranjito de Vicente Rocafuerte, con quien conversaba largo sobre los proyectos de independencia. A su vez, Morales había sido defensor del clérigo Espejo, hermano de Javier, cuando le enjuiciaron por haber descubierto los planes revolucionarios a una concubina suya, hermana de otro cura. En suma, la Independencia es empresa del gamonalismo criollo que es el director y a veces mártir en la lucha.

Las guerras libertarias.—Las guerras de la Independencia son la mejor empresa de esos tiempos para los mestizos, cuando llegan a comprender que la guerra sirve para elevarse económica y —como consecuencia— socialmente. Pero tanto es de élite la idea de independencia, que los primeros ejércitos libertadores son extranjeros, dados por naciones enemigas de España o formados por aventureros listos a ganarse la vida aunque sea con la muerte....

Así como España apoya el reconocimiento de la Inde-

pendencia de Estados Unidos, en el mismo año que nació Bolívar, así Inglaterra da ejércitos y dinero para la independencia de las colonias indoamericanas. El ejército no podía formarse originariamente en Indoamérica. Miranda trajo ejército sajón cuando desembarcó en Coro y encontró la frialdad más absoluta en esa ciudad. Y así le sucedió antes, en las costas de Ocumare, cuando perdió las únicas dos goletas que llevaba. Bolívar sufre lo mismo que Miranda y tiene que esperar auxilios de extranjeros y regresar a pedir apoyo, especialmente inglés, cuando la incompreensión de sus compatriotas no secundan sus proyectos.

El sentido gamonalista de la Independencia de Indoamérica, no lo tiene en gran parte Méjico que, a causa de esto, se encuentra con mayores adelantos sociales que nosotros. Me refiero a las naciones Bolivarianas.

Ramos Pedrueza, al hacer un parangón entre Bolívar y Morelos, manifiesta, con razón, como divide a estos libertadores la posición social, cosa que tendrá para el futuro grandes repercusiones. Dice así: «Bolívar fue culto aristócrata, gran derrochador de oro, fuertemente individualista. Bolívar, San Martín y sus tenientes colaboradores Sucre, O' Higgins, jamás tocaron la propiedad privada. Su ideal fue una liberación exclusivamente política. Morelos, hijo de un carpintero, tratando en sus correrías arrieras con peones y artesanos, en campos y mesones, tuvo una idea profunda y luminosa del dolor de los de abajo, de los oprimidos....»

Estos caracteres, anotados en los más grandes hombres de nuestra independencia, informarán todas las conquistas de la revolución. La liberación de los esclavos es decretada sólo para formar ejércitos. Y los mayordomos de las haciendas, seguidos de sus peones, van a la guerra detrás del amo. Y también van muchísimos desocupados, valientes vagabundos que, si no eran aceptados en las filas libertadoras, iban a formar las reales; individuos que, fuera de la guerra no podían tener otra profesión que la de ban-

doleros, éstos formaban una gran parte de los ejércitos libertadores y, llegando a ser generales, después de practicar el pillaje en momentos anárquicos de guerra, van a practicar el pillaje político en los momentos anárquicos de la paz que siguió a la independencia. Los mestizos, los negros que ofrecen sus brazos fuertes, sus corazones heroicos a los ejércitos que primero pasan por su camino, no entienden sino de matar al enemigo, de vencer para obtener el generalato, pero no saben por qué luchan ni los beneficios o los males colectivos que pueden traer con sus acciones. Las masas tampoco han tenido tiempo de comprender los beneficios de la democracia, para esperarlos. Sólo ven individuos de humilde origen, surgir, hacerse héroes e ir a mandar a sus compatriotas, quizá tan cruelmente como los españoles. Así se forma el tipo de una aristocracia de origen militar, dentro de los feudos que se quiso llamar repúblicas democráticas. Y así se fomentó el afán separatista: cada general quería ser presidente de una república independiente. Ojalá hubiera habido, según el deseo de ellos, cien repúblicas independientes para pagar con su mando al centenar de bravos generales de la guerra libertaria. De ahí las miserias que amargaron a Bolívar, de ahí las ambiciones de un Páez, de un Santander, de un Flores y mil más....

En suma, las guerras de la independencia, son empresas de mestizos ambiciosos y criollos nobles, soñadores alguno en la gloria y los otros en el poder.

CAPITULO VI

LA REPUBLICA

La erección en repúblicas de los países independizados, tiene que ser el resultado, mejor, la realización de los ideales alimentados por los revolucionarios. Y nuestros principios eran demasiado gamonalistas para que pudieran responder a los intereses de las clases mayoritarias. La Constitución de Quito, promulgada en 1818, sólo se refiere a la organización política y religiosa, pero nada contempla del problema económico, de la liberación de las clases oprimidas.

Qué diferencia entre nuestros ambiciosos generales, mestizos más o menos ignorantes, como nuestro Primer Presidente de la República, que eran eternos aspirantes a aristócratas, con el humilde Morelos mejicano! Este, en las instrucciones para las guerras de la independencia, sentaba en Méjico los siguientes principios: «Deben considerarse como enemigos de la Nación y adictos al partido de la tiranía, todos los ricos, nobles, empleados de primer orden, criollos y gachupines, porque todos éstos tienen autorizados sus vicios y pasiones en el sistema de legislación europea, cuyo plan se reduce en substancia a castigar severamente la pobreza y la tontera, que es decir la falta de talentos y dinero, únicos delitos que conocen los Magistrados y Jueces de esos corrompidos tribunales....» «Si-guese de dicho principio que las primeras diligencias que

sin temor de resultas deben practicar los generales o comandantes de divisiones en América, luego que ocupen alguna población, grande o pequeña, es informarse de la clase de ricos, nobles y empleados que haya en ella, para despojarlos en el momento de todo el dinero, bienes raíces, muebles que tengan, repartiendo la mitad de su producto entre los vecinos pobres de la misma población, para captarse la voluntad del mayor número, reservando la otra mitad para fondos de la caja militar».

Este es un criterio radicalmente revolucionario. Porque mientras se deje el poder colectivo en manos de nuestros mestizos gamonales, oradores o abogados de zapa, banqueros o agiotistas, nada tendremos de beneficio real. Aún hoy, en 1934, después de más de un siglo de pseudo república, estamos en condición de oír a Morelos....

La República, como resultado de los principios dejados en su formación, tiene dos tendencias marcadas: militarista o civilista.

Los héroes, por más que los historiógrafos románticos quieran aureolar sus nombres con todo el desinterés y abnegación, son los hombres que, sintiendo profundamente los dolores de las clases oprimidas a que pertenecen, van a la lucha portando el estandarte de la redención de todas ellas, pero, en caso de triunfo, sólo se deben a su clase. Podremos decir que en cada héroe en la lucha por la libertad de un pueblo, hay el deseo de combatir y triunfar, para entregar en manos de éste sus propios destinos? No En cada individuo hay un incentivo secreto de ir al triunfo para recibir algún pago. Este cambia de acuerdo con los convencimientos personales, de acuerdo con su cultura, con sus instintos.

No mentaremos a Bolívar que es perfectamente distinto de los demás libertadores, ni a ejemplos raros como el de Sucre. Para estudiar a los libertadores nos hemos de remitir al tipo mayoritario. Y así tenemos que dividir en dos clases a los actores de la Independencia.



a) La élite noble, criolla, ilustrada y rica, que había estudiado a los mentores intelectuales y las peripecias de la la Revolución Francesa, de la Independencia de Norteamérica y creía posible hacer repúblicas democráticas en Indamérica. Esta élite va desapareciendo durante la guerra. De los héroes de 1810, pocos quedan en la República y, si quedan, poca influencia tienen en ella. Ahí está el ejemplo del Dr. Antonio Ante, hombre honrado y capacitado, que no tuvo siquiera votos para Presidente de la República, en la Convención de Riobamba, que eligió a Flores. Si esta élite hubiera dirigido los destinos de las repúblicas independientes, tal vez, acentuamos el tal vez, por lo ilustrada que era, hubiera hecho algo más por la democracia, a pesar de que no hubiera salvado a las clases oprimidas.

b) Los militares que después de las guerras tomaron el mando, mestizos, zambos, mulatos, etc. sin preparación política, aptos sólo para combatir, que todo lo veían a través de un criterio marcial y que por todo querían hacer combates.

Sellada la Independencia del Ecuador con la batalla del Pichincha, en 1822, quedó anexado a la Gran Colombia, gracias al prestigio de Bolívar y de Sucre que incluyeron el Distrito del Sur, tomando como parte de él a «Guayaquil Independiente». Pero una cosa era «sueño de Bolívar» y otra, sueños de los libertadores.

Así como los conquistadores españoles formaron la primera aristocracia en la Colonia, como que cobraban los esfuerzos gastados, la sangre vertida, así los militares libertadores querían recibir el premio de sus heroicas hazañas. Pero, como hemos dicho, no tienen preparación política, ni entienden de organización democrática de un Estado. Surgidos de clases inferiores, se distinguen en las batallas por su incultivada inteligencia congénita, en la cual se destaca el talento guerrero. Han ido a la batalla por conseguir mejor posición económica y, al escalar los peñales militares, han perdido su conciencia de clase, eri-

giéndose en mandones. Y entonces el cuadro clasista inmediato a la Independencia queda así:

Primero, militares de varios tipos raciales, sin respaldo de clases civiles, sino de sus soldados, disputándose las presidencias o Jefaturas de Departamento, alimentando ideas divisionistas y aspirando a figurar en la nobleza.

Después, civiles, intelectuales en mayoría, aspirando a dirigir los negocios estatales, llenos de ira contra la soldadesca ignoranton, habituada solamente al vivac de los campos de Marte, y que comete toda clase de abusos, prevalida de su condición guerrera. Estos civiles también son de la aristocracia.

Por último, abajo, el cholo de la ciudad, el campesino ignorante, el indio paria, el negro esclavo, sin comprender en lo más mínimo lo que significa independencia, creyéndola más bien un mal, porque en lugar de la paz bucólica, había venido la guerra, un fantasma que llevaba a sus hijos a la matanza, que les quitaba cualquier rato lo que tenían, que no les dejaban siquiera transitar libremente, y que les obligaban a ingentes sacrificios económicos para el sostenimiento de los ejércitos. Ahí está el ejemplo del levantamiento de Agualongo, que sólo era una protesta contra los abusos de los libertadores.

Sucre no tuvo tiempo de actuar en lo que hoy es el Ecuador, como mandatario. Sin embargo, en el poco tiempo que estuvo por estas tierras, como Jefe del Distrito del Sur, había pensado que era necesario ilustrar al pueblo y sugirió la idea de crear escuelas y pidió una imprenta al exterior. Pero Sucre murió y vino Juan José Flores, el mestizo huérfano de Puerto Cabello que sirvió a los españoles primero y a los patriotas después. Flores también emprendió el negocio de la guerra y le fue bien. Distinguido como soldado y como hombre de tino en las campañas libertadoras y, sobre todo, en la pacificación de Pasto, recibió como premio el mando del Departamento del

Sur de la Gran Colombia. Pero esto no convenía a sus ambiciones y se hizo «fundador» de la República, cuando estuvo convencido de que sería su Presidente, después de arreglar sus electores y el principio jurídico que constaría en la constitución haciéndole capaz para el cargo.

La separación del Ecuador de la Gran Colombia es fruto del egoísmo civilista que pensó quitarse con esto la dominación centralizada y militar. El hecho es claro: creyeron muchos civiles que apoyaron a Flores poder mandar libremente y satisfacer los intereses de su clase cuando ya no tuviera jurisdicción la autoridad centralizada de Colombia. Pero en el Ecuador estaba Flores, que si no conocía los principios de derecho, que tenía que pagar profesor de escuela primaria para aprender a leer, en cambio poseía suficiente perspicacia y ambición y apoyó la tendencia separatista para que le dieran sacadas las castañas del fuego ... Y Flores tenía a Otamendi y una numerosa soldadesca amante de los combates.

La separación del Ecuador de Colombia es fruto del deseo de quitarse de encima la centralización del mando de Colombia y dedicarse a una vida pacífica en lo posible. Esto piensan los civiles. Y cuando triunfan, no es el fruto decisivo de una lucha de clases definidas en campos distintos. Es el principio de un defecto eterno del Ecuador: la élite inconforme con el estado de cosas busca el apoyo del ejército para la realización de sus designios pero no robustece el triunfo con verdaderos fines clasistas. Flores fomenta el movimiento, apoya y se adueña del triunfo. Ya no manda Colombia: mandan militares extranjeros, nacionalizados, que tienen ambiciones eternas.

Ha cambiado en algo la situación ecuatoriana? Económicamente se ha ido de mal en peor. La República ha quedado con la herencia de una gran deuda a la casa Goldschmith, los bonos de Herring, Graham Powels y la deuda a Méjico. Las clases inferiores siguen con amos. Ya no hay condes ni duques ni marqueses, pero hay ciudadanos nobles y ricos que dejan las haciendas en manos de ignorantes y crueles mayordomos mientras van a pasear

su pereza por Europa o van a las ciudades principales nacionales a dirigir eso que entre nosotros se llama política. Con esto tienen dos entradas: el sueldo y los frutos agrícolas. Porque la economía ecuatoriana descansa sobre bases eminentemente agrícolas y, porque la base es así, tenemos el carácter marcadamente feudal de nuestra llamada democracia. Se nos dirá que hay posibilidades mineras, industriales, etc., pero lo que predomina, por la aplicación de la actividad humana, es la riqueza agrícola. Los indios, los montuvios, fuera ya de las encomiendas particulares coloniales, quedan en manos de los curas que, coadyuvando con las «familias distinguidas», hacen presa de ellos en forma igual a la anterior.

Los caracteres predominantes en el régimen militarista inmediato a la independencia son: falta de conocimientos para establecer una democracia, cosa que está en contra del espíritu del soldado que, como dice Freud, forma una colectividad cuyo lazo de unión es el jefe. Anarquía en la política, ya que no hay una fuerte dirección ideológica. Explotación inicua de las clases humildes, porque tampoco perseguían su liberación los ejércitos de la independencia. Si estudiamos la presidencia de Flores, con Otamendi a su lado, y la moneda falsa, y las inversiones ilegales de los fondos públicos, y las persecuciones a la juventud que se alzaba contra él, y el aumento de contribuciones y el ningún adelanto de las clases inferiores, encontramos las fallas anotadas, debido a los caracteres del militarismo. Sin embargo de que, como dice Reyes, «en este país, por entonces, la soldadesca extranjera sólo se asesinaba mutuamente», no dejaba de imperar porque era difícil que los no agueridos e inermes civiles se fueran contra los agueridos leones de las luchas por la emancipación.

Ahora, tratemos de ver la vida de la República, hasta nuestros días, fuera de ese concepto personalista, heroico, refiriéndonos a los hombres sólo en cuanto nos sea imprescindible, pero dirigiendo nuestra atención especialmente a los movimientos colectivos, clasistas, porque sólo así se puede tener una opinión certera sobre la realidad social.

CAPITULO VII

LA LUCHA DE CLASES Y LOS PARTIDOS POLITICOS

El Nacionalismo o Civilismo.—Mientras Flores, por los desaciertos de él y de las clases que con él mandaban, empezaba a desprestigiarse en la Presidencia, se levantaba fuertemente el civilismo, formado por jóvenes de buena familia, inteligentes, ilustrados, que escarnecían el régimen. Les obligó a tomar esta decisión la furia ante el mando de un extranjero ignorante que, prevalido de su altura militar, cometía toda clase de abusos y dejaba cometer a sus soldados y colaboradores, sin orientar a la nación por los caminos del mejoramiento económico ni espiritual. Los que formaban el estado mayor de la reacción contra la soldadesca eran especialmente jóvenes que, bajo la dirección de un sabio inglés Hall, crearon el partido nacionalista, con tendencias liberales. Don Pedro Moncayo, uno de los más adictos de Hall y vigoroso batallador de esa juventud que escribía «El Quiteño Libre» y era escarnecida y asesinada falazmente por los esbirros de Flores, dice: «El Partido Nacional nació en la ermita de un filósofo que la comunicó su espíritu, su inspiración y sus nobles y leales sentimientos». Este filósofo era Hall, que vivía retirado de Quito, en un lugar solitario y a quien fueron en comisión unos estudiantes de Derecho Público a pedir apoyo, consejos y dirección.

A la cabeza del movimiento nacionalista vino a ponerse Vicente Rocafuerte, aristócrata guayaquileño, descendiente de familia monarquista, hombre inteligente, decidido, de vasta ilustración, que, después de actuaciones brillantes en naciones extranjeras, vino a mirar la insultante opresión militarista y se convirtió en enemigo acérrimo de Flores. Pero caído en manos de éste, después de la traición del venezolano Mena, en la isla Puná, recibió de manos de Flores la vida y la presidencia de la República. La ascensión de Rocafuerte, cabeza del partido nacional que se organizó para librar al Ecuador de la dominación de extranjeros, no es un triunfo del partido, de la colectividad civilista ecuatoriana; es un triunfo de Flores, con un Congreso ad-hoc. Se satisfacen los caprichos de Rocafuerte, los impulsos de su temperamento dictatorial; se hacen algunas cosas que no era posible menos que hacerlas, en tratándose de un hombre tan preparado como Rocafuerte y que había estudiado las instituciones de países más adelantados, pero no se liberta a las clases oprimidas, ni siquiera ocupan éstas su preferente atención, sino las clases medias y alta. Entregado Rocafuerte en manos de Flores, es inmediatamente odiado por el partido nacionalista, y con razón. El odio creció con la matanza de Miñarica, en la que se sacrificaron «Chihuahuas» y civilistas, que ansiaban libertarse del maldito influjo del extranjero ambicioso.

A Rocafuerte, a pesar de su gran talento, de su honradez acrisolada, de su buena voluntad para servir a la Nación, por hacerla adelantar, le sucedió el fracaso que sucede a todo mandatario que no sube respaldado por una clase mayoritaria a cuyos intereses va a servir. Rocafuerte sin Flores, alejado de Flores y la soldadesca; Rocafuerte a la cabeza del partido civilista que, como dijimos era de élite social, hubiera hecho, sin embargo, algunos bienes a la sociedad, porque no se hubiera solidarizado ni con el militarismo, ni con la aristocracia rancia ni con la frailecía. Rocafuerte era, como todos los más avanzados hombres de su tiempo, religioso, pero no secuaz de la frailecía. No es muy creyente, pero tampoco antirreligioso. Hablando

de la enseñanza de la teología, opinó: «La teología no es una ciencia sino un fárrago de doctrinas extravagantes e incoherentes que fue combatido y ridiculizado por Lutero, el gran pensador del siglo XVI». Y en una proclama dirigida a los soldados, en Guayaquil, el 3 de julio de 1834, dice: «Somos al fin patriotas y cristianos; cedemos y cedemos a la voz de la religión y del Ecuador que nos convida a poner término a los estragos y horrores de una guerra fratricida». Don Pedro Moncayo opina admirablemente sobre Rocafuerte: «Pero de qué sirve la voluntad de un hombre sin el apoyo de los pueblos? Las altas jerarquías son instintivamente egoístas y no piensan más que en los medios de su conservación, dejando a la sociedad que marche al acaso y a la ventura. Hé aquí otra razón más para trabajar por la ilustración pública, porque de ese modo conseguiremos que el pueblo salga de su apatía y abatimiento. Esto tiene un remedio eficaz, aunque difícil de poner en planta: suprimir los conventos y dedicar sus rentas al fomento de la ilustración pública».

Yo interpreto así el sentir de Moncayo: El pueblo, como él llama, son las clases inferiores, las clases explotadas. Por eso, al no tener apoyo ni de estas clases ni de sus defensores, no podía Rocafuerte disfrutar de un gobierno tranquilo ni alejarse de él con el aplauso de sus conciudadanos, porque, aunque no pertenezcan ni crean como necesario el mejoramiento de los explotados, es ésa la mulletilla para atacar a los gobernantes. La ilustración del pueblo sólo puede tender a la formación de su conciencia de clase, no a formar de todos unos enciclopédicos. Esa «apatía y abatimiento» son la indolencia en que viven los explotados que no tienen conciencia de clase, porque, cuando la tienen, reclaman sus derechos y si no los dan, los toman. El remedio de Moncayo es suprimir los conventos porque ellos hacen servil al hombre y fuera de explotarle en ellos, ayudan a preparar su espíritu para que no se rebele contra la hegemonía de las clases explotadoras.

El Congreso que eligió a Rocafuerte dictó la Consti-

tución de la República, «en nombre de Dios, Criador y Supremo Legislador del Universo», refrendó la existencia del feudo católico de conciencias, lo cual se traduce en feudo de bienes terrenales, (en el art. 13) y ofrendó un decreto de «acción de gracias al benemérito General Juan José Flores, como fundador, conservador (?) y defensor de la República». Y después de haber matado una gran cantidad de ecuatorianos y extranjeros, pasa Rocafuerte a la historia, organizando la educación pública, especialmente la secundaria y superior, creando responsabilidad de los empleados públicos en la inversión de los fondos del Estado. La mano de Flores y sus secuaces había cumplido sus órdenes dictatoriales y había sido la mano homicida. Pero las clases bajas han quedado en su misma condición miserable. Suficiente es ver las fiestas religiosas (aguardientes y derechos de cura) que arrojan al indio, al mestizo, al montuvio, quizá, un paso más cada día en la cima de la ambición del hacendado, que con sus préstamos de frutos y dinero compra la vida de generaciones. Y se enriquecen más los piadosos curas y los piadosos católicos gamonales que, descendientes de Adán y Eva, hermanos de todos los hombres, aplastan la existencia de los cholos, de los montuvios, de los indios, de los negros, mientras oyen santamente las misas y se golpean el pecho y beben la sangre de los desheredados, subidos en la pirámide de su miseria, en el cráneo de las víctimas, brindando por el buen Dios que les hizo hijos preferidos.

Después de Rocafuerte vuelve Flores a la presidencia, a pesar de que lleva sobre sí el odio de las juventudes libres y sinceras. Pero no será para mucho. El partido nacional o civilista, ya que ambos sentidos tiene porque lucha contra el militarismo extranjero, se extiende en todo el país. Es un formidable movimiento dirigido por la juventud gamonalista de todo el Ecuador, apoyado por soldados nacionales independientes, y por otros elementos que no militan con el sector aristocrático y fraileesco que apoyaba a Flores. El movimiento del 6 de marzo de 1845, en que se derramó sobre todo la valiente sangre costeña en

los campos de «Elvira», hizo caer a Flores que, por más que intenta volver como enemigo, no puede; y como amigo regresa en los tiempos de García Moreno, pero ya no tiene una actuación orientadora. Con la muerte de Otamendi y otros servidores del expresidente, asoma la tranquilidad en el Ecuador. Y derrotado el militarismo extranjero, desaparece la razón de ser del partido nacionalista. Pero será origen del partido liberal, ya que la mayor parte de los que lo formaban tenían esas tendencias.

Habiéndose hecho cargo del gobierno a raíz de la revolución de marzo el triunvirato de Olmedo, Jimena y Roca, fue elegido por la Convención el señor Vicente Ramón Roca para Presidente de la República. Hasta aquí son los hechos.

Qué se iba a pensar, o se pensaba, entonces? Tenía grandes planes de reconstrucción nacional la revolución? Nada de esto. Sólo fue obra del gamonalismo independiente, por su odio a Flores, que llevaba las prebendas a los suyos. Pero, por lo menos no son los directores elementos gamonalistas retardatarios, monarquistas. Son amplios de criterio muchos de ellos, quieren un buen número que el hombre piense, se ilustre, se desarrolle libremente como personalidad. Lástima que no piense así toda la clase que se beneficiaba con el triunfo y sólo quiera ponerse en lugar de los amos anteriores. Porque el origen gamonalista de la revolución no nos contradirá nadie. Tomemos por ejemplo, si Moncayo merece alguna desconfianza por ser enemigo de Flores, a Pedro T. Aguilar que lo refuta: «Algunos de los que pertenecieron a la revolución del 12 de octubre de 1833, los hombres más eminentes e ilustrados, los de mejor posición social, todos de consuno formaban causa común con el pueblo para llevar a cabo la revolución más popular que jamás han visto los pueblos del Ecuador, desde que dejaron de ser colonia española». Con Roca ha llegado el Ecuador a una era de tranquilidad. Este señor gobierna con el gamonalismo; es honrado en el manejo de los fondos públicos. Pedro Mon-

cayo opina: «Roca organizó un partido personal, intolerante e intransigente. Pero guardó las formas republicanas y la lucha comenzó en el terreno legal y la oposición tenía todas las garantías apetecibles. La prensa era libre, algunas veces mordaz, acre, calumniosa. Pero el agraviado tenía derecho de confundir a sus enemigos». «Guerra por guerra, combate por combate, las condiciones eran iguales y nadie pensaba en revolucionar sino es uno que otro de los secuaces del ruin de Porto Cabello».

Es decir que, alejado el militarismo, se empezó a vivir alguna libertad en el Ecuador, hasta que otra clase no se impusiera y no volviera a hacer cosa idéntica. Así fue cómo no pudieron seguir el camino. Terminada la presidencia de Roca, no se sabe a quien elegir Presidente y queda el vicepresidente Ascázubi. Posteriormente, en elecciones libres, triunfa Noboa sobre Elizalde para ir al solio presidencial.

«Hasta entonces, dice don Pedro Moncayo, no se habían conocido partidos políticos en el Ecuador. No había más que extranjeros armados y nacionales desarmados, es decir opresores y oprimidos. Pero en Cuenca comenzarán a desarrollarse los elementos del liberalismo con todas las aspiraciones de los tiempos modernos y la lucha se empeñó entre obreros del porvenir y representantes del pasado, es decir, entre la luz y la oscuridad, entre la vida y la muerte».

Desde entonces se destacarán en la vida pública del Ecuador dos partidos que llegarán a luchar en los campos de batalla, disputándose la supremacía y tocándole triunfar al liberalismo. Dice Oscar Efrén Reyes en su historiografía (que es la única que se ha escrito sobre toda la vida republicana, fuera del ensayo individualista de Rumazo González) que los partidos políticos liberal y conservador, en el tiempo a que nos referimos sólo se diferenciaban por los principios de culto, como oír o no oír misa. Y de acuerdo con este criterio opina: «Con todo, el General Elizalde, según parece, no oía misa con gran frecuencia y el civil Don

Diego Noboa acostumbraba cumplir rigurosamente con los mandamientos de la Iglesia y de ahí se dedujo entonces que el uno era conservador y el otro liberal». Aquí acomoda algunas palabras de Moncayo sobre los partidos políticos y continúa: «Es decir no se habían conocido dos partidos políticos que reconociesen medios políticos mutuamente opuestos en el gobierno».

Nos vamos a ocupar de la opinión de Reyes porque su libro, según parece, ha sido recibido como una sarta de verdades por gran parte de nuestra ciudadanía. Y no hay tal. Pero no nos ocuparemos sino de la parte referente a partidos políticos. Aunque es oscura la expresión, por no decir que nada significa, pero se nota que el criterio de Reyes sobre partidos políticos, es que éstos son las organizaciones —partidos— que «reconocen medios políticos mutuamente opuestos en el gobierno». No dice fines doctrinarios, no dice que propugnan una nueva organización social, sino, simplemente, *medios políticos*. Bien puede ser que dos partidos doctrinarios opuestos usen unos medios políticos idénticos, por táctica política. Estos, para Reyes, ya no serían partidos políticos, porque no tienen medios políticos mutuamente opuestos en el gobierno. Pudiéramos decir que si el partido comunista y el partido liberal propugnan un medio político idéntico, cual la dictadura, serían iguales? O dejarían de ser partidos?

Después de la equivocación que anotamos, sigue equivocándose: «Se discute, pues, la devoción religiosa de los personajes como punto de partida para la especificación de los grupos ciudadanos. Este será un precedente funesto en el desarrollo y evolución de los partidos políticos en el Ecuador porque así el conflicto religioso viene a ser impuesto *a viva fuerza, sin que los precedentes históricos o sociales lo justifiquen de manera alguna*».

Yo creo que Reyes, si bien es un historiógrafo y nada más, a quien la falta de crítica ha colocado en un sitio que sin duda no merece, no mira las cosas a fondo y se

sugestiona por las fachadas y por ellas juzga todo. Ahí está el defecto de los conservadores. Y Reyes es un buen conservador, que cree sólo cuestión de culto, así como cree que el problema social de las clases inferiores se arregla con *caridades*...

«En el desenvolvimiento de los pueblos todo es causal, lógico; nada se introduce «a viva fuerza, sin que los precedentes históricos lo justifiquen» y no es mera cuestión de culto la que separa al liberalismo del conservadurismo de esos tiempos, menos, al de después. El liberalismo nace desde los tiempos de Flores, con los discípulos de Hall. Quizá hasta mucho después los liberales eran cristianos, deístas, por lo menos, pero querían que la nación no estuviese mandada por la soldadesca extranjera, que los gobernantes fueran sobrios, que no mandaran los curas con los aristócratas y que el Estado propendiera a la «ilustración» del pueblo, para que pudiera también desarrollarse libremente el pensamiento. El partido liberal nace del cerebro de esas juventudes imbuídas de principios racionalistas que van superponiéndose en su conciencia a las convicciones infiltradas en la niñez por la enseñanza de maestros católicos, curas en su mayor parte y de madres católicas que moldean su espíritu en la tierna edad.

Asoma la tendencia anticlerical porque los hombres nuevos odiaban a Flores, a Otamendi y sus secuaces, los mismos que estaban respaldados por la opinión y los favores de sectores aristocráticos y frailecos. Para que se vea la influencia clerical en el gobierno floreano, suficiente es recordar que en la sesión secreta del congreso de 1833, el 14 de setiembre, fueron los clérigos diputados Marcos y Peñafiel quienes propusieron la concesión de las facultades extraordinarias. Y otro fraile, Beltrán, apoyó decididamente, indicando que hay que darle las facultades suficientes para que ampute los miembros gangrenados del cuerpo de la patria. Claro que los frailes no eran el miembro gangrenado....Ahora, respecto de la influencia de nobleza católica, monarquista, véanse las siguientes palabras

de Don Juan León Mera, católico, conservador, en su libro «García Moreno»: Contribuyó al auge de Flores su matrimonio con una joven (doña Mercedes Jijón) emparentada con la aristocracia de Quito. Los Artetas y Calistos, a cuya noble sangre pertenecía, fueron realistas decididos y trabajaron contra la Independencia cuanto les fue posible; mas, después de la victoria del Pichincha, aceptaron el nuevo orden de cosas, sin duda no de corazón más por conveniencia y a poco *rodearon y sirvieron a Flores*, defensor de la causa por ellos atacada la víspera».

Cuando un pueblo toma actitud revolucionaria, hemos dicho anteriormente, se rebela contra todo lo que existió en tiempo de la injusticia, porque le causa odio toda esa superestructura social. Este estado de despecho, de furia contra todo lo que fue soporte del antiguo orden, es un estado psicológico de toda colectividad revolucionaria. Y esto es lo que pasa a la juventud antifloreanista. Miremos desde un poco antes la cuestión antirreligiosa, para ver que ya iba teniendo raigambres de convencimiento. En la guerra de la Independencia, los soldados han ido perdiendo el fetichismo católico, mientras el resto de la población ha permanecido más fiel, ya sean nobles o plebeyos. Esto se explica porque el hombre guerrero que no va a la guerra fanatizado por una religión, necesita quitarse de encima todos los medios posibles. Y quien quiere quitarse el miedo aunque sea sólo para salir a la oscuridad, tiene que empezar despojándose del inmenso y dañoso temor que infunde en los pechos la religión con su infierno y sus fantasmas y sus fuegos que impiden al hombre hasta satisfacer necesidades orgánicas. Cevallos, al referirse a los primeros tiempos de la república, dice: «Los hombres timoratos y de religiosa moralidad creían ver introducida la corrupción entre las familias y aún pensaban que la antigua Presidencia iba a infeccionarse de herejía, porque observaban que ni jefes ni soldados ni oficiales oían misa ni rezaban, cuando ellos, en lugar de arengas y proclamas, al principio de los combates se confortaban con rezos y oraciones; la patria, a su juicio, andaba a largos pasos, cami-

no del infierno». Con esto se prueban dos cosas: los revolucionarios de nuestra tierra van perdiendo la religiosidad y las aristocracias rancias, amigas de conservar el pretérito y no mejorarlo con el futuro, son eminentemente sostenedoras del formulismo ritual de la religión católica. Pero sólo del formulismo.

Ahora, si miramos a Flores, casado con una señora noble y católica, enrolada en la aristocracia monarquista; a Flores aspirando a ser considerado como noble, no es perfectamente lógico que contemporizara y se uniera con los clérigos y con esa aristocracia que conservaba el formulismo católico de que antes hablamos? No es perfectamente lógico que al levantarse un justo odio contra Flores por ser el Jefe de las clases opresoras, se levantara contra todo lo que le sostenía y contra quienes coadyuvaban a dejarle en libertad para que siguiese cometiendo exacciones? No había motivo, por tanto, de renegar primero de los clérigos y los nobles monarquistas que sostenían al tirano? Pues bien, por esto odiaron a los clérigos desde Rocafuerte que, con motivo de la decisión del Congreso de 1833 a que nos referimos antes, de dar las facultades extraordinarias, presentó una vibrante renuncia —de la que se asustarían muchos timoratos de nuestro tiempo— condenando acremente tal resolución. Y téngase en cuenta que Rocafuerte era cabeza del movimiento nacionalista.

Y ya ha quedado el precedente en la República: la nobleza monarquista, católica y la clerigalla apoyan al tirano del pueblo. Esto tiene siempre alerta a los espíritus independientes que recelan con razón de los hombres que tienen preferencia por estas clases, porque ellos aplastan la libertad de opinión, persiguen a quienes quieren que se levanten las clases oprimidas, que olviden sus fanatismos, los fetichismos, que son cadenas que les hacen andar en la miseria, depositando lo que producen en los bolsillos del patrón y del cura; recelan de los gobiernos aliados a estas clases porque todos los funcionarios, todas las autoridades son sus agentes.

Acabándose la razón de ser del nacionalismo, nace el liberalismo, porque yéndose Flores ha quedado la aristocracia clerical dominando en la República. Y no está caracterizado, como afirma Reyes, por ser menos católico que el conservadorismo. No. Tiene sus orientaciones definidas. Quiere libertad, igualdad, democracia. Y para esa realización pide ilustración para el pueblo, para que las clases bajas sean conscientes y tengan el espíritu lo suficientemente libre para desenvolver la personalidad. Quieren que deje de haber preeminencia legal y de hecho, de los clérigos, de los nobles y de los militares. Que haya educación laica, porque los curas sólo educan a los hijos de los nobles, de los ricos, hacen diferenciaciones de casta adulando a los pudientes y haciendo de los humildes siervos de éstos. Moncayo dice, refiriéndose a la Convención que se reunió a la caída de Flores y que eligió a Roca para Presidente: «Los liberales combatieron con denuedo el artículo sobre religión y la cláusula agregada por el padre Angulo, a ese artículo que rige hasta ahora en nuestra desgraciada patria; mas por la ambición e hipocresía de ciertos fanáticos que por la ignorancia del pueblo. Esos mismos liberales pidieron la libertad de cultos, la supresión de fueros militares y eclesiásticos. Los militares improvisados, esos soldados de la víspera, se parapetaron detrás de los clérigos para asegurar sus fueros». Ya puede fijarse Reyes que los *fueros*, que se traducen en beneficio económico, era lo que preocupaba a los liberales, a fin de ir a la igualdad. Y los conservadores sostenían la desigualdad, el predominio de curas y soldados, para que ellos, a su vez, les sostuvieran en la hegemonía. Y esta causa económica no es cuestión de oír misa o no, simplemente.

Después sucede lo que seguirá sucediendo casi sin cambio en nuestra tierra: en las clases medias hay un afán de superación, un destacamiento intelectual fuerte. Los individuos que así se destacaban tenían convicciones distintas de los de las altas clases: no eran llenos de preocupaciones religiosas que unen al pasado, que ligan a los tiempos pretéritos, sin dejar avanzar; poseían una gran audacia y

un desmedido afán de figuración, olvidándose, en momentos en que llegaban a alguna altura, de las clases humildes de donde surgieron y, por lo mismo, de su redención. La Colonia sigue pesando en la República, imponiéndose con su religión, su división de castas, con la costumbre de la holgazanería de los nobles y el privilegio de dar a sus allegados los cargos públicos.

Derrocado Noboa, sube a la primera magistratura el General José María Urbina, a quien llaman los de su tiempo «restaurador de los principios liberales». El General Urbina, individuo de la clase media, pobre, no tuvo para prepararse, ni ilustrarse, ni perfeccionarse. Se destacó en el campo militar, se hizo de gran confianza de Flores y, con inteligencia, pasó al campo político, en donde obtuvo un buen resultado. Como militar, no se preocupaban de su alcurnia: las clases egoístas, olvidaban el calificativo de la alcurnia en los curas y los militares distinguidos. Urbina había subido después de hacer caer a Ascázubi y Noboa. Y todo el mundo lo tenía como un salvador del liberalismo. Hizo algún cambio absoluto el urbinismo? Hizo caer alguna bastilla? Veamos.

Mientras no haya una verdadera lucha de clases, nada adelantan los pueblos. De nada sirven los principios y teorías si no hay una clase que los respalde. El régimen, los principios de organización social, sólo son reflejos de la clase que los sustenta, aunque ésta hable otra cosa. El feudalismo es sistema de la nobleza de sangre, que quiere conservar autoridad hasta por el valor fisiológico de la persona. Dios ha hecho a algunos para servir y a los nobles para mandar. El liberalismo burgués, es sistema de la burguesía que reclama libertad, igualdad política, para elevarse eternamente en el campo económico. El socialismo, único sistema científico, es de las clases explotadas, que conocen el dolor de la miseria, y no quiere que nadie lo sufra, que suprima el exceso de placer de un hombre para aliviar el dolor de muchos otros. El socialismo es sistema de explotados, de clases proletarizadas o proletarias.

Mal puede hacer liberalismo quien sube al poder y está sostenido por las altas clases feudales. Será cuando más un remedo. Mal puede hacer socialismo quien sube al gobierno y está sostenido en él por los burgueses. Será mentira.

Quienes mandaban al ejército no tenían la misma ideología que los anteriores: eran liberales. Urbina subió al poder sólo por la fuerza del ejército. No podía estar con las altas clases monarquistas, aristócratas católicas. No podía prescindir de cierto elemento civil que lo ayudó, elemento de élite. En fin, el gobierno de Urbina no podía sino tener estos caracteres: anticlericalismo, adulación a los militares que lo habían subido, y, por tanto, prebendas y concesiones a los civiles que le ayudaban a sostenerse. Por qué se dice, entonces, que Urbina hizo volver los principios liberales? Reyes dice, mofándose de esta afirmación: «La verdad es que nadie había adivinado siquiera la existencia de aquellos famosos «principios» de partido y, probablemente, nadie estaba en disposición de delinearlos, tampoco....» «La acusación, pues, de «restauración de principios liberales» por la caída de Noboa, resultaba arbitraria, palabarrera, inexacta....» «El tropicalismo había inventado su retórica. Y de la retórica no hubiera pasado, ciertamente, de no haber dado Urbina y sus tauras a la palabra liberal un sentido de antirreligiosidad en primer término».

Esto es opinar superficialmente. No era la oposición anticlerical cuestión de retórica, ni en los tiempos de Flores, ni en los de Urbina: era necesaria, como es hasta hoy. Ojalá hubiera predominado siempre el racionalismo en la oposición. Ni siquiera puede explicarse Reyes la causa de la caída del régimen de Noboa. Intentemos hacerlo:

La sombra de Flores, el tirano, el aliado de las clases noble y clerical, empezaba a proyectarse en el Ecuador. *Noboa había permitido la entrada de los jesuitas en el Ecuador; y éstos fueron expulsados de Colombia por inmiscuirse en la política*, queriendo devolver lo que iban perdiendo las clases aristócratas y clericales, queriendo hasta

hacer de nuevo monarquía en las repúblicas independientes, para repartirse el poder y por tanto la riqueza, entre cortesanos, militares y clérigos. No ha pasado esto en todo el mundo, para creer que fuese invento, chisme o calumnia contra Noboa? Además, en las páginas sobre la Colonia citamos una información de González Suárez, sobre lo ricos y negociantes que eran los jesuitas, para que se pudiera dudar de su sed de predominio político que se transforma en riqueza. Don Pedro Moncayo dice, hablando de las circunstancias en otras naciones vecinas: «Había entonces una fuerte oposición en el Perú y otros estados vecinos, con lo que se llamaba *peligro rojo*. Los monarquistas y los aristócratas, temiendo contagio en los pueblos de su dependencia, buscaron a Flores el traidor del 46, para encargarle de una cruzada contra la República y las instituciones democráticas».

No había razón para que los liberales recelaran de Noboa que había dejado entrar a los Jesuitas? Clérigos en la república, Flores que amenazaba venir a invadir el Ecuador, las clases nobles que veían estos movimientos con alegría, no daban justicia a un movimiento anticlerical, y antigamonalista, y antigobiernista, ya que el gobierno se estaba portando débil ante estas circunstancias? Por esto cayó Noboa, y con razón.

Y para comprobar más la verdad de nuestros asertos, vamos a copiar unas palabras de Juan León Mera, católico, que revelan lo metidos en política que eran los sacerdotes de ese tiempo: Refiriéndose a la Convención de Ambato, convocada por Rocafuerte, 30 días después de la batalla de Miñarica dice: «El Vicario Capitulante de Cuenca, exasperado porque según este decreto (decreto prohibitivo de Rocafuerte) los eclesiásticos con jurisdicción, los que componían los cabildos y los párrocos no podían ser electos para el Congreso, quiso desplegar una energía extemporánea y aún prohibió bajo excomunión mayor unos artículos de periódico que justificaban aquella medida atentatoria contra los derechos de los clérigos como ciudada-

nos. Hizo más todavía el vicario, pues fundó un semanario eclesiástico para defender esos derechos». Qué tales corderos de Cristo? Pugnando por ser *políticos!*

Ahora, que las clases aristócratas, terratenientes no gustan de las igualdades republicanas, de la mayor responsabilidad económica ante los intereses que necesita el Estado, nos afirma también Don Luis N. Dillon, en su libro «La Crisis Económico—financiera en el Ecuador». Dice: «Los latifundistas siempre conservadores.—El Libertador quiso poner algún orden en las finanzas fiscales y, al efecto, dictó varias disposiciones acertadas y entre ellas, una ley de impuestos más justa, más humana y más científica que los anticuados y bárbaros sistemas coloniales; pero (como ahora) se levantó grita tremenda por los hacendados, quienes afirmaban que los indios no querían trabajar más porque se les había suprimido el tributo y las mitas!! Y Bolívar hubo de restablecer el primero, a su vuelta del Perú, a ruego de los señores Valdivieso, Chiriboga, Miño, de Quito. Se ve, pues, que los grandes terratenientes, en toda época, han sido elemento conservador, elemento tradicionalista y opuesto a toda reforma tributaria». He aquí el Conservadorismo determinado por lo económico.

Para que se vea el criterio que había en ese tiempo, citaré las palabras de un liberal, Moncayo, ob. cit., referentes a la presidencia de Urbina: «Había un gran entusiasmo por ir a defender la soberanía e independencia nacional contra Flores y los aristócratas que le favorecían». Lo cual indica el sector conservador que apoyaba a Flores y contra el cual se rebelaba la nueva sociedad.

Urbina era hombre muy inteligente, aun cuando no tuviera preparación para el gobierno. No era un estadista. Subió apoyado por los soldados y un sector de opinión civil que veían en él al defensor de la integridad territorial amenazada, al salvador de los esclavos, al que no dejaría que los clérigos dominaran en el Ecuador, fomentando la división de castas y la explotación de los débiles.

Luego, por todo lo que hemos visto, no es cuestión

de culto el liberalismo, sino de combate a la solidaridad de la nobleza con la clerecía.

En cada país, *mutatis mutandi*, cada partido tiene sus características determinadas. Si vamos a querer que todos los partidos liberales del mundo sean idénticos hasta en sus detalles, no tendremos jamás partidos liberales. El partido liberal ecuatoriano estaba haciendo obra, doctrina, en un medio tan absolutamente reaccionario! No tratamos de justificar a Urbina. No fue modelo de gobernante, cometió injusticias, errores, favoreció demasiado, engrió a su clase: la militar etc. No tratamos de sostener que el partido liberal ha hecho el cielo, pero sí tratamos de justificar que el nacimiento y caracteres que tuvo estaban *plenamente determinados y justificados por los precedentes históricos del Ecuador*.

Los caracteres predominantes de los dos partidos, en su origen, pudiéramos determinar así:

Conservadorismo: El militarismo, el clero y la nobleza explotan a las clases inferiores; erigen su riqueza en nombre de la religión; son servidores de la Iglesia porque la Iglesia les da siervos y porque, cuando una ley humana puede condenar sus procedimientos, impedir el hacer aparecer como justa una injusticia, el clericalismo les presta un principio divino, acomodaticio, que satisface sus intereses y convence a los creyentes con el miedo del «más allá». Así haya un presidente conservador honrado, de buenas intenciones, no puede dirigir sus miradas a todos los lugares en donde las clases conservadoras dominantes están cometiendo injusticias. Ese gobierno está perdido por su solidaridad con los explotadores.

Liberalismo: Quiere garantías para el pensamiento y la conciencia libre. Quiere que terminen las prebendas de que gozan los militares, los clérigos y los ricos y nobles, porque sólo ellos gozan de riqueza mientras las otras clases opuestas o inferiores tienen hambre. Quiere que todo el pueblo tenga conciencia política y haga reconocer

sus derechos. Así piensa el liberalismo liquidar los problemas sociales de las clases oprimidas.

Ahora se pudiera preguntar por qué fue el liberalismo anticlerical y no antimilitarista y, por ejemplo, apoyó a Urbina que era un militar y anticlerical cuando lo lógico era que un partido que perseguía la liberación de opresiones de toda clase debía ser anticlerical y antimilitarista? La cuestión es fácil y corta: con soldados se puede sostener un gobierno revolucionario; con sacerdotes, no. Se busca a soldados para que sostengan la implantación de nuevas certezas de justicia.

Ahora cabe hacernos una pregunta: fué el liberalismo todo lo liberal que debía ser? A propósito de esto anota Reyes: «Es curioso anotar que ya libres de España, ya libres de Colombia y ya libres de los conservadores, todavía el ecuatoriano inteligente, honrado, ilustrado aunque pobre, ni podía ser elector siquiera». Es claro que al ser implantado por élites, no podía realizar la igualdad que necesitan los oprimidos. Pero no está en la igualdad de capacidad para el sufragio lo que necesita el hombre. Reyes, por ejemplo, no negará que la Revolución Francesa fue liberal, y sin embargo en sus primeras legislaciones refirió la capacidad de elegir y ser elegido a la capacidad económica. Lo mismo sucedió aquí y nada tiene de curioso. Meditando profundamente, no convenía en ese entonces, ni aún hoy, implantar la reforma de absoluta libertad de sufragio, antes de que haya conciencias libres para sufragar. Cómo va a ser útil al liberalismo o a cualquier partido de avanzada dar el voto a mujeres, a campesinos e indios, que sólo necesitan una señal del sacerdote para ir en manso y nutrido rebaño a votar aunque sea por el mismo diablo? Yo, socialista, les quitaría este rato el voto libre, para dárselo cuando tengan la conciencia libre. No se diga en ese tiempo. Cuántos individuos había *en ese tiempo*, «pobres, honrados e ilustrados» cuyo voto hubiera sido fruto de una decisión serena, de un espíritu capaz de conocer lo bueno o malo que hacía con el voto por una

persona? Un Espejo, como afirma Reyes, no habría podido votar. Pero, cuántos Espejos había? No está aquí la falta del liberalismo, sino en otras cosas, como ya veremos. Hay que convenir en que el motivo por que no se dió la libertad de sufragio absoluta era el convencimiento de que los individuos que poseían cierta cantidad de dinero podían votar con libertad de opinión, ya que, por tener dinero podían ser más preparados y no estar sujetos a nadie. No así los que nada poseían, porque éstos eran siervos de los señores aristócratas conservadores, dueños de la riqueza ecuatoriana, en comandita con las compañías clericales. Los siervos hubieran votado por los amos. El error del liberalismo estuvo en no destruir la influencia económica del conservadurismo, entonces ya no había el peligro político.

Posteriormente, a través de la historia, se nota que muchos conservadores sostienen postulados más liberales que los mismos liberales. Por ejemplo la constitución de 1861, dictada por la Convención que precedió a la Presidencia de García Moreno, en la que constaban principios verdaderamente liberales, es un caso. Luego no hay diferencia entre conservadores y liberales, sino talvez el rito? No. El liberalismo, más que principios constitucionales, porque éstos no deben ser sino la refrendación legal del estado económico que forma la superestructura, es el hecho económico de la elevación de los individuos que, sin tener todos los títulos ni pertenecer a la clase privilegiada, podían enriquecerse libremente. Es libertad de negociar, de trabajar y hacer fortuna, de ilustrarse, de elevarse a cualquier altura gubernamental o política, sin necesidad de títulos ni posición privilegiada de nacimiento. Qué importa que se pongan bonitos principios si dominan la aristocracia y el clero? Una de las formas de realizar el liberalismo sus fines es separando la Iglesia del Estado, haciéndolo un Estado laico, sin que impere la religión oficialmente. Y eso no hubieran permitido los más liberales conservadores, si vale la expresión.

Entre nosotros se adelantan las leyes, los principios.

Hay un desinterés legalista de los gobernantes y legisladores en cuanto a sentar principios generales. Pero ni aplican esos principios a casos concretos ni los reglamentan en tal forma que sea posible llevarlos a la práctica. Y esto es lo que sucede a los conservadores. Suprimen la pena de muerte, y García Moreno hace matar. Las libertades que ellos querían eran las que diéramos a un ciego ante un precipicio. Por ejemplo la absoluta libertad de sufragio. Libertad de hecho. Y tenemos que nadie hacía realizar la libertad de sufragio. Si los liberales tenían la «máquina electoral» y por la presión a soldados y empleados obtenían el triunfo, los conservadores usaban otra máquina: el espantajo del infierno, de la excomunión, más fuertes todavía que el hambre, la desocupación que podía poner como miedo el partido liberal. Así como liberalismo no es legislación sino hecho económico, así liberal no es el que predica sino quien permite o quien realiza el surgimiento libre del hombre, sin medida, el que combate a la nobleza de sangre, a los fueros de toda clase, el que cree en la libertad, en la igualdad, en la democracia políticas, no económicas. Eso, *no más*, es liberalismo. Citemos las palabras que Pío Jaramillo Alvarado trae en su libro «La Asamblea Liberal y sus aspectos políticos», que pertenecen al señor Restrepo: «Tan antigua como el hombre es la lucha entre la herencia y la adaptación, lucha que se verifica al mismo tiempo en el campo de la biología y de la antropología. Trasplantado por ley forzosa al terreno político, ella ha creado el espíritu conservador y el espíritu liberal.... porque casi siempre el espíritu conservador se aferra a la tradición sin criticismo y sin piedad, se niega a hacer concesiones y con la herencia forma una valla que, al romperse, devasta.»

De todo lo que hemos visto, pueden desprenderse las siguientes consecuencias:

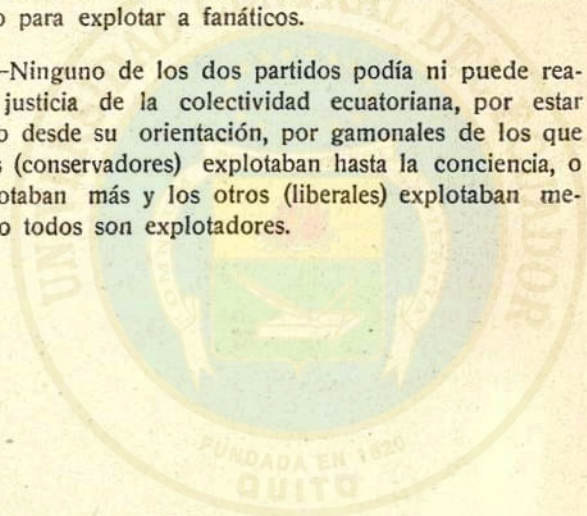
1a.—La base de la oposición de los partidos liberal y conservador es económica (no cuestión de culto) porque los liberales quieren destruir las prebendas de que gozan

los conservadores y las clases que los sostienen.

2ª.—Estaba impelido el liberalismo a ser anticlerical, no digo por la doctrina racionalista que debió imperar, sino, especialmente, por causas económicas, ampliamente justificadas en la historia, por ser la clerecía el mejor sustentáculo de la aristocracia.

3ª.—A pesar de ser el liberalismo nuestro anticlerical, no pudo ser ateo ni antirreligioso: tenía que ser cristiano, por el medio en que crecían sus hombres. Otra cosa será que no creían en los vericuetos filosóficos, en las picardías del clero para explotar a fanáticos.

4ª.—Ninguno de los dos partidos podía ni puede realizar la justicia de la colectividad ecuatoriana, por estar integrado desde su orientación, por gamonales de los que los unos (conservadores) explotaban hasta la conciencia, o sea explotaban más y los otros (liberales) explotaban menos, pero todos son explotadores.



CAPITULO VIII

CONSERVADORISMO Y LIBERALISMO

El conservadorismo refugia su prestigio mayor en García Moreno. Es un tirano de marca mayor. Quiere hacer el bien a palos y a tiros, entregando la nación en manos del catolicismo. García Moreno es un orgulloso católico, descendiente de familia monarquista que quedó en la pobreza por no permitir que se independizara el Ecuador. Se crió en ese ambiente de hogar. Castiga a muchos clérigos pícaros, no a todos los pícaros, porque entonces sólo hubieran quedado libres dos o tres. Pero cree que la nación debe estar en manos de los portadores de la religión, que ellos deben moldear los espíritus ecuatorianos. Posiblemente no entiende que la escuela en manos de clérigos está creando amos y siervos, está resaltando la división de castas, fuera de inculcar vicios secretos que asoman para los adolescentes como cielo en medio del infierno de los claustros clericales, donde todo hombre anda con la cabeza baja, escondiendo sus sentimientos, paladeando la hipocresía y hasta invierte su sexo ya para satisfacer sus impulsos libidinosos, ya para complacer el cariño de algún clérigo profesor que le prueba ese sentimiento con un coito pederasta y unas estampitas de santos y medallas....

García Moreno no es, sin embargo, como se quiere

hacer aparecer, el conservadorismo, ni su jefe, durante su gobierno. Católico como todos los conservadores, no es fetichista como ellos, no hace alianza con los clérigos para explotar y mantener la servidumbre de los infelices, como hacen los conservadores. García Moreno es él, un monarca en la República. Nadie se alza contra él si quiere conservar la vida y la tranquilidad. Las obras iniciadas en el Ecuador no son fruto de la bondad del conservadorismo: son obras del talento de García Moreno que está por sobre curas y conservadores y que explota el sentimiento religioso de un pueblo católico, fanático para hacer de él un plinto donde elevar su capricho. Lo pésimo está en que, pasado García Moreno del poder, queda éste en manos de los conservadores. Nadie puede vencerlos en el campo que han adquirido. Pasan Borrero, el monaguillo Caamaño, el improvisado Veintimilla, Antonio Flores Jijón y Luis Cordero, dando al conservadorismo el carácter de progresista. Pero el liberalismo, que ha visto pasar por el gobierno, sin tener actuaciones destacadas, a los últimos individuos, se levanta con Eloy Alfaro a la cabeza. El conservadorismo pierde la hegemonía política desde el combate de Gatazo. Y termina su carrera.

Ahora, veamos, examinemos al liberalismo que tiene más de que respondernos y está más cerca.

✧ Dos períodos ha tenido el liberalismo en el Ecuador: a) el de ataque a las fuerzas clericales-conservadoras, para cimentarse en el poder; y b) tiranía económica de la bancocracia, rota un momento con un intento inútil para derrocarla, siendo esta medida un paliativo para que las clases explotadoras ya formadas, sigan haciéndolo en otra forma. Expliquemos:

En la juventud ecuatoriana que se dedicaba a estudiar los problemas políticos y sociales de su pueblo, apareció claro el convencimiento de lo dañoso que era para el porvenir el dominio clerical político. La profesión religiosa, de paz, amor y caridad, estaba desprestigiada por los nu-

merosos clérigos que hacían un pingüe negociado con el sacerdocio. Como éstos eran el brazo derecho de las otras clases dominantes, fueron atacados fuertemente por los liberales y a raíz del triunfo de las fuerzas liberales, que se levantaron con sus ideales y sus tiendas de campaña el 5 de junio de 1895 en Guayaquil, se confiscaron grandes bienes de compañías clericales, para dedicarlos a fines de beneficencia del pueblo. Separado del clero, el conservadorismo quedó como su buen amigo, y con la riqueza que había obtenido en sus años de poderío. Su dominación consistía en la propiedad de latifundios y una que otra industria.

Para el liberalismo surgieron problemas que jamás pudo resolverlos: la explotación latifundista con los campesinos, montuvios e indios, la bancocracia y el problema de las clases medias que se ha unificado especialmente a la burocracia, como problemas internos; como proveniente de fuera, el imperialismo.

Dentro de las libertades proclamadas por el liberalismo, los conservadores nada perdieron sino la hegemonía política. El conservadorismo podía seguir viviendo tranquilamente. Honradamente, si esto pudiera llamarse al no robar en el gobierno, en el presupuesto. Pero el indio, el mestizo y el montuvio labriegos, con el cura de la parroquia que iba a dar misas en la «hacienda del latifundista, no pueden desligarse del fetichismo católico y, por tanto de estar sujetos a las fuerzas conservadoras. El maestro de la escuela rural, de una capacidad muchísimas veces nula, nada hace por libertar el espíritu del campesino que, aunque aprende a leer en la escuela, vuelve a ser analfabeto cuando sale de ella y vive tranquilo en medio de su miseria, sosteniéndose con un bodrio. En tanto, el cura se adueña del campesino, fascinándole en el sermón, en el «catecismo» y el hacendado le hace esclavo con las mieses que le vende, con el dinero que le presta, con el terreno que le ofrece en partido, cuando no puede tenerlo como sirviente perpetuo.

El liberalismo legisla....Separa la Iglesia del Estado,

estatuye el matrimonio civil, deja abolido el concertaje hasta suprime la prisión por deudas y hoy, por costas. Y sin embargo todo sigue casi lo mismo. Hay la misma hambre en las clases inferiores, en el campo.

En la ciudad el panorama ha sido distinto. El liberalismo ha hecho élite. Ha cobrado el precio de su triunfo, como hicieron los conquistadores en la Colonia, como hicieron los libertadores en la Independencia: el mismo fenómeno con distintos actores. Mientras hay algún clamor, imprecaciones, admoniciones de unos pocos liberales puritanos, los otros, los más, criados en un ambiente semifeudal, procuran conservar o adquirir la calidad de «mejores» de nobles en la sociedad y explotan en los latifundios. Las mujeres, las madres ricas, descendientes de conservadores nobles, no pueden jamás permitir que sus hijos sean iguales a los demás: tienen que ser superiores, a pesar de ser descendientes de Adán y Eva.... Por eso los hijos de los liberales se educan en escuelas confesionales, a donde concurre «buena gente», porque los curas cobran, mientras que a las escuelas laicas sólo concurre la gente pobre, que no tiene para pagar. Raro será el liberal que no haya hecho la «primera comunión» católica, que no lleve en el fondo de su conciencia un sedimento conservador, gracias a que la mujer no ha cambiado, no ha dejado de ser conservadora. Quizá en estos últimos tiempos se ha hecho algo para que la mujer salga del hogar, deje de ser la esclava y el factor negativo y, teniendo libertad económica, la tenga espiritual y se desligue de los convencionalismos, de las insinceridades que no pudo dejar desde que su vida estuvo atada por las cadenas religiosas.

Muchos conservadores se han dicho liberales. Muchos liberales que no pueden ser latifundistas, buscan la manera de ser «latisueldistas», cobrando sueldo del Estado. Los capitales giran en forma de préstamos, pero no tienen un empleo industrial, no hay deseos, quizá existe miedo de invertirlos en compra de grandes maquinarias, en la creación de nuevas industrias. Sólo los «gringos» las implan-



tan....Son contadas las fábricas de propietarios nacionales. En Guayaquil se desarrolla sobre todo la actividad comercial. Cuando se intensifica el comercio de la sierra con la Costa, por medio del ferrocarril, suben a una relativa independencia económica quienes envían productos que deben ser vendidos ahí. Surge el tipo serrano del «shigrero», que hace fortunas apreciables, comprando productos agrícolas a los hacendados o campesinos y enviando a Guayaquil. Son, dentro del ambiente conservador en que viven, un primer ensayo de ciudadanos libres, camino de la elevación económica. Pero, generalmente, carecen de grandes iniciativas, de preparación. Los que se han enriquecido, son barrigudos y gordos católicos que salen en las procesiones, en las manifestaciones conservadoras, luciendo una redonda faz inocentona. Estos intermediarios no han podido aspirar a comprar las propiedades agrícolas a los terratenientes, (que siguen siendo gamonales), realizando, así, una revolución burguesa. ←

En tanto, como fiera agazapada, la bancocracia ha seguido avanzando cautelemente y ha atrapado el gobierno liberal. Y ya tenemos el principio del fracaso del liberalismo ecuatoriano. Dos bancos se han fundado en el Ecuador, que han trazado la senda: el Banco del Ecuador, en 1868 y el Comercial y Agrícola en 1894. Los revolucionarios triunfantes del liberalismo necesitaban dinero y ahí estaban los empréstitos como cadenas. Y después todo el mundo recurrió a los empréstitos: gobiernos y municipios. Con esto se fomentan las emisiones fraudulentas y la necesidad de un entendimiento íntimo entre el gobierno que quería sostenerse y el banco que quería emitir billetes sin respaldo legal. Elocuente es el hecho de que, después de la Presidencia de Alfaro y Plaza, hayan subido al solio don Lizardo García, miembro principal del Consejo de Administración del Banco del Ecuador y, en 1900, presidente del Banco Territorial; Emilio Estrada, comisario del Banco Comercial y Agrícola y José Luis Tamayo, eterno abogado de este banco. Don Antonio Flores, aunque poca, también tenía influencia bancaria: según el boletín del

Banco del Ecuador, en 1896 tenía 6 acciones de a S/ 8.000 en ese banco.

El interés económico ha cambiado al liberalismo; se han formado las argollas al rededor de los bancos. Los banqueros han hecho Presidentes, Ministros y Congresos. La libertad de sufragio ha sido un mito al mismo tiempo que un imposible; si por un lado está el peligro del fanatismo intransigente de rebaño; por otro está el influjo de las argollas en la miseria de las clases medias, enfermas de esbirrismo: el Presidente de la República es esclavo de la oligarquía bancaria, o su agente; los gobernadores son secuaces del Presidente, gamonales más o menos ignorantes, que casi siempre poseen una hacienda pero que necesitan también del sueldo para vivir. Esos señores, a veces soldados del 95, lucen unas fachadas pretenciosas, pero no saben sino firmar las comunicaciones que las da hechas un humilde e inteligente secretario de la clase media; y los pobres soldados, los pobres policías, ignorantes de sus actos, llenan fraudulentamente los registros electorales, para sostener a su familia mestiza, pobre, necesitada. Toda esa superestructura, tiene un solo origen: la bancocracia.✕

Copiaremos unos datos que nos trae el Sr. Luis N. Dillon, ob. cit. Presenta una carta de un amigo y correspondiente que le manifiesta: «Las Cajas Municipales son las víctimas de esos fariseos (los bancos hipotecarios) como lo fueron las nacionales del succionador «Comercial y Agrícola». «Ocho millones debe la Municipalidad de Guayaquil en deudas hipotecarias. Cómo? Así: Presidente del Concejo, Lucas Gómez; Cajero del banco, Sinforoso Gómez (hermano del anterior); Gerente del Banco, Anacleto Gómez (padre de los dos primeros). La Municipalidad, necesita dinero, muchísimo dinero...y pide préstamos periódicos y escalonados de 300 mil, 500 mil, 600 mil sucres y así sucesivamente... Se autoriza al Presidente de la Corporación hacer el empréstito y aquél lo obtiene de su dignísimo papá y se firma la correspondiente escritura. Se entregan al Tesorero Municipal 500 mil sucres (o lo que

sea) en cédulas y salen éstas al mercado con el consentimiento, aplauso y gratitud de la Corporación, quien reconoce el patriotismo de toda la familia Gómez, para que sean vendidas *hasta con el 50 % de descuento*. Esto en cuanto a las argollas en los puestos públicos. Ahora en cuanto a la explotación a la agricultura, otra carta de Dillon: Un individuo denuncia: «Sr.: yo soy una de las víctimas de las explotaciones....Mi caso es sencillo y muestra la manera como un hombre honrado puede, de la noche a la mañana, por haber cometido un error de cálculo, convertirse en siervo de los bancos por un número crecido de años.—Tengo 100 mil sucres como producto de mi trabajo de treinta años que hizo crecer y fructificar la pequeña herencia de mis padres. Tengo cien mil sucres y necesito, sin embargo, de un empleo para dar de comer a mi larga familia. Sencillamente porque los bancos se llevan no sólo todo el rendimiento de mi fundo sino que tengo todavía que sacar de mi bolsillo para cubrir los dividendos hipotecarios de la deuda de veinticinco mil sucres que, en mala hora, me vi obligado a contraer con uno de los bancos de la localidad....No tengo mi propiedad sino en el nombre; el verdadero propietario es el banco y yo soy su esclavo».

Esta bancocracia, que en circuito cerrado tenía mancomunados los intereses sin llegar a una lucha de bancos, fue la dueña del porvenir económico de la nación. Y el crédito del Ecuador era ficticio en cualquier circunstancia ya que los gobiernos no respaldaban la verdad de los depósitos de metales preciosos que dan al billete valor. «El 31 de octubre de dicho año (1896) —dice Dillon, ob. cit.—había una circulación ilegal y clandestina de S/. 2'143.634» Según el boletín (hablamos del Banco Comercial y Agrícola) de diciembre de 1896, con un capital pagado de S/. 2'128.500, declaraba el Presidente Sr. Aurelio Aspiazu que habían obtenido utilidades, en el semestre, de S/ 270.898,40, es decir más del 10 % de dicho capital, y esto, sólo lo que aparecía». Cuánta riqueza significaba una ganancia en esa forma, con la baratura de los precios de nuestros pro-

ductos! A esto se añade que los bancos tienen bajo su control la exportación. De acuerdo con la ley pésimamente consultada, —porque el gobierno es el único que debía responder oficialmente por la capacidad de emisión de un banco, mientras nuestras leyes dejaban sólo a la honradez de los bancos— pueden hacer y hacen cualesquiera emisiones clandestinas, fuera de tener en sus manos el oro que por cualquier concepto entraba en la nación. Y así emiten sumas fabulosas de billetes, que les dan también sumas fabulosas de ganancias. Además, entregan en préstamo al Gobierno, billetes, con la obligación de que el gobierno les devuelva oro.

Entregada así, en manos de la bancocracia la economía nacional, era posible el libre desenvolvimiento económico de las clases inferiores? No. El porvenir estaba en manos de los banqueros: sólo ellos podían enriquecer o enriquecerse. Y el hombre que a esto aspiraba, buscaba la manera de conexionarse con los dueños de la situación. Y con esto viene la caída de los mejores prestigios de las clases medias que toman el camino de la «política», que se transforma o, mejor, consiste en hacerse agentes de los banqueros para que ellos les hagan subir y obtener la riqueza que buscan hombres inteligentes y pobres. Y entonces todo el mundo necesita del empleo para sostenerse: hacendados y no hacendados. Pocos, los ricos latifundistas conservadores, que han quedado con inmensas propiedades desde los tiempos del dominio político de sus antecesores, civiles o clérigos, viven sin necesitar empleo, pero sosteniendo la miseria y la ignorancia de campesinos e indios. De aquí la creencia de la gente vulgar de que los «honrados» son necesarios para el gobierno, porque han visto a unos cuantos desarrapados con talento, surgidos de las clases humildes, hacerse ricos, a la sombra de la bancocracia, en el gobierno. Y de aquí el sentido despectivo con que se entiende la «política», como sinónimo de logrismo.

En nuestra democracia liberal, la sociedad se divide en las siguientes clases:

1ª.—Banqueros y políticos, clase que tiene en sus manos la riqueza y el gobierno para defenderla. Su entronizamiento está principalmente en Guayaquil, que es la sede de los negocios bancarios, y en Quito, sede del Gobierno.

2ª.—Hacendados, que no poseen extensiones muy grandes de terreno, profesionales y gente gamonal de provincias que aguardan siempre las gobernaciones, Intendencias, etc. para desde ahí acomodar a los gamonales pobres, cuasi analfabetos en su mayor parte, para realizar con consignas el fraude eleccionario, sin darse cuenta de que están sirviendo a intereses que succionan todas las riquezas nacionales.

3ª.—Clase media, ilustrada y pobre, que va casi siempre a ocupar las secretarías, amanuencías, etc. de las oficinas, porque los gamonales jefes apenas saben firmar. Como los individuos de esta clase son pobres y tienen que estarse calladitos si quieren conservar su puesto, porque jamás se reconocen sus méritos, raramente se destaca su talento. Y quienes se destacan, pisoteando el fantasma del hambre con que les amenazan, generalmente se amansan, con alguna prebenda que sea lo suficientemente agradable para acallar su bravura. Pero para la clase media, no hay más porvenir que el empleo público, en su mayor parte, ya que los privados son raros.

4ª.—El campesino que ha vuelto a ser analfabeto después de haber aprendido a leer en la escuela, el indio ignorante, el montuvio ardiente y emotivo, el obrero, que es campesino en la mayor parte, porque éste se presta mejor a la explotación y por eso le buscan los capitalistas, forman la última clase, que trabaja para enriquecer a todos.

La explotación es gradual: la bancocracia hace a los gobernantes, a presidentes y congresistas y ministros. Estos no pueden tener honradez ya que los billetes les tientan. Los banqueros, para defender sus intereses, hacen circular billetes a porciones, porque nada les cuestan. Los altos gobernantes, ofrecen pagar en oro los préstamos que reci-

ben en el gobierno, para que estén respaldados por la pobreza y el sacrificio de las generaciones venideras, los billetes que reciben en cambio de su servilismo. Los papeles en manos del Gobierno sirven para el trabajo de sus empleados, trabajo que significa riqueza, y para adquirir mercancías y productos, que son riqueza también. Los «políticos» reciben billetes en cambio de sus servicios y compran riqueza también, porque con ellos adquieren propiedad y satisfacen sus necesidades. El único que no recibe riqueza, sino una moneda de pequeño poder adquisitivo en cambio de su rudo trabajo, es el verdadero productor, el obrero del campo o la ciudad. Por más que trabaje, por más que quiera ganar, siempre se le esfumará de sus manos el dinero que cree podrá guardar, porque los explotadores han puesto en sus manos para quitárselo inmediatamente. Los mismos banqueros, sus parientes, los individuos de su clase, que emiten billetes depreciados para pagar el trabajo de sus peones, de sus trabajadores, dándoles a pesar de esos jornales miserables, tendrán los almacenes de productos extranjeros, de mercancías de otras naciones, que venderán a precios exorbitantes, mientras los productos nacionales, agrícolas, que significan todo el trabajo de la mayoría pobre de ecuatorianos, no serán pagados conforme lo que valen.

De esta falta de justicia nacerá también la burocracia. Esta palabra se ha desprestigiado tanto, que nos hace sentir escozor repetirla. Porque todo trabajador, todo productor, viendo con ira que a nada arriba a pesar de su entusiasmo y su constancia, mira con odio al empleado que, sin mayor esfuerzo, por un arrastramiento, por un apellido o una prostitución en su hogar, tiene asegurado un sueldo, por lo menos mientras sea humilde y se deje pisotear y coadyuve a maquinaciones infamantes. La burocracia sale especialmente de la clase media. El cholito *leído*, el mestizo ilustrado, ya no pueden servir de peones, de *huasicamas*, de conciertos. Buscarán un empleo. Odiados por los trabajadores, serán algo como un paria social, porque tienen una eterna tragedia sobre su vida: están obligados a ser hu-

mildes como un perro con idiotas e ignorantes gamonales. Tienen que sonreírles, servirles con solicitud, si no quieren ser arrojados a la desocupación. Ya saben que el cacique provincial, jefe de la farsa eleccionaria en toda ocasión, está husmeando al candidato «oficial». Este será arreglado en los círculos dominantes. Y se explotará en nombre de liberalismo. Y se publicarán manifiestos con el retrato del «íntegro y probo ciudadano», el único digno de ocupar la Presidencia de la República. La «burocracia» correrá a poner sus nombres en esos manifiestos para tener seguro el empleo, por haber acertado en dar el voto por el candidato oficial. Mientras tanto los campos están abandonados en manos de los indios mayordomos. Los agrónomos andarán a caza de un empleo en oficina pública, de amanuenses por ejemplo, mientras la agricultura degenera y la industria anda paso a paso. De todo esto resulta la consecuencia de que las clases dominantes no buscan jamás a los mejores hombres sino a los más incondicionales, aun cuando sean los más estúpidos. Y aquí tenemos la causa de lo mal servidos que se encuentran los puestos públicos, hasta hoy día. Y por esto es degenerado nuestra agricultura, porque los hacendados, en lugar de hacer adelantar científicamente la agricultura, buscan empleos y son malos agricultores y pésimos empleados.

Ahora, si nos referimos al sufragio, ya sabiendo cómo se elige el Presidente, los Congresos se integran con los «partidarios del régimen» apoyadores incondicionales, grey bovina que sabe ponerse de pie para apoyar los mandatos del amo, o hablar algunas cosas como ladridos de can que acaricia también al amo, mientras algunos independientes se desgañitan de manera inútil. Los Congresos también son «oficiales»: están integrados en buena parte por esos incondicionales.

He ahí la democracia ecuatoriana, hasta hoy, Diciembre de 1934. He ahí el fracaso del liberalismo. He ahí, sobre todo, comprobada la omnipotencia del fenómeno económico, dando forma y vida a la superestructura social.

CAPITULO IX

TIRANIA BANCARIA E IMPERIALISMO

Con la guerra imperialista que azotó Europa desde 1914, toda la economía mundial tambaleó. Y todas las naciones del orbe tomaron medidas de precaución. Pues a nuestras clases dominantes también les tocó tomar medidas de precaución. Y las tomaron....para sus intereses. En agosto de 1914 se dictó la famosa ley Moratoria, de inconvertibilidad en oro de los billetes de banco. Con esto se lució la bancocracia. Siendo inconvertibles los billetes, ya podían echarlos a la calle, a montones, sin miedo. No tenían control. Control del Gobierno jamás podía haber, porque el gobierno era su hechura, su esclavo, su defensor. La circulación ilegal del Banco Comercial y Agrícola continuó así: en agosto de 1914 tenía de respaldo S/. 154.990 y en circulación S/. 9.650.880,00. Calcúlese el fraude! Más de nueve millones! En julio de 1925, la circulación ilegal era de S/. 18'.037.100,00.

La sed de las clases dominantes había ido de aumento en aumento. Se crearon los estancos que, según opinan Dillon, fueron rematados en la costa, donde daban mejores rendimientos, por una compañía que era agente del Banco Comercial y Agrícola. En la sierra se enriquecieron algunos gamonales de las clases privilegiadas.

Las clases humildes gritaban de miseria. Y su gran grito colectivo fue apagado con las balas de los esbirros que dejaron tendidos en la calle a una multitud de trabajadores. Esto sucedía en Guayaquil el 1º de Mayo de 1922, cuando gobernaba José Luis Tamayo, el abogado eterno del Banco Comercial y Agrícola!

Desde 1922 se notaba en el ambiente ecuatoriano acentuarse un sordo descontento. No podía seguir ese inicuo estado de cosas. Los militares se encargaron de un golpe. Y el 9 de julio de 1925, cayó el poder omnipotente de los bancos, aunque sólo un banquero abandonó la escena del imperio económico, porque murió: Don Francisco Urvina Jado. Después de la creación del Banco Central, ya no imperaban el Banco Agrícola ni el del Ecuador, pero quedaban los banqueros guayaquileños negociando con el cambio.

El 9 de julio no fue un movimiento clasista de reivindicación de derechos en aras de la conciencia: los militares entregaron el poder a civiles y estos civiles de élite, tampoco hicieron nada en medidas de liberación a los explotados. Cobraron el triunfo: altos cargos en los bancos, el estanco de fósforos, mucho dinero, fruto de multas. Un paño caliente aplicado por el Dr. Isidro Ayora, cuya benéfica acción desapareció enseguida. No podía hacer más. Sólo era un médico!

Con el gobierno de Martínez Mera se recrudeció el odio a la burocracia, al capitalismo. El capitalismo había triunfado en las elecciones, fraudulentamente, como siempre. Martínez Mera un antiguo agente, en los Estancos, del gamonalismo serrano y costeño. Su gobierno llegó a la anarquía. Maniatado por el congreso, hasta que se le enjuició y destituyó, nada más pudo hacer. Sin embargo algo había realizado antes, en favor de la clase que le eligió.

Un movimiento, que podía ser de buenas consecuen-

cuencias para el país, al llevarse a cabo con dirección y sin traiciones, fue reprimido en Tapi, en la administración de Martínez Mera. Pero en nuestras revoluciones, después de Alfaro, sólo han tomado parte los soldados. En la batalla de los 4 días, murieron los inocentes compactados, que no sabían a donde iban. Es necesario que los movimientos revolucionarios tengan conciencia. Y que los realicen civiles empujados por el ideal. Si mal no recuerdo, Plutarco Elías Calles fue quien dijo que se habían llevado a buen fin los ideales del Partido Nacional Revolucionario, porque «ya el pueblo no teme al soldado». Y ahora estamos en esas circunstancias en el Ecuador: que haya ejércitos de civiles para que finiquiten la lucha de clases que ha de dar el triunfo a la justicia que necesita el cholo, el campesino, el montuvio, el indio. El soldado sostenido por el Estado, no puede hacer una revolución que liberte a las clases oprimidas.

Después de la caída de Martínez Mera aparece en escena un católico demagogo que dice ser liberal. Con una mayoría abrumadora de votos, sobre todo rurales, triunfa en las elecciones presidenciales: se llama José María Velasco Ibarra. Vamos a examinarlo desde el alto sitio de la justicia. No pretendemos examinar sus errores y contradicciones personales. No vamos a criticar su egolatría, su irritabilidad, su mutabilidad. Vamos a ver los intereses de clase que representa su gobierno, para deducir si puede hacer la felicidad que prometió a los oprimidos.

Estudiemos el medio y el tiempo en que triunfó la candidatura velasquista: Aunque la Constitución liberal proclama la libertad de sufragio, éste nunca ha podido llegar a ser una expresión del sentir mayoritario del Ecuador. Ya vimos cómo las clases explotadoras acapararon el sufragio. No necesitaron captar la conciencia de las mayorías porque tenían la máquina electoral, para satisfacer sus intereses.

El conservadurismo clerical jamás ha dejado de existir.

Siempre han estado en cordial entendimiento millonarios y curas, aspirando al poder, mientras los curas, por otra parte, han seguido sosteniendo el caballo sobre el cual montarían para ascender a la cima política: el fanatismo. Las clases mayoritarias nuestras que no comprenden de la millonación de la caridad que se les da con el fruto de su trabajo, que han olvidado de las horcas inquisitoriales, que no entienden que los gamonales, que los capitalistas son sus enemigos, piensan, sin embargo, que debe algún «go bierno» bueno, según su concepto, venir a arreglar tanto mal que existe. Han oído que muchos gobernantes han robado en el poder y han creído que se necesitan hombres honrados para salvarlos. No se preocupan de que sean de las clases opresoras. Más bien, piensan que los ricos, que no necesitan empleo para vivir, serán los más honrados gobernantes. Creen que los conservadores son los hombres más honrados porque no les han visto lucrar desde hace mucho tiempo en el gobierno.

De tal manera que tenemos, en clases explotadoras nacionales, dos: gamonales liberales y gamonales conservadores. *El pueblo* tiene simpatía por los gamonales conservadores, si llamamos pueblo al conglomerado mayoritario fanatizado.

Fuera de las clases nacionales, también ha oprimido al Ecuador el imperialismo. Grandes riquezas ecuatorianas están en manos de compañías extranjeras. Hasta la única arteria de enorme importancia, el ferrocarril Durán - Quito, está todavía en manos extranjeras en una parte y, a pesar de haber comprado el Gobierno la mayoría de las acciones, sigue la Oficina Central en New York. Los inmensos yacimientos de petróleo de Ancón, están en manos de la Anglo - Ecuatorian Oilfields Co. Las minas de Portobelo, también están en manos extranjeras. Y, por último, ya tenemos a la United Fruit en nuestros suelos cultivables. Demasiados son los casos en que esta compañía ha hecho producir hecatombes en naciones indoamericanas, para que pudiéramos ponderarla.

Tenemos, por tanto, tres clases a las cuales deben combatir las explotadas, para conseguir su liberación: gamonales conservadores, gamonales liberales e imperialistas, en los actuales momentos.

En este medio apareció la demagogia individualista del actual mandatario (Velasco Ibarra). Cuando tomó la palabra ante las clases humildes, que no comprenden que sólo pueden salvarse por ellas mismas, que viven bajo el peso de la terrible equivocación, impuesta por la férula católica de la esperanza mesiánica, dijo: «YO....» «Yo combatiré las «trincas», «destruiré las «argollas». YO. Y ahora, en el poder, dice: «Yo». «Yo, el único liberal del Ecuador». Pero qué son las trincas? las argollas? Nuestros pueblos odian, nebulosamente, a las trincas y las argollas. Las argollas son esto: el gamonalismo serrano, ya el inquisitorial católico, ya el logrero liberal; el banquerismo costeño, así mismo, liberal o conservador. Para irse contra las trincas y argollas es necesario combatirlas como clase, no, cambiar gamonales creyentes con gamonales incrédulos, capitalistas católicos con capitalistas librepensadores, caciques servidores con caciques disidentes. Y esta última es la forma con la que cree el actual Mandatario combatir a las trincas y argollas. No hay un solo gobernador de Provincia que no sea gamonal, capitalista o terrateniente. Y querer con estas clases, acostumbradas siempre a pisotear a los débiles, libertarlos, creo que es una utopía de lo más ingenua, si no, una mentira descarada. Yo creo que, por el contrario, el Dr. Velasco Ibarra, representa el gobierno más peligroso que pudieron tener las clases explotadas: con él están unidos los capitalistas conservadores y algunos capitalistas liberales. Ya hemos visto en el Congreso cómo no se ha podido defender a la nación de los intereses imperialistas: la mayoría velasquista lo ha impedido. Esto ya es una prueba de mi aserto.

ANARQUIA O TIRANIA?

Muchos escritores indoamericanos están de acuerdo en que los países nuestros, si no están viciados por una tiranía, se encuentran en la anarquía, dado el temperamento revoltoso de sus hombres, que no son desinteresados, rectos en su procedimiento, ordenados, mesurados en sus expresiones, capaces de dominar sus ardientes sentimientos. Nosotros aceptamos esta afirmación de la sucesión de tiranías con anarquías, pero no creemos que sea un carácter sustantivo del temperamento indoamericano. Creemos que es un fruto económico, por tanto, de la desordenación social, por falta de organización de las clases directoras que hacen del Estado el medio de defensa de sus intereses. Por qué es anárquico, preguntaremos, el Ecuador, si tenemos un indio siervo, un campesino humilde y respetuoso con los de la ciudad, un obrero convenido con su miseria, un individuo más o menos ilustrado de la clase media que nunca protesta porque especialmente vive del empleo y no quiere perderlo? Por qué la anarquía? Y sin embargo la hay. Sin embargo los gobiernos no disfrutan de tranquilidad si no tienen mano de hierro. La tiranía está imponiéndose con Flores, Rocafuerte, García Moreno, Urbina, etc., que tienen perseguidos a los hombres libres con sus sayones. La anarquía surge ante Robles que ve salir revoltosos de todas partes. Loja se separa momentáneamente. En Guayaquil se proclama Franco, mientras García Moreno preside el gobierno provisorio de Quito. Los tiranos de menor cuantía, cometen actos de vandalaje, de injusticia y necesitan la tiranía para que la voz popular no proclame sus errores; necesitan la tiranía para mantener las prebendas de la clase militar en que se sostienen: les pagan con el abuso permitido descaradamente.

En estos mismos momentos (Diciembre de 1934) nos encontramos en un ciclo de anarquía. Quizá en la mente del Primer Mandatario hay la idea de que estamos en un régimen de benéfica dictadura, en que hay que salirse de

la Constitución como se salieron un Vicente Roca fuerte o un García Moreno. Pero no hay tal: el temperamento ególatra, irascible del Presidente le ha llevado a cometer unos cuantos abusos de menor cuantía, como hacer separar a empleados inferiores, etc.: eso es todo lo que tiene de tirano. Por lo demás, es influenciable hasta por mujeres. Un tirano como García Moreno empezó imponiendo su voluntad con una línea recta, sin aceptar, en su orgullo, influencias que le hicieran torcer. Un hombre como nuestro mandatario, que obra de acuerdo con quienes le adulan, le demuestran apoyo, aunque tenga que contradecirse cien veces, no tiene madera para dictador. A García Moreno nada le conmovía aparentemente, ni amor ni odio. Despreció las adulaciones, los servilismos, se vengó de los odios con venganzas grandes; cuando venían de pequeños, no hacía caso siquiera. En cambio nuestro Mandatario, si pudiera pelear a voces con cada uno de sus enemigos políticos—y que los tiene a porrillos, sobre todo en el elemento más consciente de nuestra ciudadanía—lo haría como un niño a quien molestan, por no decir como una verdulera. García Moreno era fuertemente irascible, grandemente feroz, pero no grotesco, ridículo, infantil....

La anarquía está en el ningún interés colectivo mayoritario que representa el Gobierno. Nada de postulados doctrinarios, nada de respeto a las propias opiniones siquiera tiene el actual. Nada de plan reconstructivo económico: se perdió aquél que constituyó una gran columna gubernamental: el Ministro de Hacienda que presentó una serie de proyectos, que, sin duda, en nada iba a quitar las prebendas económicas de que él gozaba como banquero rico, especulador. Nada de planes de vitalidad, en fin nada concreto, nada preparado para el Gobierno. Apenas se provocan juntas de especuladores, para hacer el destino patrio, con sus opiniones.

Se redimirá así al pueblo? Será justo que se deje así, libremente, a un gobierno que representa el máximo de los intereses de las clases que siempre dominaron? Indu-

dablemente esto llegará a impeler la lucha de clases hacia una solución definitiva. No sería justificable en estos momentos una revolución? No sería justificable en estos momentos en que la vía Constitucional es querida por las fuerzas de los conservadores, que apoyados en el fanatismo e ignorancia, quieren tomar el poder, una dictadura que echase por los suelos la esperanza de convertir al Ecuador en un convento? Ahí está la tiranía o anarquía que se encuentra en nuestros pueblos. Porque los gobiernos no respaldan los intereses de las clases mayoritarias, no van a una meta definida, dejan todos los problemas en un statu quo, como el internacional, por ejemplo, de fronteras, mientras se llenan los bolsillos los altos gobernantes, sus paniaguados y sus parientes. Porque todos dicen las frases consabidas del bien, de las redenciones, del combate a las trincas, a las argollas. Y no se preocupan de entender el sentido social de estas palabras. Creen que las argollas son reuniones contractuales, artificiales de unos cuantos pícaros, y no saben que son una forma clanesca, espontánea de las clases dominantes. Y para combatirlas, no se necesita sólo de cambiar de empleados, sino ir a la raíz económica. Cuando esto no hacen los gobiernos que hablaron tanto del bien nacional, suficientes son una veintena de enemigos políticos inteligentes que se ríen, combaten al gobierno y se llega a dos circunstancias: o el gobierno tiene que tomar medidas dictatoriales para que no se divulguen sus errores, para que no se critiquen sus equivocaciones, y entonces va camino de sucumbir a manos de los vengados, o cae víctima de la anarquía, porque no tiene más rumbo que el lucro de clase. Y en este fenómeno económico me parece que está toda la causa de la anarquía o tiranía y no en el temperamento de los indoamericanos.

Elévese un gobierno con programas concretados, con una línea doctrinaria firme, con un camino premeditado, desinteresado, respaldando los intereses de las clases oprimidas que necesitan justicia y entonces empezará a terminar la anarquía. El ejemplo de Méjico comprueba lo que decimos. Méjico se ha debatido en un mar de sangre brotado

de la lucha de clases gamonalistas y clericales contra las campesinas y obreras acaudilladas por los revolucionarios que hoy han llegado al poder.

Hidalgo y Morelos habían sentado las bases de la lucha. Morelos dijo: los nobles y ricos, españoles, criollos y gachupines, las altas autoridades son enemigos del pueblo. La lucha se ha solucionado con el triunfo del Partido Nacional Revolucionario. Y Méjico avanza en forma envidiable.

Lástima es que nuestro pueblo no entienda esto, porque no se sentaron las mismas bases desde la Independencia y esperan aún, infructuosamente, el milagro de un mesías que sale siempre de las clases dominantes, escondiendo las ambiciones que representa, siendo un miserable servidor de los terratenientes y capitalistas aristócratas.

EL SOCIALISMO

Es necesario plantear la salvación del Ecuador en alguna forma. Hay que cambiar la base económica para que cambie la superestructura social. Y hay que fomentar la lucha de clases en esta forma: Clases medias, campesinos, indios y obreros, contra gamonales capitalistas. Sólo cuando se entable una lucha en esta forma podrá adelantar el Ecuador. A pesar de la sangre que se ha derramado, no hemos sacado todo el fruto que debió sacarse de las revoluciones, porque quienes han llevado a los hombres a los campos de batalla, o han pertenecido a las clases explotadoras, o no han podido librarse de ellas. Siempre ha quedado presa el humilde.

Cabe el socialismo en el Ecuador? Muchos dicen que no, porque el socialismo es el sistema de organización social que surge cuando el industrialismo ha llevado al máximo de contradicción al capital y al trabajo. De tal manera que es necesario que llegue a esta etapa un país para que pueda ir al socialismo. Este criterio es de Haya de la Torre. Pero

es, sin duda, equivocado. No hay duda de que el ansia de enriquecimiento, la libertad de formar capitales ha llevado al hombre a realizar inventos, a perfeccionar esos inventos y que la humanidad ha adelantado por eso. Pero ya tenemos la herencia científica y nunca morirá el incentivo de nuevos descubrimientos que servirán para la colectividad.

No cabe dudar de que socialismo, como busca la justicia social, es redención económica de oprimidos y caída económica de opresores. En nuestra patria conviven varias etapas de desarrollo económico. Tenemos desde la refinada explotación capitalista hasta la medioeval explotación del feudo. Si aceptamos el criterio de que el socialismo se debe implantar sólo donde hayan llegado a su contradicción máxima el capital y el trabajo, cabe que hagamos el socialismo por pedazos? No. El objeto del Socialismo, sistema científico, es socializar los productos. Cuando los que producen recogen el fruto de su trabajo, entiendo que habrá socialismo. Disminuirán los intermediarios y se aumentarán fuerzas productivas. Desaparecerá la explotación porque ya no habrá clases privilegiadas dueñas de los medios de producción: será la sociedad, formada, entonces, sí, por hombres iguales.

Pero para esto se necesita conciencia de clase en los oprimidos. Quién levantará esta conciencia de clase? Se necesitará que veamos los cuadros más horripilantes de miseria para que conmovamos a los corazones? No. Yo creo que a las clases medias, que tienen mayores capacidades económicas para perpararse, para estudiar los problemas sociales, les toca la dirección del movimiento de lucha de clases, conservando, eso sí, su conciencia de explotados. Y si no conservan, no importa, cuando la revolución ha tomado su camino, por sí misma va decapitando sus obstáculos.

Las etapas no se suprimen por decreto, decía Marx. Pero no es una etapa sine qua non, la de la explotación

capitalista, sino la industrial. Y esta etapa industrial no la suprimiríamos nosotros, la tendríamos colectivizada.

Al campesino y al indio hay que darles capacidad económica, para que de ella broten todas las demás capacidades de adaptación a la civilización moderna.

Y aquí terminaremos el intento de mirada, con criterio revolucionario, al desenvolvimiento ecuatoriano. Hemos puesto todo nuestro esfuerzo para ver claro. Después, parcializando la resolución de los problemas, en nuestra vida dedicada a la lucha por el imperio de la justicia social, quizá podamos encontrar soluciones también parciales.

En tanto creemos que la actual gestión del Socialismo ecuatoriano lleva a la salvación de nuestro pueblo. Hay que limar ciertos defectos, corregir alguna equivocación, pero se hará, de seguro, porque hay honradez y conciencia revolucionaria en la mayoría de sus hombres. En el socialismo está lo más florido de las presentes generaciones y las juventudes son ardientes, sinceras y honradas. Quizá nos hacen falta viejos, luchadores que hayan fracasado, porque sólo el que ha fracasado una vez sabe cómo triunfará mañana.

Ambato, Noviembre 30 de 1934.

